

278.952
SOL C

LA CARIDAD CRISTIANA

Y SUS OBRAS

ANTE

LA FILANTROPIA

Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo Diocesano Dr. D. Mariano Soler
para la Cuaresma de 1894.



MONTEVIDEO

TIPOGRAFIA URUGUAYA, de Marcos Martinez
Calle Buenos Aires, 153, esq. Misiones

1894

SEMINARIO CRISTO-REY
BIBLIOTECA
JUAN RODRIGUEZ CORREA 1357

PASTORAL

DEL ILTMO. Y RVMO. SEÑOR OBISPO DIOCESANO

SOBRE

LA CARIDAD

NOS el Dr. D. Mariano Soler, por la gracia de Dios y benignidad de la Santa Sede, Obispo de Montevideo.

Al Venerable Clero Secular y Regular y fieles de la Diócesis, salud y bendición en Jesucristo.

«Un mandamiento nuevo os doy; que os améis los unos á los otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos». *Palabras de Jesucristo.*

La santa Cuaresma es la época destinada de una manera especial á recordar aquel estupendo prodigio del inmenso amor de Jesucristo revelado á la tierra en su crucifixion y su muerte por la redencion del género humano.

Por eso la religion del Redentor es religion y ley de amor. «El Padre es amor y envió al Hijo por amor; el Hijo es amor y envió al Espíritu Santo por amor; el Espíritu Santo es amor é

016999

infunde perpétuamente en la Iglesia su amor. La Iglesia es amor y abrazará al mundo en amor. Los que esto ignoran, ó los que esto han olvidado, ignoran perpétuamente cuál es la causa sobrenatural y secreta de los fenómenos patentes y naturales, cuál es la causa invisible de todo lo visible, cuál es el vínculo que sujeta lo temporal á lo eterno, cuál es el resorte secretísimo de los movimientos del alma; de qué manera obra el Espíritu Santo en el hombre, en la sociedad la Providencia y Dios en la historia. Es así que Jesucristo no venció al mundo sino por amor; y de tal manera hizo del amor la esencia de su religion, que el amor es la única ley, el precepto sumo, el solo campo, el último fin. El catolicismo es amor, porque Dios es amor; solo el que ama es católico, y solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y divinas.

De donde resulta que entre la Iglesia católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas».

Con tan hermosas frases define un eminente publicista el carácter distintivo del catolicismo en la concepcion de la caridad, concepcion sublime y sin antecedente en la historia del género humano. Este concepto constituirá el objeto de la presente Pastoral, pues de intento nos hemos propuesto dilucidarlo, al considerar que son mas de lo que pudiera creerse los que esto ignoran, ó los que esto han olvidado, rebajando el ideal de la caridad divina al concepto humano de la filantropía.

Y desde luego el simple catecismo de la doctrina cristiana, que aprenden los niños, nos dá la mas completa y exacta definicion que pudieramos desear de esta hermosa palabra *caridad*, que representa la

idea mas hermosa, al mismo tiempo que la mas sintética de cuantas puedan hallarse en los vastos dominios de la religion y de la moral, constituyendo la esencia de la vida cristiana en toda su estension y en toda su grandeza.

«Caridad, es amar á Dios sobre todas las cosas y á nuestros prógimos como á nosotros mismos». Y tan grande, tan augusto, tan comprensivo es este amor, que en él se contienen y encierran todos los mandamientos de la ley divina, como lo declaró Jesucristo. El es, por decirlo así, la condensacion y el simbolo de todos nuestros deberes como de todos nuestros derechos: ley primitiva del mundo moral, principio, causa y término de la creacion y de la redencion, es á un tiempo mismo, el mas sencillo y claro de los preceptos de Dios, y el mas profundo de sus misterios; el mismo Dios es caridad: *Deus caritas est*.

Por eso su aplicacion es infinita como lo es su significado: en cualquier estado en que se encuentre el hombre, en cualesquiera relaciones que se intente examinarle, allí se encontrará la caridad como principio de sus deberes y derechos, como regla de su conducta, como término y explicacion de su origen y de su destino.

Si se le considera saliendo de las manos de su Creador, vése que no debe el ser que tiene, sino al infinito amor del que le hizo á su imágen y semejanza; si se le considera en las relaciones con sus semejantes, se verá que no vive sino por la ley del amor que le sostiene y le guarda en el hogar paterno, en el seno de la familia, en la sociedad que le rodea, en el estado político á que pertenece, la Patria.

La idea del bien absoluto es correlativa, ó mejor dicho, es idéntica á la idea del amor absoluto, de la caridad infinita; y Dios no es el sumo bien, sino porque es el sumo amor.

Toda flaqueza, toda deformidad del ser humano

procede necesariamente de una violacion de esta ley universal.

Si vemos al hombre caido de su grandeza primitiva, desterrado del Eden, luchando perpetuamente con el dolor y la muerte, es porque le hemos visto antes oyendo la voz de la vanidad y de la soberbia, capitales enemigos de la caridad, vicios diametralmente opuestos al precepto del amor. Si se le vé en pugna con los otros hombres, ya sea que los tiranice, porque es poderoso, ya sea que sufra su yugo, porque es esclavo; désele un átomo de amor, inspirese una sola centella del fuego de la caridad y al punto veráse al poderoso mandar en paz y justicia, y al ciudadano obedecer con espontaneidad y sin bajeza.

Vosotros los que predicais al mundo el dogma de una libertad sin límite fijo, y aun sin una significacion determinada, no le habléis solamente de sus derechos, porque el hombre se enorgullece con derechos propios: habladle de sus deberes comunes para con el Padre comun; mostradle el vínculo eterno de la caridad que une á todos los hijos de la tierra con el Padre universal que está en el cielo, y así los habreis hecho á todos *hermanos*, á todos *iguales*, á todos *libres*, cuanto los hombres pueden ser libres é iguales en la tierra; de lo contrario vereis á los que son hermanos en perpetua lucha bajo pretexto de libertad é igualdad y de derechos imprescriptibles.

El hombre no goza de libertad, no realiza la igualdad, ni cumple la fraternidad sino bajo la ley del amor; la libertad, la igualdad y la fraternidad perfectas no serian más que el perfecto conocimiento del deber de cada uno cumplido con amor; y este perfecto cumplimiento no consiste cabalmente en otra cosa más que en satisfacer el precepto de la caridad. Por donde se vé cuán acertado estaba Chateaubriand al declarar que la fraternidad, la igualdad y la libertad, base de las sociedades democráticas, mas bien que principios políticos son preceptos morales y religiosos del cristianismo, imposibles de realizarse, al

decir de Le Play, sin el cumplimiento del decálogo, que viene á resumirse en el grande y sublime precepto de la caridad.

Bajo el punto de vista religioso, que es el principal, cuando no el único para definir y explicar la caridad, sábese que de tal modo es ella la clave y el fundamento del cristianismo, como que ella sola contiene en sí cuanto hay hermoso y admirable en el dogma cristiano, así como constituye su grandeza y eficacia.

Por eso la doctrina cristiana no solo la coloca entre las virtudes teologales, es decir, fundamentales del cristianismo, sino que la declara tan superior á las otras, cuanto que es su complemento necesario. La fé sin las obras es muerta; la esperanza sin las obras es impia y temeraria: nada hace el que cree, si con sus actos no rinde culto á su propia fé, y no fecundiza el espíritu que anima su creencia; del propio modo que el que espera en la inaccion los dones de la infinita misericordia hace una ofensa á la infinita justicia, creyendo que ha de gozar el mayor de los bienes sin haber puesto nada de su parte para merecerlo.

La caridad, es pues, una virtud eminentemente práctica, eminentemente activa; ella nos manda tener nuestro espíritu constantemente lleno del amor á Dios y al prógimo; y ejercer todas nuestras facultades incesantemente en dar vivo testimonio, prueba tangible de que aquel amor nos ocupa, anima y mantiene.

«Si tuviere la elocuencia de los hombres y de los ángeles, dice San Pablo, y no tuviese caridad... si tuviere el don de profecia, si penetrare todos los misterios y poseyese todas las ciencias, y aunque por añadidura tuviese toda la fé capaz de levantar montañas, nada soy si no tengo caridad. *Y aun cuando distribuyese entre los pobres todos mis tesoros... de nada me serviria todo esto, sino tengo caridad.*»

Ahora bien; por estas palabras del Apóstol ¿no

se ve cuan grandemente errados andan en sus predicaciones, al parecer muy laudables y cristianas, esos pseudo-apóstoles de la filantropía que quisieran quitar al amor lo que tiene de esencialmente divino, convirtiéndolo en un vago sentimiento de un origen y para fines puramente humanos? Caridad es amor del hombre por Dios; filantrópicamente es amor del hombre por el hombre. ¿Porqué quitarle al amor del hombre, al amor de nuestros semejantes, lo que constituye la causa suprema del mismo amor, que es Dios? No parece sino que les pesase deber al espíritu divino la virtud que mas enaltece al hombre y como que quisieran usurpar en cierto modo á Dios la mas hermosa de sus creaciones!

Amarga y esteril filosofia por cierto es esta que pretende arrancar el sello divino á las obras de Dios, y que como todos los pensamientos que se apartan de Dios, ha llegado á producir obras esteriles, sin animacion y vida, sin sacrificio y heroismo.

Desde el instante que con el disfraz de filantropía se ha tratado con empeño en robar á la caridad su filiacion divina; desde el instante que se ha querido convertir á la caridad en una obligacion y en un derecho puramente humanos ó de mera conveniencia social; desde este instante ha quedado desnaturalizada y sin corazon esta hermosísima virtud cristiana, y han empezado á surgir en el seno de las sociedades todas esas tremendas cuestiones que en vano quieren resolver la ciencia y las leyes humanas, sino se valen de ese elemento divino que regeneró á la humanidad, como sabiamente lo advierte Leon XIII en su memorable Enciclica sobre la cuestion social: *Rerum novarum*.

En verdad, que la filantropía, el amor del hombre por ser miembro de la humanidad, informe el espíritu de la legislacion social y económica

de los pueblos, es un progreso muy conforme con el cristianismo, pero es lo único que puede hacer la ciencia económica y la legislacion, como quiera que no puede imponer ni el sacrificio, ni el heroismo ni el genio de la beneficencia manifestado en los actos é instituciones libres de la caridad y sin la cual la filantropía es ineficaz y esteril. Mas reducir la virtud sublime de la caridad á los mesquinos límites de la filantropía; hacer de la filantropía una virtud, que sustituya á la caridad; esto es retrogradar, sustituyendo un ideal y un motivo humano á un ideal y un motivo divino. ¿Como podrá ser mas eficaz amar al hombre por el hombre, que amarle por Dios?

Ya lo habia predicho Jesucristo: *sin mi nada podeis hacer*; y en efecto, roto el vinculo que debia ligar eternamente con su autor divino á todas las leyes y á todas las ciencias, las sociedades han caminado á tientas en medio del caos, y han perdido la clave única para resolver los temerosos problemas que ella misma ha levantado en su seno turbio y cenagoso, como se lo ha hecho apercibir el coloso aterrador del socialismo anarquista.

Cuando la caridad no es ejercida por amor de Dios, queda al punto desnaturalizada en el individuo y en la sociedad, porque carece del espíritu vivificante que es el elemento divino.

Como la caridad nos hace ver á Dios en nuestros semejantes, y no espera de estos su recompensa, ni se resiente ni se enfria como la beneficencia humana por la ingratitud, el desdén, el contagio ú otras contrariedades ó dificultades, que sólo el amor de Dios puede superar. Cuando se ha querido secularizar, descristianizar el espíritu de beneficencia, que sin embargo ha sido infiltrado en la civilizacion moderna por la caridad cristiana, todo se ha pervertido y esterilizado. La

limosna en el que la hace y en el que la recibe, es nada cuando no se hace y no se recibe por el amor de Dios, que todo lo vivifica y engrandece, ennobleciendo la dádiva y su aceptación.

Dios no puede aceptar un socorro dado al menesteroso, cuando no se dá por su amor, ó solo se dá por imposición de un sistema tributario. El rico dá entonces, porque no puede dejar de dar ó por simple conveniencia social; y el menesteroso recibe sin agradecer lo que entiende que se le dá por fuerza ó conveniencia.

Al primero falta la caridad, es decir, el amor, con que libremente ha de repartir entre los necesitados los bienes que de Dios ha recibido, y de los cuales no es mas que administrador: al segundo falta la caridad, es decir el amor al que le socorre, la paciencia con que sufre, la resignación con que espera y la humildad con que recibe.

Cuando falta el amor de Dios el corazón del uno se endurece y se llena de avaricia, disimulada con mil pretextos; el del otro rebosa de hiel, de indignación y de soberbia. En pos de la dureza y la avaricia del poderoso, viene siempre la insurrección y la rebeldía del pobre; y no pide ya con la voz de la necesidad una limosna por amor de Dios, sino que se convierte en socialista, comunista y anarquista dinamitero, y se quita el pan de la boca para comprar un arma ó fabricar una bomba explosiva, y sale á pedir con gritos y entre sangre en medio de una plaza ó detras de una barricada, no ya únicamente lo que necesita, sino mucho más de lo que debiera dársele. No quiere saber de desigualdades de la fortuna; son los ricos unos ladrones que deben ser nivelados por la fuerza del anarquismo, teoría predilecta del proletarismo moderno.

Al punto que hemos llegado, es como para abrir los ojos; y bien puede asegurarse que los agentes de la gran revolución social y anárquica son los ricos sin caridad y los pobres sin paciencia; el

capital sin entrañas y el proletarismo pretencioso, esto es, la falta de caridad.

Dios está fuera de los unos y de los otros; y desde que Dios está sin ellos, porque la filantropía ha declarado que no necesita de Dios, solo está con ellos el ángel del exterminio, que es el encargado de la sanción divina en las épocas de apostasia social; y no habrá paz, ni tranquilidad, mientras no vuelva Dios á ponerla por medio del imperio de la religión.

La desigualdad de las fortunas, que ha de existir necesariamente en las sociedades, al lado de la igualdad civil, no ha empezado á ser un fenómeno sangriento, ni un mal insoportable el pauperismo, sino porque se ha roto en las manos de los filántropos modernos el único nivel que pudiera igualar en el amor de Dios, lo que es necesariamente desigual entre los hombres. Se ha pretendido remediar este mal necesario con recursos puramente humanos, y lo que es peor, con el ateísmo práctico y la prescindencia religiosa de la filantropía; como si los males necesarios de la sociedad pudieran ser verdaderamente remediados mas que por la intervención divina.

La filosofía racionalista, que ha tomado este camino, é inspirado el liberalismo filantrópico de las logias masónicas, no es mala sino porque es incompleta: seduce la parte de verdad que hay en sus afirmaciones, que es cristiana, y por eso ha podido creerse buena. Pero véase lo que le falta, estudiense sus omisiones, como se estudian sus afirmaciones, y se descubrirá que es una teoría pobre con una filantropía mezquina, limitada, estéril que no tiene mas que la máscara exterior de la caridad, el lado material y menos importante, olvidando que la miseria moral es superior y causa de la material.

Dice esta filosofía y la filantropía que inspira, y en esto dice bien, que todos los hombres son

hermanos, que todos son *iguales*, que todos son *libres*: estas son sus afirmaciones, las cuales contienen la parte de verdad que hay en ella, y es la parte seductora, porque concuerda con el cristianismo. Pero aunque esta fraseología es rapsodia del cristianismo, no dice que todos los hombres son *hermanos* en razón á que todos proceden de Dios, Padre universal. Por absurda que parezca esta extraña filosofía, adoptada por el liberalismo filantrópico, reconoce la identidad de las criaturas, sin tener para nada en cuenta el origen de esta identidad, que es su Creador; reconoce el fenómeno y desconoce al agente que lo produce; sabe el efecto y no conoce la causa; proclama una consecuencia y jamás se remonta á su principio: tiene miedo de Dios, prescinde de Dios.

Lo mismo sucede cuando afirma que todos los hombres son *iguales* y que todos son *libres*: no dice que todos son iguales por el amor que todos se tienen en Dios, ante el cual es únicamente posible y verdadera esta igualdad; no dice que todos son libres, porque á todos fué dado igual derecho de cumplir con su deber; sino porque todos poseen no sé que derechos propios, no recibidos de nadie, con independencia de Dios.

En todas estas explicaciones de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad, nada pues, se habla de Dios, ni se cuenta con él para nada, haciendo de esa filantropía un ateísmo práctico y teórico como el de los positivistas y materialistas.

Pero ¿qué es lo que ha sucedido para que existan esos desconciertos tremendos y pavorosos de la anarquía y del socialismo; para que el rico y el pobre se encuentren en ese estado de guerra, nacido de tan profundos rencores? Por ventura ¿no es ya hoy toda una ciencia económica consumada la que tiende á nivelar en lo posible la desigualdad de las fortunas y las comodidades de la vida? No están ahí las leyes que, aboliendo todo privi-

legio de clase, han abierto franca entrada á todos los medios de ejercerse la humana actividad? Por ventura ¿no hay también doctrinas é instituciones filantrópicas hasta tal punto eficaces, tan fiadas de su propio valer que han osado perseguir á la mendicidad como á un crimen? Por ventura no hay hombres y estadistas filántropos, benéficos que proclaman y cumplen la obligación de socorrer al menesteroso?

Pues ¿en qué consiste que habiendo todos estos medios, hoy más que nunca, de poner paz entre el rico y el pobre, vá teniendo el rico al pobre tanto miedo y el pobre al rico tanto odio? Porque el proletariado cunde y dá la vuelta al mundo con las iras del anarquismo?

¿Quereis responder satisfactoriamente á estas preguntas? Pues preguntad primero ¿dónde está la caridad, esto es, dónde está el amor de todos en Dios? Preguntad qué ha llegado á ser el hombre en manos de esa filantropía sin amor de Dios y en manos de esa filosofía naturalista, impiamente absurda, que quiere convertir la tierra en paraíso y al hombre en Dios. Preguntad qué han llegado á ser las ideas de lo bueno, moral y religioso en manos de este moderno racionalismo, que adjudicando á la humana inteligencia una mentida soberanía, ha resuelto que la fé no es criterio de verdad y ha suprimido á Dios, destronándole para dar al hombre el imperio del universo.

Y esta filosofía desastrosa que ha matado la fé, ha matado la caridad al mismo tiempo; así es que ha puesto en completo desorden el mundo moral, como quiera que ha destruido el fundamento de todas las virtudes, el principio de toda verdad y el origen de todo bien.

II

Tratándose de tan importante asunto no se extrañará seamos algo más prolijos para exponer la doctrina cristiana de la caridad diametralmente opuesta á las que parecen hoy día disputarse el señorío del mundo, con inminente peligro de la sociedad, víctima del pauperismo y del anarquismo aterrador, que es el medio sin embargo de que se sirve la Providencia para advertir á los pueblos de lo que son capaces sin la caridad cristiana.

En virtud de la caridad, así como existe el precepto formal de amar á Dios, también existe el de amar al prójimo; siendo el segundo una consecuencia del primero. Hemos de amar á Dios *por si mismo* y al prójimo *por Dios*: á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

Pero de aquí dedúcese inmediatamente la eficacia inmensa de este principio divino de la caridad para con el prójimo. Amarlo por ser hombre es algo, aunque no es una gran cosa; mas cuando es *por Dios*, entonces la caridad no tiene límites, es inmensa; y lo es bajo tres aspectos: *por Dios*, como causa formal del amor al prójimo; *por Dios* como motivo ó causa determinante de este amor; y *por Dios* como causa final de nuestra afección caritativa. Y entonces ¿de qué no es capaz la caridad, ni quien la pondrá límites? Solo así llega hasta el sacrificio y al heroísmo; nada puede resistirle y obra maravillas.

Mas, ¿tendremos necesidad de recordar que la caridad en este sentido de hacer bien á nuestros semejantes por amor de Dios, puesto que todos los hombres son *hermanos*, como hijos del mismo Padre celestial, es una virtud exclusivamente cristiana y distintivo de los cristianos? Bastaría para demostrarlo á los que pretenden enseñar la caridad á la Iglesia católica, recordar

estas palabras de Jesucristo: «Un *nuevo* mandamiento os doy: amaos los unos á los otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos».

Lo prueba también claramente que antes del cristianismo era ignorado para la filosofía, la religión y la legislación, el dogma de la fraternidad universal en Adán y en Jesucristo; siendo la virtud de la caridad completamente desconocida, sin que los hombres se creyesen obligados á hacer cosa alguna por sus semejantes no solo por un fin sobrenatural, y por tanto desinteresado, pero ni aun en virtud del instinto de benevolencia natural, ahogado en los corazones por las pasiones y vicios, de manera que mas bien era regla general el lema: *homo homini lupus*, el hombre enemigo del hombre, como las razas y naciones eran enemigas entre sí.

Pero desde el momento que el cristianismo apareció en el mundo, empezó á producir la caridad sus efectos y resultados divinos, cambiando radicalmente el modo de ser de la sociedad pagana sin entrañas y sin amor; de manera que el cristianismo no venció al mundo sino por la caridad.

Así, ya desde el principio, los primeros fieles no solo ofrecían todos sus bienes para alivio de las necesidades de la comunidad cristiana, sino que socorrian á los mismos paganos, con admiración de estos; y daban en todas sus relaciones pruebas de verdadera fraternidad, no solo en sentido negativo por haber terminado los odios, disensiones y egoísmos; sino también en sentido positivo aplicándose al bien y defensa de toda la humanidad, no solo en cuanto á la limosna material, sino también á la espiritual, al mejoramiento moral y religioso, como quiera que las miserias morales son las mas degradantes y atentatorias á la dignidad y felicidad del hombre.

Y desde entonces y al través de los siglos así lo

manifestó la Iglesia en las admirables instituciones, desconocidas antes, que fundara en favor de todos los infelices y de todos los desgraciados, que era la inmensa mayoría de aquellas sociedades, víctimas de la degradación y de la esclavitud. Esta es una de las páginas mas gloriosas de la historia del catolicismo que al mismo tiempo es la mas brillante de la historia de la civilización.

Todas las miserias, todas las enfermedades, todos los sufrimientos humanos encontraron en la caridad un remedio ó un alivio. La Iglesia ha extendido su caridad á todos los hombres, como á todos los males de la tierra, derramando por todas partes el bien, como su divino fundador. La infancia abandonada, la vejez desatendida, la pobreza aborrecida, la enfermedad repugnada, la esclavitud y el ilotismo degradantes, encontraron en la Iglesia una madre cariñosa.

No hemos de hacer aquí la historia detallada de la caridad y de sus benéficas instituciones, historia gloriosa que es el mas bello florón de la civilización y del catolicismo. Nos limitaremos á recordar que todas esas maravillas de la caridad han sido inspiradas, creadas y sostenidas por el espíritu católico, explicándose así el celo y solicitud de la Iglesia en aprobar las infinitas congregaciones institucioness y asociaciones que tienen por objeto ejercer la caridad, nacidas en todos los siglos y en todos los países en que ha tenido influencia nuestra santa religion; pues no existen ni germinan donde ella no impera, como quiera que solo ella fecunda el instinto de benevolencia natural, que reside en todos los corazones, quedando éste como una flor marchita cuando no descende sobre ella ese rocío del cielo, que es el germen divino de la caridad. Así como á la Iglesia se debe ese espíritu de beneficencia, que tanto honra á la civilización moderna, pues no es mas que el aroma con que la caridad ha dejado embalsamada la atmósfera que

respiran los mismos filántropos naturalistas, por mas que para estos se reduzca al simple óbolo material, sin llegar al heroísmo y abnegación de la caridad cristiana en sus múltiples manifestaciones.

Y en efecto ¿á qué espíritu se debe esa transformación de las sociedades modernas, tan superiores á las mas brillantes civilizaciones antiguas, sino al genio de la caridad, representado en esa multitud de establecimientos de misericordia, asilos, hospicios, hospitales y otras múltiples instituciones de beneficencia, cuyo origen es debido á la solicitud de la Iglesia, porque antes que ella nadie las había conocido, ni ideado? Ninguna miseria ha sido olvidada: los niños expósitos, los huérfanos, los desválidos, los ancianos, los mendigos, los enfermos, los alienados, y en una palabra, la miseria moral y material en sus múltiples formas, la desgracia, la flaqueza, los sufrimientos todos, ya físicos ya morales, y aun el mismo vicio, para ser regenerado.

Tales son las obras estupendas de la caridad cristiana; y en ellas no tiene émulo, como en su amor no tiene límites. Y sabeis porqué? Porque solo ella nace de un germen divino, el amor de Dios, y por Dios ama á su prójimo; mas aún, porque en el pobre y en el desgraciado vé á Jesucristo y á Jesucristo honra y ama en ellos, segun aquellas palabras del Redentor: «En verdad os digo que cualquier cosa que hiciereis con el mas pequeño me lo haceis á mi mismo».

Por eso calumnia la filantropía cuando acusa á la caridad de poner límites á su solicitud: amar al hombre por el motivo de religion, por Dios, por Jesucristo, es hacer la caridad, ademas de divina, universal, y ademas de universal, desinteresada; pues no pone en el hombre su motivo y su fin, sino en Dios, en la recompensa eterna; y ya se sabe que si hay límite y falta de eficacia en lo que solo por

amor del hombre se hace, no puede haberlo cuando por Dios se obra.

No son palabras vanas: la Iglesia no se contenta con dar un mendrugo de pan, pues ella sabe que no solo de pan vive el hombre, como cree la filantropía: ella vá en busca de las desgracias y miserias de toda clase, llevando la caridad hasta el heroísmo y el sacrificio, que es á donde jamás ha podido ir la filantropía. En los desiertos ella guía á los viajeros extraviados; en las playas ella recoge á los náufragos; en las ciudades y campos ampara á los peregrinos, y todos los abandonados encuentran un lugar de refugio señalado de lejos, porque sobre él se levanta el lábaro de la cruz, que los filántropos modernos arrancan con odio de los edificios, á título de progreso é ilustración.

La caridad católica se halla en los desiertos lo mismo que en las ciudades; penetra en el fondo de las minas, baja á la hediondez de los calabozos y tugurios, acude á las mazmorras de los cautivos y se queda en rehenes para rescatarlos, y hasta consagra las virgenes del Señor para salvar las víctimas del vicio y de la corrupcion. Ella sube á las montañas, atraviesa los rios y desiertos y cruza los mares en la persona de esos heróicos misioneros que van á la conquista del paganismo y de la barbarie. En los campos de batalla formados por los odios, ella se presenta como el ángel de la paz; en los estragos de la peste ella aparece como un mensajero divino; en los horrores del hambre ella se presenta como el anuncio de la abundancia, sin titubear con tal fin vender sus propios vasos sagrados, y en todas estas circunstancias se presenta muchas veces en la persona de lo que hay más débil y delicado, la Hermana de la Caridad, que envia por el mundo á millares, como ejércitos, sin que el mundo cristiano se admire, mientras el paganismo se admiraba por tener algunas vestales y algunas druidas.

Y no son las miserias físicas y las necesidades

materiales las que experimentan sus favores. Hay otras muchas desgracias y calamidades morales que necesitan otra clase de socorro y de limosna: son los enfermos del corazon y del alma, que solo encuentran su medicina en los ingeniosos y eficaces recursos que sabe inspirar esta divina virtud: el consejo, la reflexion oportuna, la insinuacion de los deberes morales y religiosos, por ignorancia ó descuido olvidados, el consuelo eficaz y en último caso, la participacion en las lágrimas. Discreta para poner en paz á los enemigos, para asegurar la tranquilidad en las familias, para reconciliar á los esposos, salvar á la inocencia en peligro, para reparar la honra perdida, para cambiar una vida de degradacion y vicios, no hay género de sacrificio que la Iglesia no inspire y no haga con prontitud y eficacia, no hay herida que no cicatrice, porque su medicina es el amor, no el débil amor humano, sino el amor omnipotente, ardiente, ingenioso, el amor de Dios que es poderoso para comunicar y hacer el bien sin desaliento y á todos los que padecen y sufren.

La filantropía, que nada hace por Dios, sino por simples fines humanos, y que hasta quiere deterrar á Dios secularizando la beneficencia, es incapaz de todo eso; y en su impotencia llega á odiar esa virtud divina, por el caracter *religioso* que la informa, y hasta la calumnia aseverando que además de servirse de la limosna como medio de propaganda por el hambre, limita su ejercicio. Pero contentemonos con hacer evidente el sofisma, por no decir otra cosa, ni mencionar la palabra hipocrecia, porque pudiera ser ligereza ó inadvertencia.

¡Cómo! el elemento divino y religioso de la caridad podria servir de limitacion en la extension de su practica! Si considera á todos los hombres *hermanos*, como hijos del *Padre universal* que está en los cielos ¿qué hombre y qué

miseria podrá dejar de ser objeto de la solicitud y celo de la caridad? ¿No es cabalmente el motivo religioso el que la hace universal sin excepcion? Es calumnioso afirmar que el fin religioso de la caridad le imponga la aceptacion de personas, lo que es muy distinto de la indiferencia religiosa, que se propone erigir en principio la filantropía, no cuidándose ni importándosele la miseria religiosa ó moral del indigente. Además ¿no es también el elemento divino y religioso el único que puede elevar la práctica de la caridad al sacrificio y heroísmo, explicables cuando se hace por Dios, imposibles cuando no tiene más que fines y motivos humanos? Baste á demostrarlo un solo ejemplo: la filantropía no es capaz de producir una Hermana de Caridad, mientras la Iglesia católica las cuenta á millares, por no hablar de las demás instituciones religiosas.

Y ¿qué es una Hermana de Caridad? Es una mujer que la religion ha convertido en ángel con rostro humano, y de un heroísmo tal que los enemigos del catolicismo en sus momentos lúcidos no han podido menos de tributar entusiastas elogios á su virtud heroica.

Sublime abnegacion la de esas mujeres, destinadas muchas de ellas á desempeñar un distinguido papel en el mundo, como bien lo sabe nuestra sociedad y lo ha lamentado el liberalismo. Trocar la seda y el terciopelo por el tosco sayal; las joyas que deben adornar sus frentes por las blancas tocas; la esplendidez de los salones por las tristes salas de los hospitales ó el tugurio infecto del miserable que van á asistir; y todas en fin el sacrificio de la libertad y de las caricias de la familia por los lamentos de los enfermos, la infeccion de los apestados, los achaques de los ancianos, las debilidades de los huérfanos y expósitos, el lastimoso espectáculo de los alienados y de todas las miserias humanas á cuyo auxilio y

alivio han consagrado junto con su vida su libertad y comodidades. Y esto día y noche, por siempre, por consagracion religiosa.

La Hermana de la Caridad tiene una mision sublime, pues no se ocupa solo de prodigar sus cuidados á los que sufren, secundando á los facultativos de los establecimientos de beneficencia; donde más resplandecen su virtud y caridad es en su oficio de ángel de la compasion: en sus palabras cariñosas, en sus dulces exhortaciones á la paciencia y resignacion, en la esperanza que infunden de un pronto alivio al que postrado en el lecho del dolor espera su última hora; en las frases consoladoras que salen de sus lábios cuando sentadas á la cabecera de un agonizante, hacen menos penosa su agonía, dirigiendo su alma por el camino del arrepentimiento para gozar de la suprema felicidad del cielo, que es el bálsamo supremo de las miserias humanas; ella enjuga con cariño sus lágrimas y su sudor, y recibe con amor divino el último suspiro del moribundo, aunque sea un apestado, un leproso... que todos han abandonado. Esto solo puede hacerlo una madre ó una Hermana de la Caridad, por amor de Dios!

Se ha dicho por la impiedad que el espíritu de secta hace que se dé preferencia en los cuidados á los correligionarios, con detrimento de los disidentes; pero es una innoble calumnia, y sucede todo lo contrario. Si hay algo de preferencias es en favor del disidente, pues procura patentizar el desinterés del amor de Dios á fuerza de más esmerados cuidados; y como saben que una conversion forzada es hipocrecía, su último recurso es la oracion en favor del desgraciado, que en este caso es más digno de compasion.

En tiempo de guerra, cuando silban las balas enemigas y resuena el estampido del cañon; cuando todo es destruccion y ruinas, recorren esas

valerosas Hermanas los grupos de los heridos; asistiendo á unos, consolando á otros, calmando los dolores de los demás, y ¡cuántas veces rostros contraídos por las angustias de la agonía se han iluminado de pura alegría al escuchar las palabras de una de esas cariñosas Hermanas, como si un ángel les abriese las puertas de la mansión de los justos!...

La Hermana de la Caridad es incansable, vela incesantemente y sin fatiga noches enteras juntando al cuidado material la plegaria á Dios por el restablecimiento de la salud de los desgraciados que le han sido encomendados. ¡Y esto es un crimen para los filántropos!...

El corazón de la mujer tiene poderosos resortes que ponen en acción el sentimiento tan exquisito que Dios le ha dado; pero la Hermana de la Caridad duplica estos sentimientos con su dulzura sin límites; de tal manera que hasta muchos enfermos rebeldes y voluntariosos que resisten á las prescripciones de los médicos y á los esfuerzos de los practicantes, ceden á las tiernas insinuaciones de una Hermana, tomando de su mano desde el agradable cordial hasta la mas amarga pócima.

Las mas asquerosas llagas no les causan repugnancia, los mas crueles padecimientos no las intimidan, siempre afables y cariñosas cumplen con gusto la santa misión que voluntariamente se han impuesto por amor de Jesucristo, á quien sirven sencillas en la persona de los desgraciados y pacientes.

Cuando las epidemias han devastado las ciudades, huyendo sus habitantes por temor al contagio, y los individuos de una misma familia se aíslan temiendo á la invasión, es cuando mas se distinguen las Hermanas de la Caridad. Se multiplican por asistir á todas partes, no se dan un momento de reposo, no temiendo sufrir las con-

secuencias de tan terribles enfermedades, y siendo muchas veces victimas de su heroico celo.

Sin que sea necesario continuar describiendo la Hermana de la Caridad en las múltiples obras de que se ocupa en los asilos, orfanotrofios, manicomios y establecimientos semejantes, séanos permitido hacer notar que esta es una institución eminentemente católica y sostenida por el espíritu religioso. Luego la religión en la práctica de la caridad lejos de limitarla y aminorarla, la eleva y sublima hasta el sacrificio y el heroismo; siendo además una prueba de que todas las grandes instituciones y obras de fraternidad y beneficencia son esenciales al catolicismo, pues ninguna otra religión tiene cosa alguna parecida á esta santa institución de ángeles humanos, que solo viven para aliviar y socorrer toda clase de miserias y consolar á toda clase de infelices.

Y bien, la filantropía, que no sería capaz de crear una sola Hermana de la Caridad, ha llegado en pleno siglo XIX ¡causa vergüenza recordarlo! á expulsar de los hospitales y establecimientos de beneficencia esos ángeles de la caridad.

III

Sin necesidad de aducir otras pruebas que se hallarían abundantísimas en las confesiones de los mismos adversarios del catolicismo; en el ejemplo de los países protestantes, que no conocen la caridad; en las vacilaciones de los modernos economistas, que al fin desesperando de sus teorías, solo encuentran remedio en la caridad para los males que nos afligen por el desequilibrio de la fortuna; en la historia de los tiempos modernos, desde que la Iglesia fué despojada de sus bienes, cuya época coincidió con el desarrollo espantoso del pauperismo; en los progresos de la desapiadada usura, cáncer del pobre, que se vé obligado á acudir

á ella por no encontrar caridad; sin necesidad, repetimos, de aducir y desarrollar estas pruebas que nos harían interminables, tenemos derecho á proclamar bien alto que la beneficencia la caridad es una virtud *exclusivamente cristiana*; mientras que la filantropía, con que se pretende sustituirla, despojándola del carácter divino, para convertirla en una fría práctica humana y limitada, no es mas que la máscara exterior de la caridad, contentándose con la limosna material, mientras ignora el espíritu sublime que la fecundiza hasta el sacrificio, la abnegación y el heroísmo.

No decimos por esto que dar una limosna y practicar la beneficencia por un fin humano, sea un acto ilícito, inútil, y mucho menos que sea malo; el mal está en pretender suplantar la caridad por la filantropía, despojándola del elemento divino y religioso, que constituye su omnipotente eficacia: quitar á Dios y colocar al hombre en su lugar; esto es rebajar la beneficencia, anularla moralmente.

Ejercer un acto de caridad en estas condiciones como hace la filantropía, es idéntico al acto de arrojar un puñado de bellotas á una piara de animales hambrientos, que solo basta alimentar, porque no tienen mas que necesidades materiales, olvidando que el corazón y el alma del hombre, necesitan una limosna de otro género, mas generosa y eficaz. Esa no es la misión exclusiva de la divina caridad, pues, ésta no prescinde de las almas y de sus grandes miserias espirituales; eso es remedar al paganismo sin ideal y sin entrañas, que se contentaba con dar *pan y espectáculos*, para aquietarla, á la turba de miserables que infestaban á aquella sociedad, dejando al menesteroso sumergido en la abyección moral y religiosa.

Creemos, pues, que baste lo dicho para que los católicos sepan á que atenerse y comprendan lo que

acerca de la caridad enseña y preceptua la Iglesia de Jesucristo.

En las someras indicaciones que hemos hecho aparecen suficientemente marcados los caracteres distintivos de la caridad, y despues de conocerlos, no es ya posible atribuir á esta virtud ni principio, ni fines humanos; que no basta la filantropía, ó lo que es igual, el amor al prójimo, para cumplir el precepto de la caridad, si este amor no reconoce por causa y por fin el amor de Dios, que la hace sublime y fecunda.

Así que por la fé de esta santísima y fecundísima doctrina, hemos visto en mejores tiempos á los ricos de la tierra hacer al mundo voluntaria dejación de sus bienes y encerrarse en la estrechez de un claustro, ya para pedir á Dios el perdón de los pecadores, ya para sacrificar su reposo, su salud, su vida, en servicio de sus semejantes; y gracias á Dios, tenemos ejemplos entre nosotros de personas que son poderosas por sus riquezas, y que por amor de la divina caridad disponen de sus bienes, como si no fuesen mas que administradores de un tesoro ó de una fortuna colosal destinada á obras de caridad y beneficencia.

A la caridad es deudora la civilización de aquellos institutos religiosos que han llevado á los confines de la tierra, y llevan aún, la palabra del Evangelio á pueblos sentados en las sombras del error y de la muerte moral y social, trasladándolos así á la vida civilizada.

Los filántropos y los economistas no inspirarían jamás con sus doctrinas el sublime sacrificio que todos presenciamos en tantos institutos religiosos al servicio de todas las miserias y necesidades sociales, y especialmente á esas santas mugeres, mas admirables que el hombre por la debilidad de su sexo. que abandonan todos los goces lícitos y todas las comodidades de la vida para pasar los días y las noches á la cabecera de un enfermo, á quien ni siquiera de vista han

conocido; ó meciendo la cuna de un niño, á las veces hijo del crimen ó de madre desnaturalizada; cuidan á ancianos desvalidos, de quienes se convierten en hijas amantes, no teniendo reparo en recoger sus inmundos harapos, curar sus llagas pestilentes, y contagiarse muchas veces con mortales dolencias.

Los filántropos y los economistas no enseñan á juntar con el pan que restaura las fuerzas del cuerpo la palabra consoladora y los delicados cuidados que restauren las del espíritu y curan las dolencias del alma, hijas muchas veces del vicio y de la corrupcion, llaga fundamental del panperismo y hasta su germen principal y aterrador. ¿Qué ciencia humana, que institucion humana podrán llenar el vacio que solo puede cubrir el espíritu, el genio de la caridad? Y ¡qué inhumanos son esos filántropos que odian la caridad cristiana precisamente por lo que tiene de religiosa y que sin embargo es lo que constituye su fecundidad y omnipotencia divinas!

No nos engañemos: ó desde luego y sin tregua conspirarán la filosofia, el poder público, la razon, la predicacion y el ejemplo á restablecer en medio de los oropeles de nuestra civilizacion moderna el espíritu de caridad para hacer eficaz el esfuerzo de las leyes, de la economía política y de las instituciones de beneficencia; ó debemos resignarnos en caso contrario á ver sucesivamente desquiciarse todos los elementos civilizadores ante las teorías socialistas y comunistas y á contemplar caidas las sociedades en los abismos de esa barbarie mas desoladora y mas impia, el anarquismo, que espanta ya á los pueblos en sus primeros ensayos.

Y tan á las claras vense estas consecuencias que los mismos estadistas enemigos de la Iglesia declaran desesperados, que ninguna legislacion podrá poner coto á ese tremendo des-

quiciamiento, sino recurre á la eficacia de la religion, que posee el secreto de la omnipotencia en el genio de la caridad. Un populacho sin creencias y sin esperanzas de un destino de ultratumba no tiene paciencia, ni resignacion, y se arrojará desesperado á la reparticion de los bienes, que detentan los ricos, ya que para ellos la propiedad es un robo y no tienen mas ambiciones que los goces de este mundo. Asi, pues, no hay salvacion sino por la caridad.

Por consiguiente, amados católicos, no hemos podido presenciar sino con tristeza, esos esfuerzos dignos de mejor causa, hechos para dar un carácter profano y masónico á ese hermoso espíritu de beneficencia, que sin embargo ha sido engendrado en la sociedad por el cristianismo, enarbolando el estandarte de la filantropía con pretensiones de abatir el lábaro santo de la caridad; y hasta se ha trabajado para comprometer á los católicos con su participacion, recabada con el astuto sofisma de «¿qué mal hay en hacer una limosna al pobre?» El mal está, lo repetimos, no en la limosna, sino en cohonestar una institucion que pretende con su propio nombre de *filantrópica*, sustituir la filantropía á la caridad, el amor del hombre por el hombre, al amor del prógimo por Dios; existiendo por consiguiente, tanta diferencia entre la caridad y la filantropía como la que existe entre el hombre y Dios, puestos como fin, motivo y causa de ambas instituciones.

Y eso de decir que Jesucristo enseñó la filantropía y recomendó los sentimientos filantrópicos, ademas de ser una afirmacion falsa, es indigna de Jesucristo: falsa porque la caridad enseñada por Jesucristo es la fundada en el amor de Dios. Indigna de Jesucristo, porque á muy poca cosa quedaria reducido el amor enseñado por el Redentor, si solo habiamos de amar al hombre por el hombre. Nó, Jesucristo mismo es el modelo y el motivo de la caridad

cristiana: el motivo, cuando nos dice: «Lo que hagais al mas pequeño, à mí mismo lo hareis». El modelo, cuando nos dice: «Amaos los unos à los otros como yo os he amado». Regla sublime, cuya práctica constituye una perfeccion eminente, el heroismo de la caridad. Este es propiamente hablando el mandamiento nuevo que solo Dios podia traer al mundo, cuyo ejemplo solo podia hacernos imitar un Dios; porque Jesucristo nos ha amado sin ningun interés de su parte y sin ningun motivo de la nuestra; nos ha amado mas que à sí mismo, puesto que se ha como aniquilado por nosotros y ha derramado su sangre por nosotros. Ni ¿cómo por simple amor del hombre, por filantropía, podría cumplirse este mandato de Jesucristo? «Amad à vuestros enemigos; haced bien à los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian». Por eso perdonamos à la misma filantropía sus calumnias à la caridad católica.

Y ¿acaso no es terminante la declaracion de San Pablo? «Aun cuando distribuyese entre los pobres todos mis tesoros de nada me serviría todo esto, si no tengo caridad» lo que equivale à decir que nada vale la filantropía sin caridad.

Mas, para convencernos de que nada tiene que ver Jesucristo con la filantropía, baste recordar que fué puesta en boga en el siglo pasado por el filosofismo volteriano y la Masoneria, para subplantar la caridad cristiana.

Oigase el paralelo que hace entre ambas un notable escritor: «La caridad se aviva con las contradicciones, crece con los obstáculos, se alienta con las dificultades, se fortalece hasta con la misma ingratitud; la filantropía se desanima con cualquiera contratiempo, decae con la contradiccion, retrocede ante la adversidad, perece con la indiferencia».

«La recompensa que ambiciona la caridad es infinita, el cielo; la recompensa que satisface à la

filantropía es mezquina é impotente, el aprecio humano. La caridad obra solo por Dios, la filantropía solo por los hombres».

«Por último, la caridad cura las dolencias morales y las miserias físicas; pero la filantropía (y no siempre) solo puede aliviar estas últimas, pues es incapaz de derramar el bálsamo de la resignacion y del consuelo en las primeras. Ella puede dar oro; pero no puede dar lo que no tiene, la esperanza y el amor. Consiste en que la caridad pone al lado de los miserables un ángel y la filantropía un hombre. Esta jamás ha producido una Hermana de la Caridad; jamás ha dado su vida, ó su libertad, jamás se sacrifica, por aliviar à los infelices.

La caridad lleva en sus obras el sello de la divinidad, la filantropía el del hombre».

El sábio Balmes despues de demostrar cuanto debe la beneficencia pública y privada à las instituciones y enseñanza de la Iglesia, inspirada en la caridad cristiana, se expresa de esta manera: «¡Ay de los desgraciados que reciban el socorro en sus necesidades sin intervencion de la caridad cristiana! En las relaciones que se darán al público *la filantropía* exagerará los cuidados que prodiga al infortunio, pero en la realidad las cosas pasarán de otra manera.

«El amor de nuestros hermanos, sino está fundado en principios religiosos, es tan abundante de palabras como escaso de obras. La vista del pobre, del enfermo, del anciano desvalido, es demasiado desagradable para que podamos soportarla por mucho tiempo, cuando no nos obligan à ello muy poderosos motivos. ¿Cuánto menos se puede esperar que los cuidados penosos, humillantes de todas horas, que reclaman el socorro de esos infelices, puedan ser sostenidos cual conviene por un vago sentimiento de humanidad?

Nó, donde falte la caridad cristiana podrá ha-

ber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de parte de los asalariados para servir, si el establecimiento está sujeto á una buena administracion; pero faltará una cosa que con nada se suple, que no se paga, *el amor*.

Mas, se nos dirá ¿no teneis fé en la filantropía? No: porque como ha dicho Chateaubriand, la filantropía es la moneda falsa de la caridad.»

IV

Mas conviene resumir tan importante materia demostrando sintéticamente en que ambas palabras caridad y filantropía, se asemejan y se diferencian, así como las consecuencias de esta diversidad que son inmensas, comprobándolas los hechos.

Filantropía y caridad significan *amor del hombre*: hé aquí la semejanza; pero la caridad tiene un sentido mas estenso y quiere decir, al mismo tiempo que *amor de Dios*, amor del hombre por Dios: hé aquí la diferencia.

Y bien, no sin razon une el cristianismo en la misma palabra ambos sentimientos, pues es con el fin de advertirnos que son inseparables, aunque distintos, y que existiría igual error en creer que se ama á Dios, si al mismo tiempo no se ama á los hombres ó que se ama á los hombres con algo mas que un amor platónico, cuando no se ama á Dios. No es cuestion de teología ni de misticismo; este es el sentido comun, vulgar y tradicional de la palabra. Y si al mismo tiempo prescindimos del sentido espiritual, por más importante que sea, y consideramos las cosas solamente como moralistas ¿qué es lo que hay mas sublime que esta union de Dios con los hombres y de los hombres con Dios, en esta palabra, en esta idea, en este sentimiento popular que se llama *la caridad*? ¡Qué inspiraciones, qué luz, que revelacion para el corazon en esta simple palabra!

Verdaderamente toda la revelacion cristiana está en ella contenida; el amor divino que se ha esparcido sobre la faz de la tierra. Esta simple palabra abre la mano del avaro; ahoga en su germen los vergonzosos cálculos del egoismo, del orgullo, del interes, de la lujuria, todas esas viles pasiones que de ordinario detienen nuestros arranques generosos ó se apoderan de ellos para amortiguarlos y anularlos. Esta virtud, la caridad, ennoblece al indigente y honra á la fortuna, da á todas las situaciones dignidad y á todas las relaciones su utilidad y dulzura. Gracias á esta palabra y á las ideas que despierta, Dios vive y habita entre nosotros: al rico se le aparece bajo los harapos del pobre y se manifiesta al pobre bajo la persona del rico bienhechor.

Pero, hé aquí lo que aconteció: un dia, en medio de una sociedad licenciosa, la del siglo XVIII, que por esto mismo tendia á la impiedad, ciertos filósofos, los volterianos, se dijeron: ¿para que sirve la caridad? ¿no es acaso natural que los hombres se amen entre si? Aquí nada tiene que ver ni hacer Dios. Y hé aquí como ese razonamiento ateo dió origen á los elogios de la filantropía. Y ¿qué cosa viene á ser el amor del hombre separado del de Dios?

La sola razón prescindiendo de la experiencia nos dice cuan graves daños se siguen para la beneficencia. La filantropía dice que debemos amar á los hombres, y esto lo aprendió de la caridad ¿mas porqué y cómo deben amarse? No dándonos el porqué, tampoco nos obliga, y sin enseñarnos el cómo, no puede servirnos de norma moral. Quitado Dios, solo se ve la criatura que quiere convertirse en principio, centro y fin de todas las cosas, y se vuelve á caer de la luz cristiana en las tinieblas del paganismo sin entrañas.

El ateismo y la más degradante corrupcion, cual fué la volteriana del siglo pasado, proclama-

ron la filantropía, que les ofrecía el falso aspecto de una idea cristiana, esto es, de una idea grande y generosa, sin que conturbase á los ateos é incrédulos con la imágen de un Dios testigo y juez de sus acciones, entregándose en cuerpo y alma á una filantropía que no les costaba el sacrificio de ningun vicio ni de su incredulidad. Cosa extraña! se hacia la guerra al catolicismo en nombre del amor á los hombres; ¡la Iglesia no era filantropía! Acusacion terrible, y sin embargo verdadera porque la iglesia no lo era á su modo, esto es, sin amor de Dios.

Y á esa filantropía se la dieron los honores de virtud superior á la caridad, con pretensiones de reemplazarla!

Y así, manchada aun con los excesos de la orgia sensualista de la infame época de Luis XV y de los siguientes excesos de la guillotina, ha llegado hasta nosotros, pretendiendo disfrazarse con el manto filosófico. Pero gracias á Dios, ya la conocemos y no podrá borrar las páginas de su historia, nada benéficas ni honrosas para la civilizacion y la humanidad.

En cuanto á sus obras, ha demostrado la filantropía muy poca inventiva, lo que para ella es un defecto de origen. Todas las instituciones de beneficencia, todas sin excepcion, han sido creadas por la Iglesia y bajo la influencia de la caridad, mientras la filantropía nada ha creado, contentandose en general con remedarlas imprimiendoles su propio espíritu anti-religioso.

Así es que no puede exijirse á los filántropos el que vayan á exponerse al martirio para civilizar á los salvajes ó encerrarse en las leproserias y lugares apestados; eso queda para los que ellos llaman fanáticos. El puro filántropo, tal como nos lo legó el siglo XVIII no entiende de sacrificio, ni de abnegacion y deja á la caridad eso de arriesgar la vida por amor del prójimo.

Sin embargo es necesario advertir al terminar, que se atribuye con sobrada frecuencia á la sola filantropía actos que tienen su origen en la mas sólida caridad y otros que la remedan exteriormente con suma semejanza; pero no hay que confundir por esto ambas cosas. La verdadera filantropía, la que es hija del Evangelio, tiene su nombre propio y es necesario conservárselo: *beneficencia* ó *caridad* porque él solo constituye toda una revelacion y un programa divino de amor á la humanidad; la palabra filantropía no es propia del lenguaje cristiano, y solo se la recuerda como testimonio de la impotencia de la filosofia naturalista que, al remedar los preceptos é ideales del Evangelio, no ha sabido ni podido darnos mas que la sombra y la falsa moneda de sus virtudes.

No olvideis, por tanto, amados católicos, que entre la caridad y la filantropía hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas, y que solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y [divinas, el Evangelio de Jesucristo.

Y sobre todo, que el recuerdo de la inmensa caridad de N. S. Jesucristo, conmemorado tan solemnemente por la Santa Iglesia en esta época clásica de la santa Cuaresma retemple vuestro espíritu y despierte en vuestros corazones la práctica de esa divina virtud, la caridad, que es la esencia de la vida cristiana, el honor de nuestra santa Iglesia, el precepto sumo, el último fin.

Y es á manera de comentario monumental de nuestra Pastoral, que publicamos LA CARIDAD CRISTIANA Y SUS OBRAS ANTE LA FILANTROPÍA, la cual no es otra cosa que el notable tratado de Mons. Dupanlonp: *La caridad cristiana y sus obras*, modificado y adaptado á las actuales circunstancias.

Dada en Montevideo, en nuestra residencia episcopal, á los veintinueve de Enero del año del Señor mil ochocientos noventa y cuatro, fiesta de San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia.

† MARIANO
Obispo de Montevideo.

LA CARIDAD CRISTIANA Y SUS OBRAS

ANTE LA FILANTROPIA

PRÓLOGO

No pudiendo, disimular impasibles las tergiversaciones y falsos conceptos en un asunto tan interesante y esencial, como es la virtud de la caridad y su práctica; á la Pastoral sobre la misma deseamos añadir un trabajo mas completo sobre la materia. Mas, considerando que el mismo asunto ha sido tratado magistralmente, hemos creído conveniente bajo nuestra responsabilidad, adaptar á las actuales circunstancias, modificándola segun nuestro criterio, la importante obra de Mons. Dupanloup, que con sorprendente energía, admirable lógica y brillante estilo combate las teorías de los modernos filántropos acosándoles hasta en sus mas fuertes trincheras, y destruyendo uno á uno sus errores con pasmosa habilidad y argumentos irrefutables, demostrando una vez mas que los sistemas filosófico-sociales, cuya base no descansa en los principios de nuestra sacrosanta religion, no son mas que utopias irrealizables.

El plan de su trabajo lo resume de la manera siguiente:

«Me propongo considerar aquí en toda su extensión esa grande obra de la caridad evangélica que ha cambiado la faz del mundo.»

Para llegar al fin propuesto, el ilustre Obispo escribe la historia de la caridad, pintando el estado de las costumbres en los siglos paganos y la regeneración social y rehabilitación de los pobres, llevada á cabo por el Redentor de la humanidad, por el Hijo de Dios, que espirando en el madero sangriento lega á las generaciones venideras los principios que deben constituir la fraternidad universal.

Sorprendente es el modo con que describe el estado de abyección y miseria de los siglos paganos; la anarquía de los medios, y la manera como el cristianismo con la aplicación de su doctrina ha ido encaminando el progreso moral y social de los pueblos; y nos dá á conocer los errores de la falsa filosofía ante las verdades escritas en los libros santos, de los cuales con una profusión sorprendente saca su fondo de doctrina.

Detalla asimismo todas las creaciones que la caridad cristiana ha inspirado á los hombres, narrando detenidamente la historia de la sociedad de San Vicente de Paul y de las obras que bien podemos llamar hijas de ese árbol que ha ido extendiendo poco á poco sus ramas por todo el mundo.

Ora se lamenta del estado de atraso de la humanidad; ora pinte con mano diestra el gran cuadro del progreso cristiano, de la verdadera civilización, Mons. Dupanloup distribuye exactamente los colores, da á conocer su vasto talento, y hace gala de profunda erudición entresacando de distintas obras, y muy especialmente de la Sagrada Biblia, todos los párrafos que corroboran el fundamento de su brillante exposición filosófico-cristiana sobre la caridad: y creemos que nunca como hoy es oportuna su

publicación; aunque con el objeto de vulgarizarla, la hemos reducido de un tercio respecto al original.

Cuando aparecen con tanta abundancia escritos que la propaganda anticatólica esparce y difunde por do quiera, es grato propagar los libros que, como LA CARIDAD CRISTIANA Y SUS OBRAS, llevan el consuelo al seno del hogar, señalan al rico y al pobre sus verdaderos deberes y obligaciones, é indican á todos el camino de la virtud, el fin último para el cual el hombre ha sido creado, procurando el mútuo auxilio en todas las penas y amarguras de que está sembrada nuestra mísera existencia.

El cumplimiento del deber, el camino de la virtud, la sólida verdad, la más pura moral en acción, hé aquí lo que se aprende en LA CARIDAD CRISTIANA Y SUS OBRAS.

Por fin este libro es de actual importancia porque en él se expone la doctrina y la historia de la caridad, y así se sabrá distinguir de la *filantropía*, que no es más que un triste remedo de aquella y solamente en la parte material; pero ya verá el lector que la caridad no es hacer una simple limosna, sino el genio de la beneficencia y de la misericordia propagando el bien y reparando los males de la humanidad, de manera que la verdadera historia de la caridad es la historia de la civilización en su parte más esencial, como quedará constatado en esta obra.

Pedimos por tanto, á los amigos y á los adversarios del catolicismo que lean con atención este libro, porque así sabrán lo que es caridad, y qué amarga burla es oponerle la *filantropía*; porque indudablemente son muchos los que esto ignoran ó lo que esto han olvidado, aún entre los católicos.

Introduccion y plan

Nunca fueron las obras de la caridad más bellas, más numerosas y fecundas que en la época presente; y esto honra al mundo cristiano y es su protección más segura ante Dios y para el porvenir.

En medio de las miserias del tiempo y de las cosas, y cualesquiera que sean las graves responsabilidades de la generación presente, la caridad sirve de contrapeso; y si nuestra atmósfera permanece cargada de densas nubes, si nuestro horizonte está preñado de tempestades, complázcome en pensar que hay en la caridad cristiana y en la sublimidad de sus obras un pararrayos divino que conjura el rayo, y hé aquí por qué, á pesar de tantos motivos de desaliento é inquietudes, quiero esperar y espero en la salvación social.

Pero es cosa extraña y dolorosa ver que contra el signo mismo de la esperanza los imprudentes elevan la voz, y hasta osan levantar la mano. Si, numerosos son los que tratan de entibiarla, afanándose á nuestros ojos en esa obra detestable. Los beneficios de la caridad cristiana, no sólo se desconocen, sino que se calumnian desenfrenadamente.

La caridad no nació ayer, ni es nuevo tampoco lo que hoy nos echan en cara. Heme remontado á otros tiempos, y en todas partes y siempre he encontrado la caridad, libre, activa, poderosa, respetada, desplegando en el mundo su fecunda energía, uniendo todos los corazones nobles, asociando to-

das las fuerzas vivas del afecto para el alivio de la humanidad doliente; siempre pacífica, siempre pura, siempre digna de su inmortal origen. Indudable es que se ha revestido en diversos tiempos de formas y nombres distintos; pero siempre es Ella; siempre es la Caridad, hija de Dios, alma de la Iglesia, consoladora de todos los desgraciados en la tierra, honra de las naciones cristianas y salvación del mundo.

Remóntome al siglo XVII y la veo personificada en un grande hombre y un gran santo, en el pobre sacerdote que se llamó Vicente de Paul, quien creó con sus manos esa multitud de obras admirables cuya magnífica acción se prosigue á nuestros ojos, y hará del tiempo en que estamos, el siglo por excelencia de la caridad.

Remontándome á tiempos más lejanos, la encuentro en la edad media, penetrando con su espíritu, y hasta me atrevo á decirlo, con su corazón, las naciones bárbaras, acostumbrando á la dulzura evangélica á esas razas indomables, proclamando entre todos y para todos el respeto al débil y la dignidad del pobre; y en fin, en medio de las ruinas de la sociedad antigua, fundando una sociedad nueva en la santa y sublime fraternidad cristiana.

Me remonto aun más allá, y la encuentro en los siglos apostólicos anunciando la ley de amor al mundo, en tanto que sus apóstoles llevan tan feliz nueva á los cuatro vientos.

Bajo sus pasos se multiplican las obras de misericordia, y la caridad llega á convertir estas mismas obras, en la Iglesia de Jesucristo, en un ministerio augusto, y el servicio de los pobres en una orden sagrada.

Y remontándome todavía más, miro, pero no veo nada; todo es oscuridad, tinieblas; penetro en esas tinieblas, y sólo encuentro horrores que no se pueden explicar.

Entonces aparecen dos mundos á mi vista: el

uno radiante y espléndido con los fulgores de la caridad; el otro sin amor, y entronizado en las tinieblas y sombras de la muerte.

Entre esos dos mundos, sobre una de las mas brillantes cúspides de la humanidad, hay una cruz.

Sobre esta cruz, con el corazon atravesado y los brazos extendidos hacia nosotros, está el Dios de la caridad: *Deus charitas est.*

¡Ah! se oyen á veces en el trascurso de los siglos palabras de una sonoridad y fuerza prodigiosa que, retumbando bajo la bóveda de los cielos, despiertan todos los ecos de la tierra.

Precedidas de una aureola divina que parte del Oriente y resplandece hasta el Occidente, esas palabras de la eternidad iluminan de pronto y despiertan á todo el género humano.

Tal fué el grito que partió de la cruz: *¡Deus charitas est! Dios es caridad!*

Dios se dió un nombre que hace palpar los corazones: «Yo soy el que ama: *Deus charitas est.*»

Por el pronto esta palabra causó extrañeza al género humano; turbóse luego, enterneciéndose después y vencido al fin, cuando Pedro y Pablo, siguiendo á su divino Maestro, dieron su sangre, cayó á los pies de los predicadores evangélicos repitiendo con ellos la palabra sublime: *¡Deus charitas est! Dios es caridad!*

Y desde hace diez y ocho siglos el amor está en el mundo, y de la inagotable herida del divino crucificado no cesa de manar la caridad sobre los hombres.

Pero mientras que desde esa altura que separa los mundos contemplo á lo léjos, ya la luz, ya las tinieblas, abajo, en medio de una multitud agitada, confusa y ciega, oigo clamores discordantes; oigo á hombres blasfemar hoy de lo que la humanidad bendice ha diez y ocho siglos; les

oigo protestar contra los que guardan el fuego sagrado en el mundo, y hablando nuestro lenguaje, sin comprenderlo, se arman contra nuestra fe con las palabras mismas que nosotros les enseñamos. Las sagradas palabras de libertad, igualdad, humanidad y fraternidad, cuyo verdadero sentido no saben sino por nosotros, las emplean contra nosotros. Los unos, impacientes y audaces, quisieran derribarlo y destruirlo todo de un golpe, porque todo lo que proviene de nosotros, aunque sea la caridad misma, les importuna y molesta; los otros mas moderados, no piden para la hija del cielo y para sus discipulos sino hábiles y fuertes trabas, y todos, en fin, á pesar de este acuerdo aparente del mal, se aborrecen, engañan, acusan y están á punto de despedazarse unos á otros. La anarquia y el socialismo amenazan devorarlos!

¡Pues bien! En medio de estas tristes alternativas he querido recordar los beneficios de la caridad evangélica, considerada en la altura de su origen, en la magnificencia de sus obras; seguirla, en fin, de edad en edad hasta nuestros dias al traves de la plenitud de sus beneficios.

Y he encontrado aqui un sublime conjunto que me ha conmovido, un grande estudio que ofrezco con confianza á los que no les bastan el progreso y las amenazas revolucionarias.

Me propongo considerar aquí en toda su extension esa grande obra de la caridad evangélica que ha cambiado la faz del mundo.

Para llevar á cabo esta obra el Evangelio ha hecho tres cosas sencillas, pero principales:

1.º Ha realzado la dignidad de los pobres y revelado la dicha de la misericordia.

2.º Ha enseñado el profundo misterio de todos los deberes de la fraternidad cristiana, y así fundado la gran familia católica.

3.º En fin, ha proclamado é instituido el imperio de la caridad.

Pero la caridad es Dios, y Dios es poderoso tanto en obra como en palabra: *potens verbo et opere*.

No le bastaba, pues, que resonara la voz del Evangelio en medio del mundo, é hizo propagadora y depositaria de su viva enseñanza á la santa Iglesia católica, dándola gracia y poder para persuadir y practicar aquella en la tierra; también la hizo poderosa en palabra y en obra: *potens verbo et opere*; y desde há diez y ocho siglos es un espectáculo magnífico ver á la caridad católica en acción.

En la imposibilidad de trazar ese inmenso cuadro, me detendré en tres épocas memorables, en las que la Iglesia católica hizo triunfar con mas esplendor la caridad sobre la tierra.

1.º En los siglos apostólicos.

2.º En la edad media.

3.º En los tiempos modernos.

En dos palabras: lo que me propongo exponer en este libro es la doctrina y la historia de la caridad.

Los siglos paganos

Dios no creó al hombre para el odio ni para la muerte, pues le creó á su *imagen y semejanza*, y siendo así, le hizo para la vida y el amor.

Dióle luego una compañera semejante á él, digna de él y sacada de él mismo, para que le socorriese y fuese su ayuda en la vida; su amiga, su compañera, y no su esclava. Despues les dijo: *Creced y multiplicaos y cubrid la tierra con vuestros hijos*. Esto era decirlo todo, y así á *imagen y semejanza* de la sociedad divina, debia formarse una sociedad de vida, inteligencia y amor, la vida recibida de Dios, trasmitida, perpetuada y multiplicada con la inteligencia, es decir, la razón, la sabiduría, la luz por guía: y el amor, á saber: la bondad, la caridad mútua, el afecto, la sensibilidad delicada, la generosidad, la ternura y la compasión por lazo eterno.

Tal fué el designio de Dios y la institución primitiva de la sociedad humana; pero esa hermosa obra se descompuso pronto, y de repente.

Un día, todo apareció cambiado, trastornado....

Abro los primeros anales de nuestra historia, y no llego á la tercera página sin encontrar un espectáculo espantoso. Es una mujer, una madre que se arroja sobre el cuerpo inanimado de su hijo: es Eva, la primera mujer del hombre, y ese hijo es Abel, muerto ya por su hermano. Hé ahí lo que el amor primitivo y divino habia llegado á ser en el corazón del hombre caído. La envi-

dia, la baja y cruel envidia, esa misma que amenaza todavía hoy derribar al universo entero, y con ella el ódio, la cólera, los impulsos mas violentos del orgullo, el asesinato y todos los golpes mortales, habian entrado en el mundo... Poco despues, el amor carnal, los celos, la venganza sin freno, dieron el espectáculo del segundo asesinato: es la historia de Lamech.

Y ¡desde entonces, y durante cuarenta siglos, el mundo entero ya solo ofrece á las miradas del observador atento un estado de sociedad espantoso!

Hoy, que el Evangelio lo ha cambiado todo, que todo lo ha regenerado sobre la tierra, disfrutamos con soberbia ingratitud de sus beneficios: hablamos con complacencia de fraternidad, de igualdad, de filantropía... hasta de caridad; y en la injusticia de nuestra ceguera volvemos esos nobles sentimientos, esos benéficos nombres, contra Jesucristo, único á quien debemos la felicidad de haberlos encontrado y tambien de comprenderlos.

Antes de Jesucristo, preciso es recordarlo, puesto que la ingratitud de los hombres lo ha olvidado tan extrañamente, todo eso, no solo era desconocido en la tierra, sino que se hollaba, se deshonoraba, se maldecía en la humanidad.

Aquí es donde, para apreciar mejor el beneficio y antes de contemplar esa gran luz de la caridad cristiana, que ha renovado la faz del mundo, debemos penetrar en la oscura noche de los siglos paganos, y decidirnos por un momento á sondear sus tinieblas. Será una gran lección para los que so pretexto de filantropía quieren quitar á la caridad el elemento divino y regenerador.

Ciertamente espanta leer en los historiadores de la antigüedad lo que era el mundo antes del cristianismo. Había en los hombres mas pacíficos

y en los pueblos mas civilizados una dureza de corazón, un desprecio á la humanidad, una aversión á los pobres, un horror por los desgraciados y una inclinación al asesinato, tales, que apenas podemos con nuestras ideas cristianas y á la distancia á que nos hallamos concebir costumbres tan inicuas y crueles. El fondo de todo eso era un orgullo sin límites, un egoísmo desenfrenado, que todo lo sacrificaba á sus deseos sin ningun remordimiento; y san Pablo resumió la historia del antiguo mundo cuando, dirigiéndose á los romanos, cuya civilización triunfante había absorbido todas las fuerzas y todos los vicios de los pueblos vencidos, les decía cara á cara, con intrépida firmeza y sin temer ni encontrar contradicción: «Vosotros careceis de afecto y de amor, vosotros no teneis dulzura, ni conmiseración, ni piedad, odiais y os odian, estais sin corazón, en fin, y sin entrañas».

Y no se crea que el celo de san Pablo le arrastró aquí demasiado lejos; no, pues de todos los historiadores de su tiempo es el más comedido.

Los autores paganos, filósofos, poetas, historiadores, Platon, Aristóteles, Aristófanes, Plauto, Tito Livio, Tácito, Suetonio, Plutarco, todos en fin, nos cuentan esos horrores con una sencillez y ligereza de lenguaje que hace estremecer. Se ve que aquellas eran las costumbres públicas admitidas por las naciones más civilizadas: era el fondo del carácter romano, era el alma y el corazón mismo de la sociedad pagana: no tenía otro.

Si, lo que la crueldad y la corrupción hicieron del corazón del hombre antes de Jesucristo, los sentimientos, las ideas, las leyes que contra la naturaleza prevalecían en todas partes, lo que había llegado á ser el hombre para el hombre, es espantoso decirlo y casi imposible creerlo hoy día.

Nada igualó jamás al desprecio y á los atentados de que fué objeto el hombre; nada podría igualar á

lo que se osó contra su dignidad moral, libertad ó vida.

Los extranjeros, los prisioneros, los vencidos, los enfermos, los deudores, los pobres, los niños, ancianos y mujeres, los obreros, todo en fin lo que era débil, todo lo que sufría, todo lo que trabajaba, todas las dolencias, todas las miserias humanas, todo eso era aborrecido, escarnecido, hollado.

Al recordar estas cosas no pretendo asegurar que no puede citarse de la antigüedad ni una hermosa palabra, ni un sentimiento generoso, ni acciones benéficas y laudables. Léjos de mi negar esas protestas de la conciencia humana contra la dureza é inhumanidad de las costumbres sociales, y de recusar esos testimonios de la persistencia inmortal de la imagen de Dios en el hombre: la divina imagen fué horriblemente desfigurada; pero nunca se borró ni tampoco podía borrarse; y hé aquí porqué hubo siempre paganos que valían más que el paganismo, y porqué aparecieron con frecuencia en aquella noche de profundas tinieblas destellos precursores de un tiempo mejor. Así como la razón se iluminaba á veces con los resplandores de la verdad, y los filósofos han escrito lo que se ha llamado el *prefacio humano del Evangelio*, así el corazón del hombre nunca ha carecido de nobles impulsos, de algún recuerdo de esa ley natural, de la que San Pablo, escribiendo á los mismos romanos, ha proclamado el indestructible imperio y hasta me atreveré á decir, de algún presentimiento de las virtudes cristianas. ¿Qué se nos puede objetar sobre este punto?

No, nosotros no reprobamos con el nombre de paganismo lo que en los siglos antiguos el supremo esfuerzo de la humanidad hizo para anudar el roto hilo de las tradiciones antiguas, y hallar la luz que Dios hacia brillar aún, como un último y be-

néfico reflejo de su verdad, á fin de NO DEJARSE EL MISMO SIN TESTIMONIO EN EL MUNDO.

Esta última y profunda palabra es de san Pablo, que á pesar de su severidad hacia la filosofía y las costumbres del antiguo mundo no ha reusado rendirle este gran tributo. Y nuestro Señor mismo, ¿no tiene acaso en el Evangelio palabras de elogio para las virtudes que se encontraban entre los paganos, y no se sirve de ellas para excitarnos á virtudes más perfectas, añadiendo que habia venido á elevar más el corazón y los pensamientos del hombre? Y por último, ¿no nos hablan los *Hechos de los apóstoles* de un romano, todavía pagano, el centurion Cornelio, que en el seno de la infidelidad practicaba la oración y la limosna con tal fe que mereció ser en la naciente Iglesia el modelo del gentilismo convertido?

Pero todo eso y otros muchos rasgos que podría citar aún, no borra del mundo idólatra, considerado en el fondo y en conjunto, el rasgo culminante, el carácter universal y dominante de aquella civilización, á saber: la dureza á veces inexorable, á la par que la prodigiosa inmoralidad de las instituciones y costumbres. Nada de eso impidió á San Pablo, que veía las cosas de cerca, marcar con un estigma indeleble á los paganos y al paganismo, y decirles: «No teneis afecto, ni virtud, así como tampoco teneis Dios en este mundo».

La verdad es que el mundo pagano, considerado, no segun algunos sabios, no en algunas nobles excepciones, sino en la generalidad de los hombres y en la universalidad de las costumbres, no conocia la misericordia. La gran fraternidad cristiana, la caridad de las almas, no estaba allí: se pueden citar ó confirmar algunos textos; pero este punto no se discute.

¿Quién no ha oido hablar de las grandes y odiosas distinciones que separaban entonces y di-

vidian al género humano? ¿Quién no sabe como los griegos y los romanos relegaban al desprecio, al odio y á la muerte, tratándoles de bárbaros, á todos los que no eran ellos? Y ¿quién ignora lo que eran las lecciones de sus sábios?

Cierto es que encontramos la hospitalidad en Homero; pero no lo es menos que para el hombre de los tiempos antiguos se habia extinguido de tal modo el sentimiento de la fraternidad, que el hombre de otra nacion, el que hablase otro idioma, el extranjero, en fin, no era un semejante ni un hermano, y muchas veces se le consideraba como un enemigo.

En cuanto al derecho de guerra, era por demás terrible, y la suerte del vencido espantosa, pues se le condenaba á esclavitud ó muerte.

Y ¿quién puede extrañarse de esto sabiendo de qué modo eran tratados entre los ciudadanos mismos, entre los habitantes de una misma ciudad, los pobres y los deudores?

La ley los entregaba á merced del usurero que los habia arruinado, y en tanto que los desgraciados no pagaban eran esclavos; se les encadenaba como tales, y como esclavos eran castigados, vendidos ó decapitados. Pero, y ¿si el deudor tenia muchos acreedores? Entonces la ley sin retroceder ante las horribles consecuencias, disponia que fuese cortado en pedazos, cada uno de los cuales se entregaba á un acreedor: este es el texto mismo de las Doce Tablas.

Yo sé que mas tarde se modificó esa ley atroz, y por mi parte dudo de que se pusiera nunca en ejecucion; pero fácil es concebir cuánta debe ser la prodigiosa crueldad de alma que inspira semejantes leyes; Tito Livio mismo, que refiere como se modificó aquella, añade friamente: «Entonces se rompió un lazo poderoso de la buena fé». Conocidas son por lo demás las escenas lamentables con aquellos deudores escapados del

ergastulo que iban al Foro á mostrar al pueblo las sangrientas cicatrices de los golpes que habian recibido en las espaldas y en el pecho. En todas las casas de los patricios, sin excepcion, habia una de aquellas espantosas prisiones.

II

En esta horrorosa barbarie de las costumbres ¿qué habia de suceder con los seres débiles, como los ancianos, los enfermos, los indigentes, los niños y los esclavos?

Respecto á los ancianos, yo sé que Esparta, y tambien Roma á su modo, les profesaban cierto respeto; pero tambien sé que este tenia sus límites, sufriendo en las costumbres terribles acometidas. Cuando llegaban las enfermedades y la decrepitud, cansábanse con demasiada frecuencia de aquellos seres impotentes, enfermizos é inútiles; creíase que para ellos la vida era una carga y la muerte un beneficio, y algunas veces les quitaban la vida por humanidad. Los pueblos del antiguo Lacio los precipitaban á menudo desde lo alto de un puente, y á causa de esto se les llamaba *senes depontani*. Roma privaba á los ancianos á los sesenta años del derecho de sufragio, conservando para expresar esta exclusion la insultante y amenazadora frase que recordaba la costumbre antigua, *de ponte in Tiberim dejicere*. Los cántabros hacian aun mas, pues estrellaban á las víctimas contra una roca. Herodoto y Strabon nos dicen que los mesagetas, ese pueblo valeroso que venió á Ciro, llegaban hasta el extremo de comerse la carne de sus ancianos despues de haberlos matado por compasion y como para dispensarles una honra.

Y nada tan conocido como la isla del Tíber donde los romanos enviaban á morir sus esclavos viejos, á los pies de Esculapio, para librarse,

dice Suetonio, de los cuidados y del fastidio de curarles. Era como una especie de devoción, ó mejor dicho, un principio de economía, recomendado por el sabio Catón; deshacíanse de aquellos hombres como si se tratara de «un buey, de un mueble ó traste viejo.» Dicho Esculapio desempeñaba, á lo que parece, un gran papel en la beneficencia pagana. Y ¿qué hacia para esto? ¿Qué se hacia con los enfermos? Si eran de complexión delicada no debían prolongarse sus días, porque así se les prolongaban los sufrimientos, y por lo tanto dejábaseles morir. Así lo proclamaba la sabiduría antigua por boca del mismo Platón, quien elogia á Esculapio y á sus hijos por no haber querido prestar el auxilio de su arte sino á los enfermos bien constituidos: «No ha prescrito tratamiento, dice, sino para los que están buenos, ya por su naturaleza, ya por el régimen... Pero en cuanto á las personas radicalmente enfermizas, no ha querido encargarse de prolongar su vida y sufrimientos... esto no sería ventajoso para ellas ni para el estado.»

Y de tal modo era ese el fondo de las costumbres paganas, que en toda la antigüedad, por espacio de cuarenta siglos, sobre toda la faz de la tierra, no se encuentra un hospital para los enfermos, ni un hospicio para los ancianos, ni un asilo para el sufrimiento.

Y ¿los pobres? No era solamente insensibilidad lo que inspiraban; ya lo he dicho: era desprecio y horror.

¿Quién sería hoy el poeta cómico bastante atrevido para poner en boca de sus personajes, por mucha que fuese su avaricia, estas palabras que Plauto no temió hacer decir por un padre á su hijo en la escena romana?

«Dar de comer y beber á un mendigo es doble locura; para si es perder lo que se da; para él es prolongar su miseria.» Es evidente que valía

más dejarle morir de hambre á fin de que sus sufrimientos acabaran más pronto, y varios legisladores lo habían previsto así. En Egipto, si un hombre carece de pan y lo pide, no le queda otro recurso que la muerte: esta es la ley. En Grecia, en Atenas, no hay asilo alguno, y por lo tanto es preciso morir también: esta es la ley draconiana que Solón ha conservado.

En el teatro de esa amable y brillante Atenas, lo que generalmente servía de asunto para las interminables burlas de los poetas cómicos era el pobre con su miseria, «con sus harapos por ropa, con sus insectos por huéspedes, con su podrida estera por lecho, con su piedra por almohada, con su asqueroso alimento, y con sus hijos que lloraban.» Aristófanes se alaba de haber mejorado el teatro ateniense en este concepto.

En Roma se consideraba la pobreza como un vicio y una cosa vergonzosa; las palabras mismas que emplean los poetas para describir la avaricia demuestran hasta que punto se despreciaba la pobreza. Nada más conocido que las expresivas frases de Horacio: *Credidit ingens pauperiem vitium*. Y luego: *Magnum pauperies opprobrium*. Y más allá: «¡Léjos, muy léjos de aquí la inmunda pobreza! ¡*Pauperies inmunda domo procul absit!*» ¿Quién no sabe que el mismo Virgilio, el genio más sensible de la antigüedad, declara vergonzosa la pobreza y la relega, como una infamia, á los infiernos? *Et turpis egestas*. Se puede discutir sobre la palabra; pero lo cierto es que un poeta cristiano no la habría estampado.

Y entre las condiciones de felicidad en la vida campestre, ¿no habla también de verse libre de la vista importuna del pobre? «El rico campesino no debe compartir la suerte de los indigentes.»

¿No es Epicteto quien nos dice que el pobre

es abandonado como un pozo seco é infecto donde la vista no puede penetrar sin repugnancia?

Pero ¿qué discusion, qué asombro es aquí posible cuando la barbarie de las costumbres era tal, que habia apagado en los corazones hasta el sentimiento paternal, haciendo del hijo, en la antigüedad pagana, la víctima de las más abominables leyes? Los niños se veian sin cesar condenados al abandono, al infanticidio, ó á un tráfico execrable.

Y á la verdad que era preciso que esos crímenes fuesen muy frecuentes para que Tertuliano, dirigiéndose á los primeros magistrados del imperio, se atreviese á decir en su *Apologético*: «Entre todos esos hombres que tienen sed de sangre cristiana, entre todos esos que nos acusan, entre esos jueces tan rigurosos para nosotros, ¿no habrá algunos que hayan dado muerte á sus hijos... ahogado ó hecho perecer de hambre, arrojados, en fin, como pasto á los perros ó á los buitres?»

Los legisladores más eminentes y sabios de Grecia, como Licurgo y Solon, y en Roma la ley de las Doce Tablas, sancionan formalmente estas barbaries.

Hé aquí la ley de Licurgo: «Cuando nace un niño es preciso deliberar desde luego sobre su vida ó su muerte: si es de complexion vigorosa, vivirá, pero si es débil ó mal conformado, se le arrojará en el abismo del monte Taigeto (1)».

Segun la ley de Solon, cuando nace el niño se le quita del seno de su madre, y se le hecha á los piés del padre; si este le toma en brazos, es señal de que vivirá; pero si aparta la vista se le abandona y mata.

(1) Cuando nacia el niño el padre mismo le llevaba á cierto sitio destinado al efecto, y reunidos allí todos los miembros más ancianos de la familia reconocian al niño. Si le encontraban feo ó contrahecho disponían que fuese arrojado á un barranco situado al pié del Taigeto, emitiendo la opinion de que no convenia al niño ni á la cosa pública, conservarle la vida. (*Plut.*)

Hé aquí el texto de la ley de las Doce Tablas: Si el niño es contrahecho, mátele el mismo padre sin dilacion!

Y los filósofos y los sabios, ¿han protestado acaso contra esas costumbres y esas leyes? No, todo eso les ha parecido legitimo y razonable: «No es bueno para el estado ni para ellos que vivan estos niños,» dice el sabio Plutarco; y Séneca, en su *tratado sobre la cólera*, escribe: «Nosotros matamos á un perro rabioso, ó á un buey peligroso, y ahogamos á nuestros hijos si nacen débiles ó contrahechos; pero esto no es cólera, es razon, es desembarazarse de lo INUTIL.»

Despues de esto ¡háblemos de la sabiduría de los filósofos paganos!

Ya se trate de niños, esclavos ó ancianos, siempre encontramos el odio ó la muerte *de lo inútil*; y esto no por cólera, sino por razon y en nombre de la sabiduría, ó más bien del espantoso egoismo que aquel que fué *el homicida desde el principio*, Satan, infundió en el corazón del hombre.

Seria prolijo hablar más de la aversion y el desprecio excitados por todos esos sabios del paganismo contra la clase jornalera, contra la multitud de artesanos y obreros.

Uno de los varones más bondadosos y corteses del paganismo, Jenofonte, al hablarnos del pueblo dice «que sólo ve en él un tropel confuso de molineros, zapateros, albañiles, chalanes, etc., y entre ellos añade, no hay mas que desórden y malignidad!»

«Su existencia es depravada, dice Aristóteles y la virtud nada tiene que ver con esa multitud.» Así, pues, el obrero no es un hombre honrado.

En el *primer Alcibiades* Platon pone en boca de Sócrates el mismo lenguaje: «Los artesanos y labradores se hallan privados de la facultad de conocerse á si mismos; por esto estima su profesion vil y sórdida, y por consiguiente indigna de un hombre honrado.»

Ciceron, en su *Tratado de los deberes*, piensa y se expresa del mismo modo: « Consideramos como sórdidos y viles á todos aquellos cuyo trabajo se paga, no su arte... Los artesanos son por su profesion gente despreciable, y nada puede haber noble en una tienda ó en un taller. »

¡Ah! con que ¿no puede haber nada noble en una tienda ó en un taller? ¡Hé ahí lo que vuestros pensamientos, lo que todos los esfuerzos de vuestra filosofia han conseguido enseñar al mundo despues de cuatro mil años, y eso en el siglo más ilustrado de vuestra Roma y de vuestra Aténas!

¡Pues bien! Hé ahí por qué necesitaba la humanidad nuevos dias y una filosofia mejor que la vuestra.

¡Hé ahí por qué el Hijo de Dios se hizo hombre y hombre de trabajo: hé ahí porqué Jesucristo, el divino obrero, debia pasar treinta años en un taller, en una tienda, trabajando con sus manos y ganándose la vida con el sudor de su frente, para enseñar al egoismo y al orgullo humano lo que es el pobre y el obrero!

Tal era el mundo ántes de Jesucristo; tales las ideas, las leyes y las costumbres.

III

Y ¿qué diremos de los gladiadores y esclavos?

Ya sé que sobre eso se ha dicho cuanto hay que decir, y á puro volverlo en lugar comun se ha concluido por no aclararlo más y por olvidar el eterno reconocimiento debido al Evangelio de Jesucristo, que es el único que ha libertado al mundo de esos horrores.

¿Que era el esclavo en los tiempos antiguos? Un hombre poseido por otro, entregado á la omnipotencia absoluta, á la completa merced de un amo; un hombre reducido al estado de cosa, *res mancipii*; un hombre con quien puede hacerse cuanto

se quiere; un hombre que se puede vender, comprar, dar ó cambiar, que se explota, encadena, mata ó crucifica.

Nada puede leerse en los autores antiguos que sea tan horrible como la descripcion de los castigos impuestos á los esclavos.

Los espartanos lo podian todo contra ellos, sin que las leyes interviniesen en lo más mínimo. Se les obligaba á recibir todos los años cierto número de golpes sin que los hubiesen merecido, y únicamente para que no olvidaran que eran esclavos. Si alguno parecia querer salirse de su esfera, *era castigado con la muerte, y el amo pagaba una multa.*

Los romanos los encadenaban á centenares como si fuesen animales, encerrándolos en el *ergastulo* especie de calabozo subterráneo. No se les quitaba la cadena de dia ni de noche, y con ella trabajaban en el campo (1). Algunos pasaban la vida encadenados dando vueltas á la rueda de un molino. Un autor pagano describiendo el aspecto de aquellos desgraciados, dice: «La piel surcada por las lividas señales del látigo, marcada la frente, rapada la cabeza, los pies oprimidos por un anillo de hierro, pálidos, flacos, extenuados y sin tener ya en las facciones aspecto humano.» Para todos, las correas, los azotes, el palo, los grillos en las manos y en los piés, la horquilla al cuello, el tormento, la marca y la cruz. No hablo del hambre, de la sed, del calor, del frio, de la continua fatiga, ni haré mencion tampoco de los tremendos golpes que les daban. Y esto por el motivo mas insignificante, por una palabra, por un estornudo.

Para azotarlos se les suspendia de una viga con un peso de cien libras en los piés.

(1) Wallon, *Historia de la esclavitud en la antigüedad*, donde puede verse todo esto.

Es preciso ver en los cómicos griegos y latinos, pintores vivos, pero necesariamente fieles, de aquellas costumbres, las amenazas que se les hacían y la especie de brutal indiferencia con que los mismos esclavos recordaban entre sí, en su intraducible lenguaje, los golpes que recibían; es necesario ver en los satíricos, otros autores de aquel tiempo, esos furores, esos golpes multiplicados, esos verdugos pagados anualmente para castigar, y esa matrona armada de agudos verduguillos con que aguijaba á sus esclavas, en tanto que se ponía colorete, hablaba á sus amigas ó admiraba la franja de sus vestidos. La muerte se prodigaba como los bofetones, por el menor capricho; y en prueba de ello, citarémos el siguiente diálogo: «Una cruz para este esclavo.—¿Qué ha hecho para merecer la muerte? ¿Dónde están los testigos? ¿Quién presenta la queja? Escucha; la vida de un hombre vale la pena de esperar un poco.—¡Insensato! ¿Acaso un esclavo es un hombre? No ha hecho nada; pero ¿qué importa? ¡Muera! Yo lo quiero y lo mando: mi razon es que lo quiero». Juvenal.

La historia habla como los poetas: Plinio y Séneca son los que nos dicen que Vedio Polion, caballero romano, *amigo del divino Augusto, engordaba á sus murenas con esclavos*. Un vaso roto, *crystallinum*, bastaba para que arrojaran al pobre esclavo en el terrible vivero.

Yo sé que el príncipe condenó á su amigo; pero no es menos cierto que hasta el divino Augusto, mandó crucificar un día á un tal Eros porque el desgraciado asó y se comió una codorniz que el príncipe estimaba.

Como á Calígula, su nieto, le costaba demasiado alimentar las fieras del circo, mandó que se les echaran esclavos. La suerte de estos en su vida ordinaria era tan espantosa, que para librarse de ella se arrojaban en la arena bajo las garras de las fieras.

Y Tácito, en fin, es quien nos refiere el hecho siguiente: «Habiendo muerto asesinado por uno de sus esclavos Pediano Segundo, prefecto de Roma, segun la antigua costumbre todos los esclavos que vivían bajo el mismo techo que el delincuente debían morir crucificados.» Eran cuatrocientos entre hombres, mujeres y niños, y al ver el pueblo conducir á aquella multitud al suplicio se conmovió por sus gritos. El Senado se reúne para deliberar; pero despues de un discurso que el historiador nos ha conservado, votóse el suplicio, y los cuatrocientos esclavos perecieron en cruz.

Y los hombres á quienes se trataba así, ¿eran solo unos cuantos desgraciados? No, eran millones de criaturas humanas, pues las cifras históricas son prodigiosas. Solo en Atica, un censo oficial hecho por Demetrio Falero dió por resultado, segun el testimonio de Ateneo, 20,000 ciudadanos libres, únicamente, y 400,000 esclavos. En Roma habia romano que tenia 1,000, 10,000 y hasta 20,000 esclavos, y era tan considerable su número, que el Senado, segun dice Séneca, jamás quiso permitir que les dieran un traje especial por temor de que se contasen.

Porque téngase entendido que en todas partes se hallaba la esclavitud, lo mismo entre los pueblos bárbaros que entre los mas civilizados, y así es que antes de Cristo la mayor parte del género humano era esclava, y los esclavos, á quienes se despojaba de los derechos de la humanidad, eran tratados como si no fuesen hombres, pues lo mejor que habia para ellos era el suplicio de la cruz.

Felizmente para la humanidad aquella cruz fué tomada cierto dia por un hombre que no habia nacido para la esclavitud; pero que entre las humillaciones que él aceptaba con el fin de convertirlas en una sublime rehabilitacion para nosotros

no se desdenó de descender hasta la forma y la suprema abyeccion de los esclavos. ¡Si, el Hijo de Dios se anonadó hasta ese punto, dice su apóstol, *exinanivit semeptisum, formam servi accipiens*; entre todos los géneros de muerte escogió la de los esclavos, y quiso morir como ellos en la ignominia de la cruz, *mortem autem crucis*! ¡Observad eso! exclamaba san Pablo, dirigiéndose á los cristianos de la primitiva Iglesia. ¡Oh! vosotros, que veis lo que el hombre ha hecho del hombre en este mundo, concebid al fin en vuestros corazones, los unos por los otros, los sentimientos del corazon de Jesucristo.

Pero lo que es horrible decir, es que todas esas indignidades de la esclavitud, todo eso que acabo de referir, todo era sencillo, natural y conforme con el lenguaje de las leyes. Estas decian al hablar del esclavo: «Es una cabeza que no se cuenta; es una cabeza servil para la cual no existe derecho. No hay obligacion posible en un esclavo».

✶ No puede deber nada, ni tampoco pueden deberle: En una palabra, no existe para la ley; es como si estuviera muerto. Para él, pues, no hay estado civil, ni propiedad, ni matrimonio, ni paternidad. «Decis que es padre; pero es un esclavo: No, el esclavo no es padre, ni madre, ni hijo ni esposo á los ojos de la ley; entre esclavos los lazos de sangre nada tienen que ver con las leyes.» ¿Qué accion quereis que tenga ante la justicia? Un esclavo no puede pleitear ni citar testigos; eso es imposible. Pero en cambio á él si que se le puede citar; no porque su palabra tenga ningun valor, sino porque sus lamentos dirán alguna cosa, y se le hará gritar en el tormento. ¡El tormento! Hé ahí el único testimonio que se puede aceptar.

Despues de semejantes hechos yo pregunto ahora: ¿Qué pueden importarme algunas palabras

de Eurípides, ó de algunos otros poetas y filósofos, que se elevan hasta pensar que se debe tener presente que en el esclavo hay un hombre?

¿Quereis saber por último cuál es el precio de tarifa para un esclavo en la aduana? El mismo que el de un buey ó de un asno. Y si le mata alguno que no sea su amo, ¿quereis que os diga qué multa debe pagar? La misma que si se tratara de un buey ó de una mula.

La verdad es, asi lo dice Séneca, que todo era permitido con los esclavos. Por el prodigioso desprecio que inspiraban considerábaseles como una especie de hombres excepcionales, *quasi secundum hominum genus*, nacidos para sufrirlo todo. Bien lo expresan aquellas increíbles palabras que la lengua creó precisamente para pintar la abyeccion y opresion de esta clase miserable: «raza buena solo para la cadena, delicias de las varas, cosecha de latigazos, hombres de baquetas.» ¿Deberemos, pues, admirarnos de que cuando se trataba de crucificar á un esclavo, bastase decir el *sic volo, sic jubeo*: asi lo quiero, asi lo mando?

IV

Y ¿qué decía la filosofía en presencia de todas esas cosas? Preciso es confesarlo ruborizándonos por ella: todas las escuelas filosóficas han elogiado la esclavitud, tal como la practicaron los filósofos. Platon, en nombre de la necesidad política, decía que se necesitaban esclavos para el trabajo á fin de que los ciudadanos disfrutasen de las comodidades de la vida libre.

Aristóteles, en nombre del derecho natural, exclama: «La naturaleza exige que haya esclavos;» y aduce por extenso las razones en el libro primero de su *Politica*. Citaré aqui á Cochin, autor de una magnífica obra titulada *Sobre la abolicion de la esclavitud*, donde dice: «Epicuro en nombre de la voluptuo-

sidad, Zenon en el de la indiferencia estoica, Tucídides en el de la historia y Jenofonte en el de la economía social defendían la esclavitud. Epicteto, antiguo esclavo, que condena la dureza de los amos para con los esclavos, se muestra luego insensible á los males de sus semejantes. Aristófanes cree «chistoso» hacernos ver que Caronte no les admitía en su barca, y el viejo Hesíodo escribió con la mayor indiferencia que el esclavo es al rico lo que el buey al pobre. En Roma, Catón compara á los esclavos con el ganado viejo de su establo (1). Cicerón se excusa por haber sentido demasiado la pérdida de un esclavo; Plinio los compara con los abejorros, Lucrecio apenas se ocupa de ellos y Horacio se burla, en tanto que Séneca y Marco Aurelio les ofrecen consuelos estériles. Últimamente, Varrón los enumera entre los instrumentos de labranza como lo hace con la carreta y los bueyes; «con la única diferencia de que los esclavos hablan, los bueyes mugen, y la carreta no dice nada.»

A par de la esclavitud existía antes del cristianismo otra cosa horrible, más espantosa aun; eran los juegos del circo y las luchas de gladiadores.

Ver á hombres matarse entre sí ó ser devorados por las fieras, era la gran fiesta, la suprema delicia del pueblo rey. El romano no conocía placer más dulce, y bajo la abyecta tiranía de los emperadores sólo pedía dos cosas en cambio de la libertad: pan y juegos, *panem et circenses*. La magnificencia romana nada perdonó para construir esos inmensos recintos donde miles de espectadores podían disfrutar de aquel placer.

«Detestables juegos, dice un padre de la Iglesia, combates horribles donde los espectadores se interesan por las fieras, mostrándose más descontentos

(1) Es necesario vender los bueyes y esclavos inútiles como el hierro viejo (Plutarco, *Vida de Catón el Anciano*, 5).

tos que ellas cuando la presa humana se escapa y huye, y por el contrario, aplaudiendo satisfechos cuando la víctima es cogida, cuando ven sus miembros palpar entre los dientes que los desgarran, y la arena cubierta de sangre. Benévolos para con los tigres, excitaban su furor como si fueran á cebarse con ellos en la carne y la sangre del hombre (1).»

Hé ahí los juegos para los cuales los procónsules de las provincias lejanas ordenaban grandes batidas, prohibiendo terminantemente matar las fieras; era necesario cogerlas y guardarlas vivas (2) para que bebiesen en los anfiteatros romanos la sangre de los hombres entre los aplausos del pueblo.

Y había entre todos aquellos cónsules, patricios y ediles, entre todos aquellos candidatos al favor del pueblo y del imperio, una espantosa emulación en presentar más fieras y hacer desgarrar más hombres.

Sila hizo sacar al circo cien leones de larga melena; César cuatrocientos; Pompeyo, llamado el Grande, seiscientos, y Augusto se redujo á cuatrocientas veinte panteras y treinta elefantes. Hubo luchas de fieras y de hombres que se prolongaron cinco ó seis días sin interrupción.

Los combates de hombres contra hombres eran todavía más terribles, y arrojaban á los gladiadores en la arena á cientos y á millares. César, para celebrar ciertas fiestas, hizo pelear seiscientos cuarenta en trescientas veinte parejas. Pero esto no es nada todavía. Tito,

Tito, la esperanza del mundo y el amor de los romanos

(1) San Gregorio Nacianceno.

(2) Dezobry, *Roma en tiempo de Augusto*, t. III, p. 501.—Tal llegó á ser el monopolio del anfiteatro sobre las fieras, que un león ó una pantera, bajando por los desiertos de Africa, se consideraban como cosas sagradas que debían respetarse aun á riesgo de la vida. Cierta emperatriz, prefiriendo en fin á sus placeres la vida de sus súbditos, permitió al hombre matar un león para defenderse, lo cual era ya un progreso; y se necesitó un Justiniano para permitir cazarlos y venderlos, haciendo cesar por completo la inviolabilidad de las fieras. (Champany. *La caridad cristiana*, p. 23)

hizo durar cien días las fiestas de su triunfo; cien días, durante los cuales tuvieron que degollarse millares de hombres en honor del príncipe y por el placer de los romanos. El buen emperador Trajano prolongó las fiestas hasta ciento veinte y tres días é hizo combatir 10,000; Adriano se limitó á seis días. Cómodo ordenó más de mil de aquellos combates, y necesitaba verlos hasta en las horas de comer á fin de disfrutar de todos los placeres á la vez. Allí reunía á los gladiadores con las cortesanas. El viejo Gordiano, antes de ser emperador, daba doce espectáculos al año, uno mensual, de ciento cincuenta parejas cada vez. En Roma hubo mes en que se mataron mas de veinte mil hombres para divertir á los demás. Claudio que no era malvado, no podia privarse de semejantes funciones, y le gustaba que los gladiadores combatiesen sin casco, á fin de que tanto él como el pueblo vieran el rostro de los moribundos, dice su historiador.

El entusiasmo del pueblo en aquellas funciones era indecible. Allí estaba Roma entera; el emperador presidia, y los gladiadores, al pasar delante de él, inclinábanse diciendo: ¡César, los que van á morir te saludan! (1) ¡Los primeros puestos se reservaban para los caballeros y senadores, y tambien para las vestales. A cada golpe levantábase el pueblo, y cuando el acero se hundía en la garganta, estremecíanse todos de gozo: ¡Ya tiene! ¡ya tiene! exclamaban (2). Y cuando el vencedor, teniendo al vencido bajo las rodillas con la espada sobre su pecho, espereba la órden del pueblo, las vestales, así como los demás, alzaban ó bajaban el pulgar para ordenar la vida ó la muerte, pues esta era la señal suprema. Si el gladiador vacilaba ó combatía flojamente, enfurecíase el pueblo, pues esto era inju-

(1) *Cesar murituri te salutant* (Suet, *Vida de Claudio*)

(2) *Hoc habet!* (Juv., 5, 3).

riarle, robarle su diversion, su placer; y entonces de todos los puntos del anfiteatro partian estos gritos: ¡Hiere! ¡Mata! ¡Quema! ¡Occide! ¡Verbera! ¡Ure!. Es necesario comprender el sentido de esta última palabra de Séneca, *ure*, y vamos á esplicarlo. En las barreras del circo habia unos guardas que con un hierro candente en la mano obligaban á golpes á los combatientes perezosos á lanzarse en la arena, agujijoneándolos sin cesar. Preciso es convenir no obstante que esto era raro, pues el gladiador no ignoraba lo que debía á tan gran pueblo, y una vez caido dirigía animosamente la punta de la espada contra su garganta ó su pecho. Pero entre todos esos horrores hay uno que me ha impresionado más que todos. Héle aquí:

Terminado el día y al llegar la noche, cuando todos esos cuerpos heridos y moribundos yacian aun por la arena, penetraban en el circo varios hombres armados con un hierro candente, y á golpes remataban á las víctimas; si encontraban alguna que se obstinaba en vivir la llevaban arrastrando con garfios á un antro *ad hoc*, que se llamaba el *spoliario*, y allí varios jóvenes gladiadores, aprendices del oficio, acababan de matarlos á estocadas y puntapiés para ejercitarse.

Y entretanto César con sus senadores, caballeros, vestales y pueblo se iban alegres y satisfechos.

Tales eran las diversiones y mas gratas delicias del pueblo rey; y esto no solo en Roma, sino en todo el imperio, en la Galia, España, Grecia y Asia; en todas partes necesitaba el romano el circo, las luchas de gladiadores y fieras; y los restos de sus anfiteatros, que aun permanecen en pié en todas las comarcas del antiguo mundo, atestiguan esa suprema pasion por la sangre y el asesinato.

Todos esos horrores, ya lo he dicho, eran sancionados por las leyes; y los sabios y los ingenios

de aquella época, tales como un Ciceron y un Plinio, opinaban que todo eso era una noble institucion, y una *disciplina excelente* para fortalecer al pueblo contra el dolor.

Por lo demás, y con esto concluyo, conocidas son las máximas del mas clemente de los emperadores, de un Marco Aurelio, quien declara sin rodeos que compartir la desgracia y llorar con los que lloran es una debilidad. ¡Preciso es convenir que eso está muy lejos del *llorar con los que lloran* del Evangelio, y el *bienaventurados los que lloran* de san Pablo!

Por eso no debemos extrañarnos de las máximas de un Séneca, que no vacila en decir que la misericordia es un vicio del corazon: *Misericordia animi vitium est.*

A Neron es á quien dedicaba estas hermosas máximas el moralista mas célebre de la antigüedad. Yo las citaré textualmente, de su tratado *De la clemencia.*

« La misericordia es un vicio del corazon, y así los hombres honrados la evitarán cuidadosamente. No se encuentra las mas veces sino en los hombres sin virtud. » Por último, resuelve filosóficamente la cuestion con este rasgo: « El verdadero sabio no tiene piedad: *Sapiens non miseretur.* »

Ciceron, en su defensa *Pro Murena*, hablando de Zenon, á quien llama un hombre de gran genio, y de los estóicos sus sectarios, entre los cuales comprende á Caton, nos asegura que entre los principios y los preceptos del estoicismo deben contarse estos: « *Que ninguno es compasivo, á menos de ser UN NECIO Ó UN ATOLONDRADO; que el hombre que es verdaderamente hombre nunca se conmueve ni enternece; y en fin que es un crimen y una felonía prestar oidos á la compasion.* »

Y el mismo Ciceron en sus *Tusculanas* no sabe definir la misericordia sino con estas equívocas

palabras: « *Miseratio est cegritudo ex miseriâ alterius.* Por mi parte solo puedo ver en esto una debilidad involuntaria en que para nada entra el corazon.

Dije anteriormente que Virgilio cuenta entre las condiciones de felicidad en la vida campestre el estar libre de la vista importuna de los pobres; pero es preciso añadir que á la misma sabiduria filosófica de su noble campesino atribuye Virgilio el mérito de no tener compasion para el pobre ni envidia al rico.

Todo esto embarga el alma de tristeza profunda; pero es útil recordarlo en un siglo en que al parecer se olvida demasiado de qué abismo sacó Jesucristo á la humanidad, que solo se inspiraba en el instinto natural de la filantropía.

¡ Tales eran, pues, las consecuencias de la depravacion primitiva en el corazon de los hombres, y de los mejores y más sabios! Puede decirse que les faltaba el lenguaje para expresar sus pensamientos, para arrojar algun rayo de luz en aquel prodigioso extravío, y hacerles entrever, al ménos en las palabras con que nos expresamos nosotros y que nos parecen vulgares porque estamos acostumbrados á ellas, las virtudes que podian salvarles.

Curioso y triste es observar que la palabra *Humanidad*, esa palabra tan grande entre nosotros desde el cristianismo, no significaba las más veces entre los paganos sino cortesía ó buenos modales... y que *Caridad*, ese nombre que ha llegado á ser sublime en la lengua cristiana, casi nunca significaba entre los griegos mas que gracia ó elegancia. y entre los romanos en los últimos tiempos el afecto que se profesa á los parientes y amigos.

En toda la antigüedad griega y latina apenas se encuentran algunos ejemplos en que dichas palabras tengan un sentido más generoso.

Todo estaba, pues, perdido, todo desesperado para la humanidad y la virtud sobre la tierra: el egois-

mo, el orgullo, el desprecio del hombre, la aversión al pobre, la pasión por el asesinato, la afición á la sangre en infames diversiones reinaban sin obstáculo, hasta que se presentó Jesucristo para renovar la faz del mundo substituyendo el genio y el sentimiento de la caridad á la pobre filantropía de los sábios y filosofos de los pueblos mas civilizados de la antigüedad.

El sermón de la montaña

¡Qué espectáculo se presenta ahora á nuestros ojos! ¡Qué escena tan inesperada viene á sosegar nuestros corazones!

Era el principio de su vida, al pié de una montaña solitaria y en el dia de su primera predicacion.

Despues de ocultar por espacio de treinta años en una humilde choza su vida laboriosa y miserable, á fin de ser el modelo de los pobres ántes de convertirse en legislador del mundo, se presenta Jesucristo y empieza su carrera evangélica.

Y sale de la casa de un obrero galileo, de donde á juicio de los sabios nada bueno podia salir; y al pueblo y á las turbas despreciadas es á quienes se dirige desde luego.

Comienza por hacerles comprender la caridad que para ellos encierra su corazon, sanando á los enfermos, consolando á los afligidos, bendiciendo á los niños, y difundiendo por todas partes á su paso la paz, la salud y la vida. Transportados de reconocimiento para seguirle, abandonan los pueblos, villas y ciudades, y van hasta el fondo de los desiertos y á las montañas, ansiosos de oirle y escuchar sus consejos, pues todavia no había enseñado y todos ignoraban su doctrina. Nada se sabía de él mas que sus beneficios y milagros.

Por fin habló, y dirigiendo los ojos á sus discipulos les dijo: « Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán

la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han sed y hambre de justicia: porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos (1). »

De modo que esos seres tan viles, tan miserables, tan despreciados, la escoria del género humano, la hez del mundo, tuvieron la dicha, la dignidad el respeto, el amor, y para ellos era la gloria y la felicidad eterna, la posesion plena, y pacífica, entera, de la mas perfecta felicidad, con el majestuoso título de reino.

El Maestro continúa sus divinas palabras, y no solo dice: «Bien aventurados los pobres», sino que á fin de invitar á todos los miserables á que participen de la felicidad, añade: ¡Bienaventurados los que sufren! ¡Bienaventurados los que lloran!

Los que lloran, los que sufren: ¿quién no sabe que son todos los hombres? Aquí bajo todo está triste, todo gime, todo llora; hay lágrimas en todas las cosas: ¡Pues bien, dichosos todos esos!

¡Qué doctrina! ¡Ah! hacia cuarenta siglos que los desgraciados la esperaban; pero solo un Dios podía enseñarsela.

Todavía no era bastante. El Dios que acababa de sacar á los pobres del abismo donde los arrojara desapiadadamente el egoismo y el orgullo humano, debía sacar tambien de su humillacion á la misericordia, proclamándola bienaventurada, y poniéndola como una fuente de felicidad nueva en el corazón de los ricos. De aquella boca divina, ó mas bien,

(1) S. Mateo, c. V. v. 3-10.

corazon de Cristo, foco ardiente de la caridad eterna, brotan otras tres bienaventuranças:

«¡Bienaventurados los misericordiosos, porque para ellos habrá tambien misericordia!

«¡Bienaventurados los corazones dulces y compasivos, porque ellos poseerán la tierra!

«¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios!

¿Quién no necesita misericordia, dulzura y paz sobre la tierra! Los más dichosos son á veces los que tienen más penas en el fondo de sus almas, y los que vierten lágrimas más amargas... Los más opulentos con frecuencia son los que sienten más el vacío y están más atribulados. Pues bien, la misericordia, la dulzura y la paz que hayan tenido para con los otros, se tendrá para con ellos, y se les amará sobre la tierra, y serán los hijos de Dios.

Y el Salvador, despues de revelar á los ricos su verdadera felicidad, eleva su mirada hácia el más alto de los cielos, hácia el Padre celestial, y mostrándole á sus discipulos, exclama enternecido:

«Séd, pues, todos misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial.»

¡Palabra sensiblemente divina que jamás ha inventado el corazón del hombre!

Santa montaña, que oíste por vez primera esa palabra adorable, yo te saludo y bendigo. Así, pues, la misericordia celestial, la misericordia eterna, es el modelo, la imágen y la medida de la nuestra. En adelante la desgracia no será ya un crimen, ni la indigencia un oprobio, ni la compasion una debilidad. Los pobres, los buenos pobres, los que comprenden el secreto de su beatitud, serán felices. ¡*Beati pauperes!* Y felices tambien serán los ricos, porque prodigándola á los primeros, pueden obtener para sí mismos misericordia... ¡*Beati misericordes!*

Así vinieron á caer, confundidas, al pié de aquella santa montaña, todas las crueles doctrinas de la sabiduría antigua.

¡Qué dia fué aquel en la historia del mundo! ¡Tiberio estaba entónces en Caprea! En aquel tiempo, y acaso en el mismo dia, los filósofos declamaban con elocuencia, como lo hacen aun hoy, en la córte de los príncipes, en las asambleas populares ó bajo los pórticos del Liceo, pues los vanos oradores y los sofistas no han faltado jamas en las naciones vanidosas y en los siglos de orgullo. Y sin embargo, léjos de Roma y Grecia, en un oscuro rincon del Oriente, en medio de un desierto, un hombre desconocido, ó más bien, un Dios oculto, un Dios salvador de la humanidad perdida, daba tambien sus lecciones á los pobres pueblos que acudian para oírle. Y su palabra, de una sencillez tan admirable, á la par que de una fuerza divina, debía vencer al mundo, remover profundamente las entrañas del género humano, derribar la sabiduría profana, enternecer los corazones de los hombres, atravesar sin debilitarse todas las edades, consagrar á la vez los derechos sagrados del pobre y las sublimes prerrogativas del rico, y fundar para siempre sobre las ruinas confundidas del egoismo y del orgullo y de la filantropía filosófica, *el nuevo imperio de la caridad.*

Doctrina de la caridad

Ahora es preciso estudiar de cerca y detalladamente esa doctrina que ha creado la caridad sobre la tierra, produciendo para ella todas las grandes obras del alma, toda la gran civilizacion cristiana, así como el *fiat lux*, al principio, creó la luz, sacando al universo del caos.

Un doctor de la ley habia dirigido á Jesucristo esta pregunta: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» Jesus contestó:

«Hé aquí el primero de todos los mandamientos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo (1).»

Despues añadió Jesús:

«No hay otro mandamiento mayor que estos, pues contienen toda la ley y los profetas (2).»

Todo fué dicho en esas dos palabras: el origen, la naturaleza, la sublimidad, la estension y la inviolabilidad del precepto.

Así, pues, en adelante *amarás á tu prójimo como á tí mismo*. El egoismo cayó aniquilado por esta palabra. Egoista, que sólo te amas á tí y que no tienes corazon mas que para tí, si se te presentan

(1) S. Mateo, a. XXII, v. 37-40

(2) S. Márcos, c. XII, v.23-31.

huéspedes es necesario recibirlos y amarlos en adelante como á tí mismo.

Así, en dos palabras, no solo se destierra la indiferencia y se ordena el amor, sino que se ensalza el amor al prójimo de tal modo que se pone al lado del que se debe á Dios, y por decirlo así en la misma línea; ó mas bien, estos dos amores no forman mas que uno, que se consagra primeramente á Dios, su objeto supremo, y despues á todas esas nobles criaturas humanas, hechas como nosotros á la semejanza de Dios, y como nosotros destinados á conocerle y á vivir eternamente en él, en una misma sociedad de amor.

Y ¿quién es ese prójimo á quien ya no podemos aborrecer, y al que es preciso amar como á nosotros mismos, con ese amor que debemos á Dios?

Un doctor de la ley preguntó á Jesucristo: «¿Cuál es mi prójimo?» Y Jesús, tomando la palabra, le revela bajo la forma de una parábola la mas admirable doctrina.

«Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle herido, le dejaron medio muerto, y se fueron....»

«Mas un samaritano que iba su camino, se llegó cerca de él: y cuando le vió, se movió á compasion.

«Y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él, etc.»

Entonces Nuestro Señor, dirigiéndose al doctor de la ley, le dijo: «Pues vé y haz tú lo mismo (1).»

Luego añadió:

(1) S. Lucas, c. X. v. 30, y sigs.

«Ya sabeis que se ha dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Mas yo os digo: que no resistais al mal: antes si alguno te hiere en la mejilla derecha, párale tambien la otra.

«Habeis oido decir: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen: y rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de que seais hijos de vuestro Padre celestial que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos: y llueve sobre justos y pecadores (1).»

Semejantes palabras no se comentan, se adoran.

El Salvador añade:

«Porque si amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludareis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué haceis demás? ¿No hacen esto mismo los gentiles?...En cuanto á vosotros, haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada: y vuestro galardón será grande, y sereis hijos del Altísimo, porque él es bueno aun para los ingratos y malos.»

Así nuestro prójimo son todos los hombres conocidos ó desconocidos, ciudadanos ó extranjerros, correligionarios ó de religion diversa, ricos ó pobres, amigos ó enemigos. No se exceptúa ninguno; es necesario amar á todos.

¡Solo un Dios podia ensanchar de tal modo el corazón del hombre!

Pero es preciso ver ahora la delicadeza de ese amor y hasta qué grado de respeto, generosidad y abnegacion alcanza.

«No juzgueis, y no sereis juzgados: no condeñeis, y no sereis condenados. Perdonad, y sereis

(1) S. Mateo, c. V, v. 38, 39, 43, 45.

perdonados... Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá á medir.»

« Si perdonareis á los hombres sus pecados: os perdonará tambien vuestro Padre celestial vuestros pecados. Mas si no perdonareis á los hombres tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados ».

« Ya oisteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio. »

Por último, Nuestró Señor acabá de hacernós comprender la profundidad y extension de su precepto con estas palabras que nos demuestran que la caridad es de tal modo el fondo de la religion que hasta se antepone al culto de Dios.

« Por tanto si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano: y entonces vén á ofrecer tu ofrenda.

« Amar al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas, y amar al prójimo como á tí mismo, es mas que todos los holocaustos, y sacrificios. »

Al que aborrece, no solo le está prohibido el solemne sacrificio, sino que queda excomulgado, y ni aun puede rezar en voz baja la oracion de cada dia, la oracion mas sencilla. Si conservando rencor en el corazon murmura el *Padrenuestro*, tropieza con estas palabras: « Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos á los que nos ofendieron.

« Y ¿ cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? ¿ hasta siete veces? » pregunta Pedro á su Maestro.

« No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete veces. » Es decir, siempre.

No es esto todo: es preciso estudiar ahora la modestia, la humildad, la discrecion, el heroismo de esa hermosa caridad cristiana.

« Ten cuidado de no hacer tus buenas obras delante de los hombres, á fin de ser visto, pues de lo contrario no recibirás la recompensa de tu Padre, que está en el cielo. Así, pues, cuando des una limosna, no hagas ostentacion de ello, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados por los hombres. Yo os lo digo en verdad que ellos han recibido su recompensa.

« Cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha; para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará. »

Nuestra caridad debe ser tanto mas modesta cuanto liberal y magnífica.

« Dad y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida, y colmada, darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá á medir. »

Entre los discípulos del Evangelio hay algunos á quienes el divino Maestro pide tan gran perfeccion en la caridad, que tienen que despojarse ellos mismos de todo para dárselo á los pobres, sus hermanos.

Un jóven rico dijo un dia á Jesús: « He observado los mandamientos desde mi juventud; ¿ qué me queda aun que hacer? Habiéndole mirado Jesús, concibió afecto por él y le dijo: « Una sola cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo: y ven, sígueme ».

Otro dia dijo Jesús: « Vended lo que poseeis, y dad limosna. Hacéos bolsas, que no se envejecen, tesoro en los cielos, que jamás falta: á donde el ladron no llega ni roe la polilla. Porque

donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

Más, ¡cómo! ¡desprenderse de las riquezas, no cuidarse de su tesoro y su fortuna, y de lo que se ama más en la tierra! Sí, Jesús llega hasta ese extremo, y es preciso que comprendamos bien todos aquí lo que el Hijo de Dios ha pensado de las riquezas. A los ricos les gusta que se predique á los pobres el desprecio á las riquezas; pero Jesús lo predica á los ricos y á los pobres, y si pide á todos que se desprendan de los bienes y de los intereses terrenales, hé aquí en qué términos inspira á todos también filial confianza en la divina Providencia:

«Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro: ó al uno sufrirá y al otro despreciará.

Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comereis, ni para vuestro cuerpo, qué vestireis. ¿No es más el alma que la comida: y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni allegan en trojes: y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros mucho más que ellas? Y ¿por qué andáis acogojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Yo digo, que ni Salomón en toda su gloria, fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuanto más á vosotros, hombres de poca fé? No os acogojéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, ó que beberemos, ó con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Y vuestro Padre sabe, que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas. Y así no andéis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana así mismo se traerá su cuidado.»

Seguramente que ninguna voz de hombre mortal

había dirigido jamás á los demás hombres tan dulces y penetrantes palabras, y así se comprende que los pueblos, después de haber escuchado al Salvador exclamasen: «Nunca así habló hombre, como este hombre.»

Y él, continuando sus lecciones, y á fin de estimularlos al amor de sus hermanos, les revelaba el respeto de los pobres, el valor de los pequeños, la dignidad de las clases oprimidas y el poder de su intercesión cerca de Dios.

Pero lo que debe notarse aquí, así como en todo el Evangelio, es hasta qué punto se mezclan en las palabras de Jesús la fuerza con la dulzura: se sienten las entrañas conmovidas del Hijo del hombre, que compadece, con la autoridad del Hijo de Dios, que ordena, ¡No hay medio de evadirse, no deja salida alguna! Ve el sofisma en el fondo del corazón, le persigue y le destruye con una sola palabra. Al que dejara de dar, bajo el pretexto de que es un hombre íncuo á quien la caridad no podía lavar su pecado, él le dice:

«Que os ganeis amigos de las riquezas de iniquidad: para que cuando falleciereis, os reciban en las eternas moradas.»

Y luego añade en otra parte:

«Además, dad limosna: y todas las cosas os son limpias.»

Pero al que teniendo poco no creyese tener bastante para ser caritativo; y sobretodo, al que teniendo mucho se alabara de serlo, hé aquí lo que le dice:

«Y todo el que diere á beber á uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría tan solamente en nombre de discípulo: en verdad os digo que no perderá su galardón.»

Y después este rasgo sublime:

Un día «estando Jesús sentado de frente al arca de las ofrendas, estaba mirando como echaban las gentes el dinero en el arca: y muchos ricos echaban mucho. Y vino una pobre viuda, y echó dos peque-

ñas piezas del valor de un cuadrante, y llamando á sus discípulos, los dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda, que todos los otros que echaron en el arca. Porque todos han echado de aquello que les sobraba: mas esta de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.»

Y ¿cómo no recordar ahora cuanto Nuestro Señor ha dicho y hecho para realzar y honrar á las pobres viudas, á las pobres madres, á las mujeres, á los niños; es decir, á todos los seres débiles, los más dignos de ternura y respeto, pero tambien los más despreciados por el egoismo y el orgullo humano sobre la tierra?

¿Quién no sabe que entre sus milagros más conmovedores, la resurreccion del hijo único de la viuda de Naim, y la compasion del Salvador por las lágrimas de aquella mujer, constituyen uno de los más gratos recuerdos para los corazones maternos?

Ya hemos visto que el príncipe de las tinieblas, el que las santas Escrituras llaman *el homicida desde el principio*, habia llegado á introducir el asesinato hasta el seno de la familia, y á consagrarle hasta en la autoridad paternal.

Una palabra bastó al Salvador del mundo para vencer á Satanás y realzar para siempre la dignidad de la infancia: *Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbeis: porque de los tales es el reino de Dios.*—Vosotros matais á esos niños, los abandonais, los prostituís; dejad que vengan á mí esas almas encantadoras é inmortales que yo he creado á mi imagen y semejanza: *Sinite parvulos venire ad me.*—Y los bendecía, y los abrazaba, y los defendía contra la indiferencia de sus discípulos.

Y así como á los niños, Jesucristo rehabilitó á las madres; á esas madres que estaban tan humilladas en la antigüedad pagana por el divorcio, por el servilismo del gineceo, por la desconfianza de las leyes, por las máximas más insultantes para la naturaleza, el Salvador les devolvió toda su dignidad y todos

sus títulos al respeto, eligiendo primeramente una mujer para madre, y haciendo ver al mundo en ella la dignidad maternal radiante en toda su virginal pureza. Además, restableció el matrimonio según su constitucion primitiva, fundándole de nuevo por imperecederas palabras en tres grandes leyes, la unidad, la indisolubilidad y la santidad:

«Por esto dejará el hombre padre y madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne;» con la madre de sus hijos.

«Así que ya no son dos, sino una carne. Por tanto lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.»

Y observóse que un momento ántes de la conmovedora escena de la bendicion de los niños, Nuestro Señor, hablaba á sus discípulos del matrimonio cristiano y de la dignidad virginal, y que despues de haber rehabilitado así á las madres, realzando á las vírgenes hasta la sublimidad celestial, fué cuando ofreció á los niños en los brazos y en el seno de sus madres el reino de los cielos para siempre.

Tales fueron las palabras por las que quedaron rehabilitadas la santidad y la dignidad maternas, restaurando el mundo y su espantosa depravacion, y regenerando el corazón del hombre, el sentimiento paternal y las entrañas de la humanidad.

En fin, esa otra grande y universal miseria de la humanidad, ese extraño envilecimiento de los hombres ante otro hombre, ese servilismo de todo un pueblo bajo la mano de un amo, ¿no encontrará acaso remedio en la doctrina de Jesucristo? En estos divinos preceptos del Salvador, ¿no habrá tambien alguna leccion para los potentados de la tierra, para *los reyes de las naciones*? La caridad y la humildad necesarias á los jefes de los pueblos, ¿no tendrán tambien un lugar en la legislacion evangélica? ¡No quiera Dios que nuestro celestial legislador deje semejante vacío en su obra! Hé aquí, pues, la maravillosa regla del gobierno cristiano: todo poder temporal ó espiritual no será

ya entre los discípulos sino un servicio; los cargos más ilustres serán la más dedicada servidumbre; y en una palabra, los gobernantes no lo serán más para sí mismos, sino para el pobre pueblo y sus hermanos. Y este sacrificio de sí mismo en obsequio de los otros, deberá llegar á veces hasta dar su vida. En esto también Jesucristo es el modelo y el maestro.

«¿Sabeis que los príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos, y que los que son mayores, ejercen potestad sobre ellos? No será así entre vosotros: mas entre vosotros todo el que quiera ser mayor sea vuestro criado: y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo. Así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redención por muchos (1).

¡Que el Dios del Evangelio sea eternamente bendecido por estas palabras!

En cuanto á mi, confieso que una de las cosas que más me ha extrañado y disgustado en la historia del mundo, y que es á mis ojos uno de los más humillantes testimonios de la degradación primitiva, es la facilidad con que el hombre se ha complacido en dominar, en atormentar y en esclavizar á su semejante; pero lo que aun me causa más asombro y horror es la facilidad con que el hombre se dejó explotar, dominar, tiranizar y aniquilar por uno de sus iguales. ¡Con que la existencia y el reinado de un Sardanápalo ó de un Calígula, y aun hoy día un Sultán de Constantinopla ó de Marruecos han sido posibles! ¡Triste humanidad, la cual no parece tener gusto sino para la insolencia ó la cobardía! ¡Triste hijo de Adán, que se resuelve tan naturalmente á aniqui-

(1) S. Mateo, c. XX, v. 23—28.

lar á los otros ó envilecerse, ó á ser esclavo imbecil ú odioso tirano!

Gracias sean dadas á Jesucristo á pesar de las miserias, inevitables en la lucha eterna del bien y del mal sobre la tierra, pues la cristiandad al menos nos ha ofrecido otros espectáculos. No solamente la esclavitud y el servilismo del hombre por otro hombre han sido heridos de muerte por la doctrina de Jesucristo, debiendo poco á poco, pero necesariamente, desaparecer de la superficie de la tierra, sino que también el Evangelio ha dado al universo príncipes como Carlo Magno y San Luis, y esa multitud de santos, reyes y grandes magistrados que han sido la gloria inmortal de los siglos del cristianismo.

Y esas mismas palabras de Jesucristo y las máximas del Evangelio entero, son causa de que si aun en nuestros días se ejerce cierto despotismo en algunos pueblos cristianos, efecto de la perversidad humana, la gran tiranía cuando menos es imposible, porque halla á su paso en la conciencia de los pueblos, realzados por el Evangelio, un obstáculo que la detiene y contra el cual se estrella. En una palabra, debemos á Jesucristo, pero á Jesucristo solo, que los Nerones y los Heliogábalos no sean ya posibles entre nosotros, y esto durará mientras Jesucristo sea querido y adorado, y á proporción de que lo sea.

Así ha dicho Tocqueville: «El despotismo puede vivir sin la religión, pero sin esta no puede existir la libertad.» Y demasiado lo vemos aun en los pueblos que se rigen por instituciones libres. La falta de respeto á la religión las convierte en vanas formas.

La gran regla de los pueblos cristianos, la ley fundamental de toda vida privada como de toda vida pública, es en adelante la doctrina de Jesucristo resumida en estas palabras:

No solo: «Lo que quereis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos.»

Sino: «Todo lo que quereis que hagan á vosotros hacedlo tambien vosotros con ellos. Porque esta es la ley y los profetas.»

II

Y ¿cual será la recompensa de una caridad tan perfecta y á la vez tan sencilla en su precepto y en su principio?

La respuesta dada á esa pregunta es admirable.

La caridad hácia el prójimo, la misericordia y el corazon compasivo, ocupan en el cristianismo tal lugar, y tienen con la vida eterna tal relacion, que Jesucristo hace de esto la principal regla del juicio final y de la sancion suprema.

Hé aquí en dos memorables páginas la prueba irrecusable.

Y además, la historia y los nombres mismos de *Mal rico Epulon* y del *Pobre Lázaro* se conservan siempre en la tradicion cristiana, para espanto de los ricos sin corazon y para consuelo de los pobres resignados.

«Habia un hombre rico, *Epulon*, que vestia de púrpura y de lino finísimo y cada dia tenía convites espléndidos.

«Y habia allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando hartarse de las migajas, que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba: mas venian los perros y le lamian las llagas.

«Y aconteció, que cuando murió aquel pobre lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno.

«Y alzando los ojos, cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno: y él, levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mi, y envía á Lázaro, que moje la extremidad de su dedo en

agua, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.

«Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tú bienes en tu vida, y Lázaro tambien males: pues ahora es él aquí consolado, y tú atormentado...»

Despues viene otra cosa mas terrible aun que la historia del mal rico *Epulon* condenado solamente por su falta de caridad; viene la grande escena del juicio final, que termina la historia del mundo y es una sancion divina de las obras de caridad, que Jesus acepta como hechas á él mismo.

«Y cuando viniere el Hijo del hombre en su magestad:

«Entonces dirá él á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era huésped, y me hospedasteis: desnudo, y me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver.

«Entonces le responderán los justos, y dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: ó sediento, y te dimos de beber? Y ¿cuándo te vimos huésped, y te hospedamos: ó desnudo, y te vestimos? Ó ¿cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver?

«Y respondiendo, les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mi lo hicisteis. Entonces dirá tambien á los que estarán á la izquierda: Apartaos de mí malditos al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.

«Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: era huésped, y no me hospedasteis: desnudo, y no me cubris-

teis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.

«Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos?»

«Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo: que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis.

«E irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna.»

¡Qué doctrinas! ¡Qué enseñanzas! ¿Que filantropía puede comparárseles?

Ideal de la caridad

¡Solo un Dios podía dar ese sagrado precepto que todo lo decide; esa gran ley de la caridad cristiana que abraza á todos los hombres, que no quiere ni hace mal á ninguno, que quisiera hacer bien á todos, y que lo hace segun sus fuerzas y hasta mas allá de ellas...esa caridad del corazón, tierna, ingeniosa, delicada, fiel, heróica en la necesidad; que ama, que compadece, que socorre, que perdona, que devuelve el bien por el mal! ¡Hé ahí esa grande enseñanza que ha renovado la faz del mundo! Pero ¿cuál es la causa y el principio de tan grande efecto? ¿cuál es el móvil, el ideal de esa caridad?

La causa es grande y sencilla como todas las causas sentadas por Dios.

Es el dogma de la paternidad divina y el de la fraternidad humana en Jesucristo; cosas que nada tienen que ver con la filantropía y que están muy por encima de todo motivo humano.

Estas dos ideas, que no forman mas que una, lanzadas en el mundo como una voz del cielo, ó como un rayo purísimo de sol divino, por nuestro Salvador, hé ahí lo que ha creado la caridad en los corazones, destruyendo las odiosas distinciones que dividian á los hombres, aboliendo el servilismo del hombre por el hombre, y formando en la tierra ese mundo nuevo que se llama cristiandad, la civilización cristiana.

«Dios es vuestro padre celestial, y vosotros

todos sois hermanos... Y vosotros sois mis hermanos, dice Jesucristo á sus discípulos.»

«Así, sed pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.

«Esto os mando, que os améis los unos á los otros como yo os amé.»

Tal es, pues, me atreveré á decirlo, la grande, la luminosa, la ardiente ecuación de la caridad cristiana, escrita con caracteres de fuego en el Evangelio y con caracteres de sangre en la cruz; amarnos como Dios el Padre ama á Jesucristo su Hijo, amarnos como Jesucristo nos ha amado.

«Ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su vida por sus amigos.» Esto es lo que Jesucristo ha hecho.

«Y vosotros también debéis dar la vida por vuestros hermanos.»

Así es como Jesucristo quiere que nos amemos. Y así es como, abriendo ante la mirada y el corazón del hombre horizontes infinitos, nuestro adorable Maestro vino á la vez á proclamar la ley universal del amor y á dar al amor de la humanidad un nuevo motivo y un nuevo ideal, ambos de una fuerza irresistible y de una eficacia imcomparable; motivo é ideal que el naturalismo quiere sustituir por una filantropía pobre y mezquina, sin grandor en su motivo y en su ideal.

Por la doctrina de Jesucristo no solo son todos los hombres hermanos á los ojos de Dios: *omnes autem fratres estis!* sino que también son hermanos de él: *vos fratres mei.* ¡Se hizo hombre como ellos, y por ellos vino á morir, por todos sin excepción; todos tienen un alma y todos valen su sangre!

Desde entonces todas las vanas acepciones de personas y todas las apariencias se han borrado, todas las máscaras han caído: todos los que han representado algún papel, todos los que han hecho aquí abajo de amos, de esclavos, de reyes y de

súbditos, no existen ya: ya no hay más que hombres, ó más bien, no hay más que almas.

¡Lo mismo el proletario, el pobre, es un alma! ¡El esclavo es un alma! ¡La mujer, tanto tiempo despreciada, el deforme y el desgraciado, el niño que acaba de nacer y el que aún no ha nacido, son otras tantas almas! *Guardaos, pues, de despreciar á uno solo de esos pequeños*, porque es un alma igual por su origen y naturaleza á la vuestra, un alma inmortal creada por Dios, rescatada por la sangre de un Dios, y llamada á poseer á Dios en los esplendores de la eternidad.

Así es como de pronto se imprimió á los hombres una grandeza sobrenatural y divina; y la caridad halló en esta semejanza de los hombres con Jesucristo una razón conmovedora que la inflamó haciéndola capaz de todos los sacrificios.

Y no fué aquella la última palabra. Si todos los hombres son hijos de Dios y hermanos en Dios y hermanos de Jesucristo, ¿quienes serán sus amigos privilegiados? El mismo lo ha dicho: serán los pequeños, los pobres, los desgraciados, todos los que sufren y lloran en la tierra. «Todo lo que hicisteis á uno de estos pequeños, á mi lo hicisteis (1).» Y luego estas admirables palabras que no se cansa uno de repetir: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado: porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber (2).» El desgraciado, el pobre es, pues, Jesucristo, y sobre aquella frente desgarrada por el sufrimiento, Jesucristo hace resplandecer un rayo divino: hay en esto una belleza nueva y suprema: y hé ahí para sus discípulos el motivo inesperado, poderoso, invencible, dado á la ley del amor.

Y ¿qué modelo presentará á los ojos del mundo?

(1) S. Mateo, c. XXV v. 40.

(2) S. Mateo, c. XXV, 35, 42.

¡Ah! ¡un modelo sublime é irrecusable! ¡El mismo, en el acto del más inefable sacrificio! ¡El mismo, dándolo todo, y despues de esto, dándose á si mismo á los hombres! ¡El mismo, no solo predicando é inspirando el amor, sino muriendo por amor, muriendo en una cruz, con el corazon sin sangre y los brazos extendidos como para abrazar á la humanidad entera en el más generoso amor! ¡Hé ahí la imágen, hé ahí el modelo de caridad que Jesucristo ha ofrecido á los ojos del mundo!

Se dirá: ¡ese modelo, ese ideal, es inimitable!

Sí, á fin de que, no alcanzándole jamás, se trate de conseguirlo, y que haya en la tierra un progreso al infinito en la caridad. Pero ante este motivo y ese modelo del amor al hombre ¿qué es la pobre y fría filantropía naturalista?

Y aquí es, para terminar esa grande enseñanza, donde deben oírse las últimas palabras de Jesucristo, que son como el testamento de su amor en la víspera de su muerte.

En esas divinas predicaciones en que todo lo comprende, en que todo lo ha repetido por última vez á sus discípulos, de quienes iba á separarse, es maravilloso ver qué puesto señaló á la caridad. Esta se hallaba en su corazon, y quiso que estuviese tambien en su obra, en el corazon de sus discípulos y en el mundo, así como estará en el cielo.

Era despues de la última Cena, despues de instituirse la Eucaristía y la Comunión.

El discípulo traidor Judas, habia ido á venderle por algunas monedas de plata.

Jesucristo estaba en el cenáculo, entre los once discípulos, contristados por su última despedida. Abriéndoles su corazon por la vez postrera, díjoles muchas cosas divinas, entre las cuales los apóstoles recogieron estas palabras:

«Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado.

para que vosotros os améis tambien entre vosotros mismos.

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros (1).»

«Como el Padre me amó, así tambien yo os he amado. Perseverad en mi amor.»

«Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis.....»

Y despues de decir estas palabras y alzando los ojos al cielo, y para consumarlo todo en la unidad del amor eterno, dijo:

«Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí....»

«Como tú me enviasteis al mundo, tambien yo los he enviado al mundo.

«Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que sean una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en tí, que tambien sean ELLOS UNA COSA EN NOSOTROS: para que el mundo crea que tú me enviaste.

«Yo les he dado la gloria, que tú me diste: para que SEAN UNA COSA, COMO TAMBIEN NOSOTROS SOMOS UNA COSA.

«Yo en ellos, y tú en mí: para que sean consumados en una cosa: y que conozca el mundo, que tú me has enviado, y que LOS HAS AMADO, COMO TAMBIEN ME AMASTE Á MÍ.... PARA QUE EL AMOR CON QUE ME HAS AMADO, ESTÉ EN ELLOS, Y YO EN ELLOS.»

Y al dia siguiente moría en la cruz rogando por sus verdugos, y decia: «Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen.»

Y así es como todo fué consumado: *Consumatum est.*

Y tres dias despues resucitaba glorioso, y enviaba

(1) S. Juan, c. XIII, v. 34, 24.

á sus discípulos á la conquista del mundo por la caridad, diciéndoles: *Id, pues, y enseñad á todas las gentes* EUNTES, DOCETE OMNES GENTES. *Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion del siglo.*»

¡Pues bien! Todo eso se ha repetido y se ha escuchado, y se ha hecho y difundido hasta los confines del mundo; todo eso se practica aun sobre la tierra. La palabra *barbarie* ha llegado á ser un sinónimo de los pasados tiempos; la palabra *humanidad* ha empezado á designar la familia de los hombres; la misericordia ha vencido á la ferocidad; en el mundo han aparecido nuevas sociedades, y háse aplicado el nombre de *cristiano* á todas las hermosas virtudes y á todas las buenas leyes.

Y ahora, ¡oh filántropos! arrancad esa página de vuestra historia, ese rayo luminoso de vuestras tinieblas, ese eco del fondo de vuestras conciencias. ¡Decid, atrevéos á decir á los pobres y á los ricos que esas grandes enseñanzas son las opiniones de un hombre como vosotros, y no los mandamientos de Dios! ¡Persuadidles mañana de eso en la tierra, en esa tierra que, á pesar de tantas luces y auxilios, se halla más revuelta por las divisiones de sus habitantes que el mar por la agitacion de sus olas; pero mañana, si consiguieseis vuestro objeto, mañana, en una confusion espantosa, no sabríamos mas que desgarrarnos los unos á los otros; y todos esos progresos materiales de que tan orgullosos estamos sólo nos hubieran conducido á crear nuevas é inmensas fuerzas opresoras y de destruccion en manos de una barbarie y de una tiranía sabias. Hé aquí á donde nos puede llevar esa filantropía que ha renegado con orgullosa insensatez del amor del hombre por Jesucristo para sustituirlo por un motivo humano y una inspiracion masónica!

La predicacion apostólica

¡Considerad, ahora con qué ardimiento los discípulos del Dios del Evangelio parten en su nombre y se encaminan al magnífico apostolado de la caridad que se abre ante sus ojos, y proclamando por do quiera la hermosa doctrina de la fraternidad universal entre los hombres destruyen las odiosas demarcaciones inventadas por el orgullo y opuestas por el egoismo como barreras insuperables á la compasion y á la humanidad!

¡Qué hermoso es ver á san Pablo, en tanto que los filósofos y filántropos del naturalismo pagano se callaban ante aquellas indignidades, ó las consagraban vilmente, en tanto que se doblegaba el universo bajo aquella tiranía brutal; qué hermoso es ver al grande apóstol alzar atrevidamente la voz, protestando contra aquellas distinciones humanas, proclamar que se debe igualmente á los griegos y á los bárbaros, á los judíos y á los romanos, á los insensatos y á los sábios, á los amos y á los esclavos, y declararles que en adelante solo existiria en la tierra regenerada una gran familia de hermanos, bendiciendo con una sola voz al Padre celestial, amándose todos con ternura y socorriéndose con amor!

Y dirigiéndose á los mismos romanos, á ese pueblo tan orgulloso y empedernido, les decia: «Estoy pronto para anunciar el Evangelio á vosotros, que estais en Roma.»

En vano es que no lo querais, el Evangelio

triunfará de vosotros y á pesar de vosotros, para la felicidad del mundo.

Sabedlo todos: ya no hay diferencia entre los pueblos: «puesto que uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que le invocan.»

Después, á pesar de la terquedad de los judíos, á pesar de las reclamaciones de la sinagoga estremecida, derribaba el muro de separación elevado entre las naciones, y dejando oír su voz con irresistible autoridad, aniquilaba el antiguo mundo con una sola palabra, exclamando con santa audacia:

No, no; que no se hable ya de esas distinciones abolidas por el Evangelio. «No hay gentil y judío, bárbaro y scytha, siervo y libre.»

Pero ¿qué sucede ¡oh santo apóstol! y qué hemos llegado á ser? exclamaban los pueblos admirados.

¿Lo qué sucede, lo qué sois? No hay ya mas que cristianos y hermanos, y Jesucristo en todos y para todos: *in omnibus Christus*. Vosotros sois todos hijos de Dios por la fé que está en Jesucristo: *Omnes filii per fidem quæ est in Christo Jesu*. Vosotros sois todos los elegidos y los amigos de Dios: *Electi Dei*.

«Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia.»

¡Qué palabra! ¡entrañas de misericordia! Era verdad; el género humano no tenía entrañas y había que dárselas.

«Sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro: así como el Señor condonó á vosotros, así también vosotros.»

«Mas SOBRETUDO ESTO tened caridad, que es el vínculo de la perfección: y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la que también fuisteis llamados en un cuerpo.»

Un solo cuerpo: hé ahí la palabra poderosa y mágica por la cual fué lanzada al mundo la grande idea de la unidad cristiana. Y esta, téngase entendido, era la unidad en el mas alto grado, la mas estrecha, la mas perfecta que se puede concebir. Pues, como dice el apóstol: «Y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, en la que también fuisteis llamados en un cuerpo.»

Y véase cómo San Pablo insiste sobre esta comparación del cuerpo y cómo se detiene en realzar los miembros mas pequeños:

«El ojo no puede decir á la mano: «No te he menester:» ni tampoco la cabeza á los pies: «No me sois necesarios.» Antes los miembros del cuerpo, que parecen mas flacos, son mas necesarios: mas Dios templó el cuerpo, dando honra mas cumplida á aquel que no la tenía en sí, para que no haya disension en el cuerpo, sino que todos los miembros conspiren entre sí á ayudarse unos á otros.

«De manera que si algun mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él: ó si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él.»

Y ¡cuán admirable doctrina, cuán dulce pensamiento de caridad se deduce de esa hermosa y fecunda idea de la unidad cristiana, de la union de todos los hombres en Jesucristo! Y sigue diciendo san Pablo:

«La caridad fraternal permanezca entre vosotros.»

«Acordáos de los presos, como si estuvierais juntos con ellos: y de los aflijidos, como que vosotros morais también en su cuerpo.»

«Y no olvidéis hacer bien y comunicar con otros vuestros bienes: porque de tales ofrendas se agrada Dios.»

«Al presente vuestra abundancia de aquellos sea también suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igualdad: al que mucho, no le sobró; y al que poco, no le faltó.»

«El que amonesta en exhortar, el que reparte en

sencillez, el que preside en solicitud, el que hace misericordia en alegría.

«El amor sea sin fingimiento. Aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno; amándoos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros: en hacer bien nada perezosos: fervorosos de espíritu sirviendo al Señor: en la esperanza gozosos: en la tribulacion sufridos: en la oracion perseverantes: socorriendo las necesidades, ejercitando la hospitalidad.

«Benedicid á vuestros perseguidores: bendecidlos, y no los maldigais.

«Gozaos con los que se gozan: llorad con los que lloran: sintiendo entre vosotros una misma cosa: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á las humildes. No seais sabios en vuestra opinion: no pagando á nadie mal por mal: procurando bienes, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres.

«Si ser puede, cuanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres: no defendiéndooos á vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira: porque escrito está: A mí me pertenece la venganza: yo pagaré, dice el Señor.

«Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: porque si esto hicieres, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza.

«No te dejes vencer de lo malo: mas vence el mal con el bien.»

¡Qué asombro debieron producir en medio del mundo pagano, de ese mundo tal como lo hemos estudiado de cerca en Roma, Grecia y Asia, semejantes doctrinas y lenguaje! ¡Qué contraste con las ideas y costumbres de todo el universo!

II

Y no era sólo san Pablo quien hablaba así; eran

todos los predicadores del Evangelio, que no se mostraron ménos unánimes en enseñar la gran ley de la caridad, que en establecer la religion de su Maestro: uno y otro son inseparables. San Pedro, el principe del apostolado, y san Juan, el discípulo muy querido, elevan la voz á su vez, y despues de echar por tierra todas las soberbias alturas del orgullo, establecen cual siempre el sublime y profundo principio de la fraternidad cristiana como el inamovible fundamento y el lazo eterno de la gran familia del género humano.

«Despues de todo y ántes de todo, dice el Príncipe de los apóstoles: *in fine autem et ante omnia*, pues este es á la vez el principio y el fin; amáos como hermanos y adorad esa nueva fraternidad: *Fraternitatem diligite*. Purificad vuestras almas, segun la ley de la caridad, en el amor de vuestros hermanos, y amáos cada vez más unos á otros con sencillez de corazon. Y por la virtud de ese nuevo sentimiento, séd todos compasivos los unos para los otros, no devolviendo mal por mal, sino al contrario, bendiciendo á los que os maldigan, porque estais llamados á repartir en derredor de vosotros la bendicion fraternal y la misericordia: *Fraternitatis amatores benedicentes.*»

De san Juan, el apóstol del amor, seria necesario citar todo. San Juan no predicó en toda su vida mas que dos cosas: la divinidad de su Maestro y la caridad. El es quien nos ha dado de Dios esa admirable definicion, más profunda aun y más hermosa que la de Moisés: ¡Dios es caridad: *Deus charitas est!*» Durante su vejez el santo apóstol no dirigia ya á sus queridos fieles otra exhortacion que esta: «Queridos hijos, amáos los unos á los otros.» Todas sus epístolas no respiran mas que caridad, y citaré aquí algunos trozos.

«Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama está en muerte: cualquiera

que aborrece á su hermano, es homicida. Y sabéis que ningun homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.

« En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso él su vida por nosotros: y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos.

« El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas: ¿ cómo está la caridad de Dios en él ?

« Queridos hijos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra, y de verdad.

« En esto conocemos que somos de la verdad: que nosotros persuadirémos nuestros corazones delante de Dios.

« Y nosotros hemos conocido, y creído á la caridad, que Dios tiene por nosotros. Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él.

« Pues amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero.

« Si alguno dijere yo amo á Dios, y aborreciere á su hermano, mentiroso es. Porque quien no ama á su hermano á quien vé, ¿ cómo puede amar á Dios, á quien no vé ?

« Y este mandamiento tenemos de Dios: que el que ama á Dios, ame también á su hermano.»

Para comprender la elevacion y profundidad de esta doctrina debemos tener presente que el *egoismo* era la gran llaga de nuestra naturaleza cuando el Hijo de Dios vino á curarla. El amor se habia corrompido apartándose de Dios y recayendo en sí mismo, á semejanza de un torrente cuyas límpidas aguas se precipitan con violencia, en tanto que siguen su curso hácia el Océano; pero que se enturbian si se desbordan, volviéndose pronto pantanosas é infectas.

« El que no ame á Dios, dice Bossuet, por mas que diga y prometa, á nadie amará sino á sí mismo, » y se amará mal. Es decir que el orgu-

llo, egoismo del espíritu, la sensualidad, egoismo del corazón y de los sentidos, y la concupiscencia, egoismo universal, se apoderarán de él por completo, y no amará ya á Dios ni á sus hermanos, sino á sí mismo y solo á sí mismo.

Hé ahí porque la primera palabra de Jesucristo fué esta: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.* La sabiduría antigua, haciendo su mas brillante esfuerzo, habia dicho: *Conócete á tí mismo.* Jesucristo debia ir mucho mas allá, y se declaró el verdadero y poderoso médico del hombre, cuando le dijo: « *Renuncia á á tí mismo,* » y le decidió. Esta es la razon porque también san Juan, su discípulo escogido, repite con tanta frecuencia que no se debe amar al mundo ni á nosotros mismos, *ni la soberbia de la vida, ni la concupiscencia de la carne, ni la concupiscencia de los ojos.* Y despues de haber sentado este fundamento necesario, recomienda á los hombres que se amen con ese amor sublime con que Dios les amó primero.

« Hijos míos, amémonos los unos á los otros: porque la caridad procede de Dios.

« El que no ama, no conoce á Dios: porque Dios es caridad.

« En esto se demostró la caridad de Dios hácia nosotros, en que Dios envió al mundo á su Hijo Unigénito, para que vivamos por él.

« En esto consiste la caridad: no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que él nos amó primero á nosotros, y envió su Hijo en propiciacion por nuestros pecados.

« Carísimos, si Dios nos amó de esta manera: también debemos amarnos los unos á los otros.

« Si nos amáremos los unos á los otros, Dios está en nosotros, y su caridad es perfecta en nosotros. »

En esas admirables palabras de San Juan vemos el nuevo mandamiento, *mandatum novum,*

en toda su belleza y profundidad. Ese amor de nuestros hermanos en nada se distingue aquí del amor de Dios, y ambos no forman más que uno; de tal modo que desgraciados de los que crean servir á Dios y amarle sin socorrer y amar á sus hermanos: su piedad sería excusada, su amor rechazado y su religión maldita: *in pietate amorem fraternitatis*. Enseñanza extraordinaria y divina que san Pedro y san Juan no temieron dar al mundo, y que Nuestro Señor había justificado de antemano cuando sin vacilar anteponía la misericordia al sacrificio.

Y ¿no estaba acaso iluminado del mismo modo el santo apóstol Santiago cuando en su hermosa carta á las tribus dispersas de Israel proclamaba esa máxima, que sería incomprensible si no explicase en ella el secreto de la ley evangélica y el misterioso enlace de los dos grandes mandamientos del Señor: « Visitar y socorrer á las viudas, á los huérfanos y á los menesterosos es la religión pura y perfecta? » La compasión á los pobres es para los cristianos un deber, no solo de caridad, sino de piedad. La caridad es todo un culto nuevo, toda una religión. El corazón sin piedad se asemeja al corazón sin fé; y solo se es cristiano de nombre cuando no se abunda en obras de compasión y de misericordia.

Véase, pues, como el mismo apóstol realza á los pobres y quiere que se les trate con dignidad, y con qué vigor introduce en el mundo esa palabra tan nueva y decisiva de que no debe haber *acepción de personas*.

« Hermanos míos, no queráis poner la fe de la gloria de Nuestro Señor Jesucristo en acepción de personas.

« Porque si entrare en vuestro congreso algun varón, que tenga anillo de oro con vestidura preciosa, y entrare también un pobre con vestido humilde, y atendiendo al que viene vestido magnífica-

mente, le dijereis: Estáte tu allá en pié: ó sientate aquí debajo del estrado de mis piés: ¿no es cierto, que haceis distincion dentro de vosotros mismos, y que sois jueces de pensamientos inícuos?

« Oid, hermanos muy amados, ¿por ventura no ha elegido Dios á los pobres de este mundo, para ser ricos en fé, y herederos del reino, que prometió Dios á los que le aman?

Y véase aun como el santo apóstol se consagra á defender cerca de los ricos la causa del pobre, y les hace temblar con la amenaza de los juicios divinos, si abusan de sus riquezas y de su poder para oprimir á sus hermanos.

« Ea, pues, ricos, llorad aullando por las miserias que vendrán sobre vosotros.

« Vuestras riquezas se han podrido: y vuestras ropas han sido comidas de la polilla.

« Vuestro oro, y vuestra plata se ha enmohecido: y el orin de ellos os será en testimonio y comerá vuestras carnes con fuego. Os habeis atesorado ira para los días postreros.

« Mirad que el jornal que defraudasteis á los trabajadores, que segaron vuestros campos, clama; y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos. »

El apóstol Santiago, sin embargo, no pretende sublevar á los pobres contra los ricos aunque sean injustos, y despues de haber hecho temblar á los últimos, véase cómo recomienda la paciencia á los pobres.

« Tened, pues paciencia, hermanos..... Mirad como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía.

« Esperad, pues, también vosotros con paciencia y fortificad vuestros corazones: porque se ha acercado la venida del Señor.

« No os resintais, hermanos, uno contra otro, para que no seais juzgados...

Al apóstol Santiago es también, y aquí concluyo, á quien debemos esas hermosas máximas sobre la ley de caridad que llama *ley real*:

«Si cumplis la ley real conforme á las Escrituras: Amarás á tu prójimo como á ti mismo: bien haceis: mas si teneis acepcion de personas, cometeis pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores.

«Porque cualquiera que hubiera guardado toda la ley, y faltare en solo un punto, se ha hecho culpable de todo.

«¿Que aprovechará, hermanos míos, á uno que dice, que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarlo?

«Y si un hermano, ó una hermana estuvieren desnudos, y les faltare el alimento cotidiano, y les dijere alguno de vosotros: Id en paz, calentáos y hartáos: y no les diereis lo que han menester para el cuerpo, ¿qué les aprovechará?

«Así también la fé, si no tuviere obras, muerta es en si misma. »

La Caridad ante la filantropía

¡Qué inmensa revolucion en los destinos de la humanidad! ¿Lo habeis visto?

¡Así fueron entregados al mundo, y, felizmente para la inmensa mayoría del género humano, sustituidos para siempre tantos nombres odiosos y distinciones crueles con esos otros nombres tan gratos de oír, con esos nombres de prójimos y hermanos, tan benévolo y cariñosos, á la par que tan nuevos y desconocidos hasta entónces; nombres de una invencion manifestamente divina, y de una eficacia tan poderosa, que no solo han decidido durante un día de la suerte del mundo, sino que hubieran decidido por todos los siglos de la paz y la dicha de la humanidad entera, si la humanidad quisiese obedecer al Evangelio y si la caridad no encontrase las rémoras de la filantropía masónica.

¡Ah! Es indudable que hasta despues del cristianismo existen todavía el egoismo y el orgullo; pero gracias á Jesucristo han recibido en el corazon un golpe mortal, y ya no pueden proclamarse como derecho público de la humanidad: ni la verdad, ni la razon filosófica, ni la virtud están allí; y hoy, á pesar de los sordos rumores del egoismo, á pesar de las reclamaciones violentas de las pasiones rencorosas y soberbias, pues la lucha se prolongará hasta el fin de los tiempos, ha sido y será necesario doblegarse, de grado ó por fuerza, bajo el poder de esos nombres benéficos. Quien venga al mundo ilu-

minado con las luces del Evangelio, cuando esté en presencia de su semejante ó examine su conciencia, no verá extranjero en la gran familia del género humano, ni desconocido, ni enemigo sobre todo. Todos tienen títulos sagrados á nuestro amor, cualesquiera que sean, sin distincion ni reserva.

Así, pues, segun lo declaró Jesucristo, no solo los que llamamos nuestros amigos, ó los que la naturaleza hizo parientes nuestros, ó los que son ya nuestros servidores, sino tambien aquellos cuyo nombre y origen se ignora, son tambien de nuestra familia, son nuestros hermanos. Y sobretodo, si son desgraciados, no se puede, sin faltar á la fe, apartar de ellos la mirada ni el corazon. Y hasta aquel que no nos quiera ó que nos haya hecho daño, no podemos aborrecerle, sino por el contrario amarle.

Si sufre debemos compartir sus penas; si llora, enjugar sus lágrimas; y si fuere necesario llorar con él para mitigar su dolor; si es pobre, debemos prodigarle nuestros bienes; si á pesar de los beneficios nos maldice siempre, debemos bendecirle; si á pesar de nuestra paciencia nos persigue todavia, debemos rogar por él; si parece al fin extraviarse sin remedio debemos suplicar á Dios que impida su perdicion eterna, á fin de ser los verdaderos hijos del Altísimo, que hace lucir su sol lo mismo sobre los buenos que sobre los malos, y llover sobre los agradecidos y los ingratos; porque tambien el pobre, el malo y el ingrato es nuestro prójimo, y lo que es más todavia, nuestro hermano.

Tal es la fuerza admirable, la profunda y divina virtud de esos hombres misteriosos, manifestamente descendidos del cielo para trocar la faz del mundo, herir en el corazon al egoismo y al orgullo, domar la desapiadada dureza del género humano, y preparar los triunfos de la caridad.

¡La caridad! Acabo de repetirlo: ¡ese nombre de tan maravillosa dulzura, ese nombre sagrado, más bello, más poderoso, más divino que todos los demas,

ese nombre visiblemente celestial que ha elevado á tal punto la humanidad que en él el amor de los hombres y el amor de Dios no son mas que una misma virtud; ese nombre es el que la tierra desprecia y rechaza aun hoy, y del que acaso ya no es digna, á pesar de ser el único que la puede salvar, y que no desaparecerá del mundo sin entregar á los desgraciados y á los pobres, á la inmensa mayoría de la familia humana, como una presa sin defensa al egoismo y al orgullo, ó sea á todos los males juntos!

Y obsérvese que en todo este discurso sólo me refiero á la caridad que se limita á los desgraciados; no hablo de ese amor más delicado, más fiel y más tierno, tal como la virtud cristiana lo inspira, entre el marido y la mujer, entre el hermano y la hermana, entre los padres y los hijos; ni de esa suavidad en las costumbres, de esa indulgencia en las leyes, de ese respeto á la vida humana, hasta en la guerra, que el paganismo no conoció ni conoce, y que el cristianismo ha sembrado en el mundo con esa sencilla palabra: *Amáos los unos á los otros.*

Pero esa caridad de que hablo, ese nombre divino, decidme, sabios de ese país y de ese siglo: ¿por qué le desterrasteis de vuestro idioma? ¿Por qué parecía asustaros? ¿Por qué habeis necesitado truenos y desquiciamientos espantosos para decidiros á aceptarlo de nuevo? ¿Por qué os habeis obstinado tanto tiempo en sustituirlo con nombres que son evidentemente ménos poderosos para el alivio de los que sufren y lloran?

Nos hablais y nos habeis hablado largo tiempo de humanidad y filantropía, y los declamadores de nuestro tiempo nos hablan todavia con énfasis de fraternidad é igualdad; pero nosotros sabemos esas cosas, y permitidme decir que nosotros os las hemos enseñado: son nuestros padres, nuestros apóstoles; es nuestro Dios, que es el primero que reveló al mundo ese sentido nuevo y desconocido hasta entonces. Esas palabras que

parecen haberos sido tan caras no han recibido más que de nosotros el sentido nuevo y benéfico que os las hacen adoptar y adorar.

Para cambiar la significacion depravada y profundamente corrompida que el mundo les dió, fué necesario violentar el lenguaje humano, dando un sentido sublime á palabras vulgares. Aún hoy, sin el Evangelio, sin los esfuerzos de nuestros apóstoles y la sangre de nuestros mártires, la palabra humanidad no significaría para vosotros más que la cortesía y la gracia paganas. Al Evangelio solo es á quien debéis esos sentimientos benéficos y humanitarios de que os armáis contra él; sin él no conoceríais la compasion, la piedad, las entrañas; la misericordia sería aún un vicio, la pobreza un crimen, y la compasion una debilidad, como decían los antiguos sabios.

A los divinos predicadores del Evangelio no les bastaba introducir una revolucion tan extraordinaria en el lenguaje, y luego operaron otra con más seguridad en las costumbres. Esas palabras nuevas aunque elevadas por la gracia evangélica, les parecieron todavía demasiado vulgares y duras: fueron los primeros en hablar al mundo de fraternidad, y beneficencia; pero encontraron á la primera demasiado indiferente; previeron que la filantropía sería casi siempre estéril, que la beneficencia sería á menudo orgullosa é interesada, que la fraternidad misma... ¿Lo diré aquí todo? ¡Oh dolor! ¡Oh vergüenza! ¡Triste recuerdo que es preciso borrar á fuerza de virtudes de los anales de una nacion generosa, pero extraviada un dia por falsas doctrinas, y que no supo emplear la fuerza de ese nombre sagrado sino para el triunfo de los odios más crueles para enviar á los más virtuosos á la muerte y cubrir de ruinas y desolacion el suelo mismo de la patria!

¡Hé ahí por qué los predicadores evangélicos prefirieron la caridad á la filantropía.

La caridad y no la filantropía. La caridad que

dice más, que dice mejor, que dice todo; la caridad que es humilde, pura, celosa, ardiente; la caridad que se ignora á si misma, se humilla sin orgullo, y alivia sin reproche; la caridad que quiere á los pobres de cerca, que desea penetrar en el secreto y en los pormenores de sus miserias, y no les arroja administrativamente sus dones desde lejos con desden y sin eleccion; la caridad que es delicada, ingeniosa y confiada, que no se agota en cifras ni consume su celo en cálculos y en estadísticas, sino que prodiga sus beneficios sin medida, y se prodiga ella misma despues de haberlo dado todo. La caridad que es además paciente y cariñosa, que es pacífica, que todo lo sufre, que lo cree todo, que lo espera todo, que no piensa el mal ni se irrita por el bien, que no se envanece de lo que hace; la caridad que obra sin malicia, ambicion, amargura ni altivez; la caridad, en fin, que es una felicidad y un primer beneficio para el que la practica; pero la caridad tambien que es el más imperioso y el más sagrado de los deberes, á la vez que es la virtud más noble y más santa del cristianismo.

¡Hé ahí la doctrina evangélica comparada con las frías y débiles exhortaciones filosóficas de la filantropía!

¡Ah! Cuando esas divinas enseñanzas penetraron por primera vez en el mundo hubo un gran silencio, y asombradas Grecia y Roma se turbaron. El areópago y el senado se creyeron obligados á informarse de aquellos judios y de aquellos bárbaros que venian á enseñar cosas tan extrañas; pero en vano la filosofía y la impiedad paganas trataron de ahogar en la boca y hasta en el corazon de los predicadores evangélicos aquella voz importuna, si bien divina: ya no era tiempo, la caridad de Jesucristo debía triunfar.

Preciso fué ceder al fin, y á poco en Roma y en todo el universo resonaron infinitas aclamaciones

cuando san Pablo, semejante á un angel de los cielos, elevó la voz y dominando desde las alturas evangélicas los clamores humanos entonó el himno de la caridad triunfante, exclamando:

« Aun cuando yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe.

« Aun cuando yo distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.

« Aun cuando yo tuviere el don de profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber: y si tuviere toda la fé, de manera que traspase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.»

Y por último, enajenado de amor divino san Pablo termina su sublime himno con estas palabras:

« La caridad nunca fenecerá! ¡La fé y la esperanza fenecerán; pero la caridad permanecerá siempre! *Charitas nunquam excidit!* »

¡No, la caridad no fenecerá jamás! La bóveda de los cielos fenecerá y los últimos cimientos del mundo derribado desaparecerán antes que la caridad fenezca, porque ha sido concedida á la tierra para ser su última salvacion y la suprema esperanza de nuestras postreras desesperaciones.

La fé, la esperanza, y la caridad: ¡hé ahí las tres divinas virtudes que permanecen é iluminan el dia sombrío y pasajero del mundo presente con su pura y suave luz: *Nunc autem manent spes, fides, charitas, tria hæc*; pero la mayor de las tres es la caridad! *Major autem horum est charitas*. La caridad es la madre bienhechora del siglo presente y sobretodo la reina inmortal del siglo futuro.

¡Oh vosotros, á quienes esas divinas palabras aparecen como una luz de vida, eleváos en alas de la esperanza y de la fe desde las regiones inferiores del mundo, y subiendo hasta los cielos

entrad un momento en la vida inmutable y tranquila de la eternidad!

Pero ¡Dios mio! ¿Qué veo? Allí tambien reina la caridad, la que manda y triunfa; pero es la caridad sola.

« Todas esas virtudes de prueba, de fé, de esperanza, ceden el imperio á la caridad, y esta es la única que permanece eterna, inmutable y bienaventurada como Dios; ó más bien, la caridad es Dios: *¡Deus est charitas!*

Tal es la doctrina católica de la caridad. Mas ¿en qué se le parece la filantropía ya sea en su motivo, en su sancion, en su ideal y en sus condiciones?

Veamos ahora la caridad católica en accion.

Para aniquilar el egoismo y el orgullo humano Nuestro Señor habia realzado la dignidad de los pobres, revelando la dicha de la misericordia.

Proclamó los deberes de la fraternidad evangélica, fundando así la gran familia cristiana.

Y finalmente, instituyó el imperio de la caridad.

Pero no bastaba que Dios hiciera resonar su voz entre los hombres y enseñara al mundo una vez era necesario que todas esas divinas enseñanzas se oyeran siempre.

Dios hizo, pues, depositaria y propagadora de ellas á la santa Iglesia católica, dándola gracia y poder para persuadirlas en la tierra y practicarlas. Con este fin la hizo poderosa en palabra y obra: *Potens verbo et opere*.

Y ¡gracias inmortales sean dadas al cielo porque la Iglesia nunca ha cejado en esta sublime mision de la caridad; y por mas que se diga en contrario es la sola que ama tiernamente á los pobres y enseña á quererlos; ella sola les alivia con su poder y su amor, y desde há diez y ocho siglos la caridad católica en accion es el mas hermoso espectáculo ofrecido á la admiracion del mundo!

En la imposibilidad de presentar todo este inmenso cuadro ante los ojos de mis lectores, me concreto á tres grandes y memorables épocas en que la Iglesia católica hizo triunfar con mas esplendor la caridad en la tierra, y en que triunfante llegó á ser la corona y la gloria de la Iglesia católica.

Estas tres épocas son:

Los siglos apostólicos.

La edad media.

Y en fin, los tiempos modernos.

En los siglos apostólicos la religion de Jesucristo fundó el imperio de la caridad en el mundo, honrando de la manera más brillante á los ojos de todos la dignidad de los pobres, multiplicando desde entónces á lo infinito las obras de misericordia, y haciendo de esas obras mismas un ministerio augusto, y del servicio de los pobres una órden sagrada.

En la edad media la religion de Jesucristo amplificó el imperio de la caridad en el mundo. librándole de la barbarie, y fundando sobre las ruinas de la sociedad antigua, tan odiosamente exclusiva, una sociedad nueva, unida por la santa y sublime fraternidad cristiana.

Por último, en los tiempos modernos la religion de Jesucristo demostró que la corona de la caridad no habia caido de su frente, y que la Iglesia católica es siempre la inspiradora y la madre de las obras y de los hombres de misericordia. En prueba de ello dió un san Vicente de Paul al mundo, y creó, por las poderosas manos de ese gran varon de Dios, esa multitud de obras caritativas cuya magnífica dilatacion continúa ante nuestros ojos, y desde há dos siglos constituye una de las mas esplendorosas glorias del catolicismo.

Los siglos apostólicos

¡La caridad es Dios! Hé aquí por qué es la reina de las virtudes evangélicas; hé aquí por qué tambien debia llegar á ser la reina del mundo y extender muy léjos sobre los pueblos su benéfico imperio.

Desde entonces era preciso que tuviese sus ministros, sus embajadores, sus súbditos, sus palacios y sus tesoros. Sus tesoros fueron las ofrendas y las larguezas de los corazones generosos; sus palacios, hospicios de una magnificencia real; sus súbditos, todos los que lloran y padecen en la tierra; sus ministros y embajadores, los apóstoles y el sacerdocio católico entero.

¡Así es como por la accion todopoderosa de la religion llegó á ser la caridad reina de un mundo nuevo, ó mas bien madre y bienhechora de la gran familia de los desgraciados y los pobres!

En Jerusalem fué donde comenzaron á brillar esas maravillas y donde se fundó ese magnífico imperio.

Jerusalem estaba poblada de pobres desgraciados y de ricos orgullosos. Los Lázaros y los malos ricos Epulones no han faltado nunca en las grandes ciudades. Allí fué donde la caridad se consagró desde luego á colmar de honores la dignidad de los pobres y á hacer comprender á los ricos la excelencia de la misericordia.

¿Quién no ha oido referir los prodigios de la primitiva Iglesia? ¿quién no se ha conmovido con

la historia de esa sociedad naciente en que la multitud de creyentes no formaba sino un corazón y un alma; en que los ricos y los pobres, habiendo juntado voluntariamente sus tesoros y sus miserias, vivían juntos en sublime igualdad, no formando mas que una misma familia de hermanos; en la que habiéndose desterrado las frías palabras de *tuyo y mio*, hubiera podido creerse por un momento que la felicidad del cielo habia descendido con la caridad á la tierra?

Ahora bien, dice el escritor sagrado, « Y no habia ninguno necesitado entre ellos; porque cuantos poseían campos ó casas, las vendían, y traían el precio de lo que vendían, y lo ponían á los piés de los apóstoles. Y se repartía á cada uno segun lo que habia menester.

« Y ellos perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunicacion de la fraccion del pan, y en las oraciones.

« Y diariamente perseveraban unánimemente en el templo: y partiendo el pan por las casas, tomaban la comida con alegría y sencillez de corazón. »

Y de este modo « alabando á Dios, y hallando gracia con todo el pueblo. Y el Señor aumentaba cada dia los que se habian de salvar en esta unidad. »

¡Santa Iglesia de Jerusalem, siglos dichosos en que la religion y la caridad realizaron por un momento los más hermosos ensueños de la sabiduría antigua y de la imaginacion moderna! ¿Quién os volverá á ver? ¡Ah! tan magnífico espectáculo no podia durar siempre: era el heroísmo de la perfección evangélica. Pero ¡cuán digno era de la religion mostrarlo al mundo! En el delirio de nuestro orgullo tambien hemos tratado nosotros un dia de rehacer la sociedad á nuestro modo, como si esa obra pudiera llevarse á cabo por la mano de un hombre... ¡Por eso no hici-

mos mas que ruinas! ¡Solo la religion podia llevar á cabo sin violencia y sin trastorno, por medio del amor, lo que no se probará á hacer acá abajo sin conmover la tierra hasta en sus últimos cimientos!

Y que esto sea todavía entre nosotros el sueño de las almas generosas, ó los proyectos subversivos de corazones profundamente culpables, ello es que solo la religion ha podido realizarlo un momento para la felicidad de sus primeros discípulos y para la admiracion de todos los siglos. Y á fin de que constase de una manera evidente que esa gloria no podia pertenecer sino á ella, nadie, en toda la sucesion de las edades, lo ha conseguido jamás, nadie, excepto los pobres religiosos á quienes la fé confiara su poder, y realizaron los milagros de esa economía divina en las Tebaidas cristianas.

Sin embargo, la gracia multiplicaba sus conquistas: por la virtud de la palabra apostólica acrecentábase de dia en dia el número de discípulos, y se fundaron nuevas iglesias en todas partes. El imperio de la caridad no podia limitarse á Jerusalem, y los apóstoles hubieron de repartirse el universo para conquistarlo á la fé y al amor de Jesucristo.

Entonces fué cuando, á fin de realzar para siempre la dignidad de los pobres, y con el objeto de hacer comprender á todos el premio y la dicha y el galardón de la misericordia, determináronse los apóstoles, por inspiracion divina, á declarar solemnemente que el pobre era un ser privilegiado en la Iglesia, haciendo del ejercicio de la caridad hácia él un ministerio sagrado.

Entonces fue instituido el diaconado, es decir el ministerio de los pobres. « No es justo que dejemos nosotros, dijeron los apóstoles, la palabra de Dios, y que sirvamos á las mesas.

« Escoged, pues, hermanos, de entre vosotros

siete varones de buena reputacion, llenos del Espiritu Santo y de sabiduría, á los cuales encargaremos esta obra (1)».

Y fueron elegidos estos diáconos y consagrados por los apóstoles en medio de las oraciones de la santa asamblea. Fueron estos: Estéban, ese levita admirable, hombre lleno de fe y de Espiritu Santo, que por su corazon y su martirio mereció engendrar para la Iglesia al gran Pablo; Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parménas y Nicolás de Antioquia. Y desde aquel dia, despues del ministerio del Verbo divino, es decir, del Hijo de Dios oculto en la Eucaristía ó anunciado en la predicacion evangélica, nada fué ni será más grande y augusto en la Iglesia católica que el ministerio y el servicio de los pobres.

¡El servicio de los pobres! ¡Esa es la palabra, sí! ¡Los pobres serán servidos en la Iglesia; su dignidad está tan alta y la Iglesia la comprenderá tan bien, que en adelante será entre los cristianos una felicidad servirles, y no solo un honor, sino una dignidad religiosa, una órden sagrada! Ministerio tan noble y tan santo que para llenarle se necesitarían la plenitud del espíritu de Dios y una sabiduría divina!

No es esto todo: desde entonces veo tambien confiados á la Iglesia cargos misericordiosos que desempeñan las mujeres cristianas, y que bajo una forma ú otra subsistirán siempre para el servicio de los pobres. Yo veo santas viudas, matronas venerables por su edad y sus virtudes, que en solo Dios esperan sobre la tierra, viviendo dichosas en el retiro con los ayunos y la oracion; pero que tambien abandonan sus tranquilas moradas para consagrarse al alivio de los desgraciados, practicar los deberes de una santa hospitalidad, acudir al

(1) H. de los apóst., c. VI, v. 2, 3.

alivio de los atribulados, lavar los piés á los fieles, y consagrarse con infatigable celo á todas las obras de misericordia.

Así se extendían y multiplicaban por todas partes los magníficos triunfos y el imperio de la caridad.

La Macedonia, Aténas y toda la Grecia, Efeso, Esmirna y toda el Asia Menor, Roma, la Italia y casi todo el imperio romano, cedían ya á los predicadores evangélicos; por todas partes la caridad se concertaba con la fé para la conquista del mundo. La fé iluminaba las almas, la caridad abrasaba los corazones, y los ángeles del Señor venían á revelar á los gentiles el poder de la caridad, declarando al centurion Cornelio que sus oraciones y limosnas habian subido en memoria delante de Dios.

Los pobres iban siendo tan venerados y queridos por los fieles de todas las iglesias nacies, que desde estos primeros siglos vemos establecidas en todas partes, y practicadas con infatigable celo, todas las obras corporales y espirituales de misericordia. Los pobres y los menesterosos eran socorridos, los enfermos y los ancianos aliviados, y los huérfanos, los extranjeros y los caminantes encontraban donde albergarse. Aligerábanse los hierros de los esclavos, consolábanse las penas de los cautivos, se lavaban los piés de los viajeros; se enjugaban las lágrimas de los affigidos, y se compartían sus aflicciones y lágrimas.

La accion y el movimiento de la caridad eran constantes, inmensos, universales. Las provincias enteras ofrecían y prodigaban sus bienes, consagrándose á porfía á las obras de misericordia. Los ricos de Macedonia y Acaya se consideraban como deudores de los pobres de Jerusalem, solicitando como una gracia la dicha de socorrerlos, y creyendo al aliviarlos cumplir con un deber sagrado.

Un profeta anuncia á los fieles de Antioquia un hambre que debe asolar bien pronto la tierra.

«Y los discipulos, cada uno segun sus facultades,

resolvieron enviar algun socorro á los hermanos que moraban en la Judea. Y luego salen buques cargados con sus ofrendas, y la caridad, más rápida que el torrente, atraviesa los mares para ir á salvar á los pobres de Jerusalem de aquella calamidad amenazadora.

Las iglesias de Galacia, por la generosidad de sus limosnas, servian de modelo á las de Corinto, y todos daban con noble y generosa emulacion. Los ricos se empobrecian para dar mas; los pobres trabajaban para ofrecer una limosna mas abundante, y todos encontraban en los tesoros de una caridad que parecia inagotable recursos tan magníficos, que la grande alma del mismo san Pablo estaba llena de admiracion.

«Y por lo que mira á la caridad fraterna, no hay necesidad de escribiros: por cuanto vosotros mismos aprendisteis de Dios que os améis los unos á los otros.

«Y en verdad lo haceis asi con todos los hermanos por la Macedonia. Mas os rogamos, hermanos que crezcáis más y más.»

Y seguía diciendo san Pablo á los corintios: «Porque de la administracion que se hace para los santos, por demas me es escribiros.

«Porque conozco la prontitud de vuestro corazon: de la cual me glorio yo delante de los macedonios. Porque Acaya está pronta desde el año pasado, y vuestro celo ha alentado á muchísimos.

«Cada uno como propuso en su corazon, no con tristeza, ni como por fuerza: porque Dios ama al que alegremente da.

«Y poderoso es Dios para hacer abundar entre nosotros toda gracia: para que estando siempre abastecidos en todo, abundéis para toda obra buena.»

Entre estos testimonios que san Pablo daba á los primeros fieles, hay uno donde parecen faltarle las frases para repetir los sentimientos de su corazon y expresar su admiracion hácia las pobres iglesias, que

en medio de sus tribulaciones se han visto colmadas de alegría y consoladas de todas sus aflicciones por la dicha que experimentaban en ejercer la caridad: «Como en grande prueba de tribulacion, dice el apóstol, tuvieron ellos abundancia de gozo, y su profunda pobreza abundó en riquezas de su benignidad: porque yo les doy testimonio, que segun sus fuerzas han sido voluntarios.»

En esta misma carta, dirigida á los corintios, es donde dice san Pablo: «No lo digo como quien manda: mas por la solicitud acerca de los otros, y tambien para experimentar la buena indole de vuestra caridad: *Charitatis ingenium bonum...*

«Porque sabéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza.»

Para felicitar á los primeros discípulos por su caridad, no solo para con los fieles, sino tambien con aquellos á quienes no conocian, escribia san Juan lo que sigue: «Carísimo, te portas con fidelidad en todo lo que haces con los hermanos, y particularmente con los peregrinos, que han dado testimonio de caridad en presencia de la Iglesia: á los cuales si encaminares, como conviene según Dios, harás bien.»

II

Tan lejos fueron los milagros de esa caridad que, no bastando los diáconos de las iglesias, tuvieron que consagrarse á ella los mismos obreros apostólicos. San Pablo empleaba á Tito, su muy amado discípulo, y elegía entre los compañeros de su apostolado, para acompañar á Tito, á los que por la predicacion del Evangelio se habian hecho más recomendables en las iglesias, diciendo: «Enviamos asimismo con ellos á nuestro hermano, al cual muchas veces hemos experimentado diligente: mas ahora lo será mucho más por la grande confianza

que tenemos en vosotros, ya sea por Tito, que es compañero y coadjutor para con vosotros, ya sean nuestros hermanos, que son legados de las iglesias, gloria de Cristo.

«Pues manifestad para con ellos ante la faz de las iglesias la muestra de vuestro amor, y en que sois nuestra gloria.»

En fin, San Pablo no temió interrumpir la predicación evangélica y la obra de la conversión del mundo para ocuparse en tan augusto ministerio,

¡Atraviesa, pues, varias veces los mares para el servicio de los pobres, retarda su marcha á Roma, y no se embarca para visitar España hasta despues de haber llevado las limosnas de Macedonia y Acaya á los indigentes de Jerusalem: tan cierto era que en la Iglesia cristiana se consideraba el servicio de los pobres como un ministerio sagrado, como una obra enteramente apostólica, el honor del apostolado, que los apóstoles predicadores de la fe juzgaban necesario ser mensajeros de la misericordia, los embajadores de la caridad.

Pero en Roma sobre todo fué donde á la voz de Pedro y Pablo, cuyos acentos inmortales hemos repetido ya, se realzó la dignidad de los pobres, llegando á ser incomparables las obras de misericordia.

Ya en tiempo del papa Cornelio, en medio de las persecuciones, segun nos lo dice una carta de aquel, conservada por Eusebio, la Iglesia de Roma contaba mil quinientas viudas, ó enfermos, ó pobres, á los cuales daba alimentos. Y ademas segun manifiesta Dionisio de Corinto en su carta á los romanos, socorria desde lejos á los pobres de todas las iglesias.

«Antigua es la costumbre entre vosotros, decia, de conceder mil socorros diversos á vuestros hermanos, y aliviar en sus necesidades á las iglesias de todos los países. No solo auxiliáis á los indigentes, sino que sosteneis así á vuestros hermanos condenados á las minas, y por estos beneficios, cuya costumbre se remonta á los tiempos

de la fundación de vuestra Iglesia, continuais como dignos romanos la costumbre trazada por vuestros padres. El bienaventurado Soter, vuestro obispo, la ha fundado con un celo admirable, sancionándola con los mas conmovedores ejemplos.»

¡Quién no ha vertido una lágrima de ternura por las conocidas palabras del diácono san Lorenzo, cuando intimado por los perseguidores para que entregase los tesoros de la Iglesia prometió hacerlo; y luego, juntando á todos los pobres y enfermos que la Iglesia de Roma alimentaba, y mostrándoselos á los verdugos, ávidos de aquellas víctimas innumerables, les dijo: «¡Buscais los tesoros de la Iglesia, hélos ahí!»

En aquellos dichosos tiempos se reconocia á los cristianos en dos cosas, dice el papa san Clemente: en la comunión eucarística y en el amor á los pobres; y san Justino nos refiere en su célebre *Apología* como los cristianos, «despues de haber comido el pan eucarístico, se apresuraban á hacer entre sí una colecta para los pobres, los huérfanos, las viudas, los ancianos y los enfermos.»

¿No es el retrato de una verdadera dama de caridad de nuestros días el que trazaba ya Tertuliano al representar á la mujer cristiana de su tiempo visitando á los hermanos de calle en calle, de puerta en puerta, en las viviendas más pobres, entrando en las mazmorras para lavar los piés de los fieles, besar las cadenas de los mártires y llevar alimentos á los confesores?

Pero las escenas que presencié Roma cuando despues de las persecuciones tomó el cristianismo completa posesión de aquella capital del mundo, son aun más sorprendentes.

¡En aquella Roma, tan orgullosa y desapiadada, los pobres llegaron á ser tan grandes á los ojos de los cristianos, y la misericordia tan noble, que se vió á las mas ilustres matronas romanas, tal como las Paulas, las Marcelas, y otras mu-

chas, y despues de estas á los patricios y senadores, abandonar con alegría sus grandezas, dedicarse llenos de celo al servicio de los miserables, consagrar sus inmensas riquezas á alimentar á los pobres de Roma, curar sus heridas, enjugar sus lágrimas y besar con amor aquellos miembros repugnantes, cuyos dolores y llagas ennoblecian los padecimientos de Jesucristo!

El primer hospicio de Occidente fué fundado cerca de Roma por el senador Pamaquio; el primer hospital por una descendiente de los Fabios, Fabiola. «¿Tendré que referir, exclama san Jerónimo, las innumerables y repugnantes miserias que Fabiola curó con sus propias manos? ¡Cuántas veces la vieron llevando á cuestas á los pobres enfermos, ó lavando llagas que otros no se atrevían siquiera á mirar, ó dando alimentos á los pobres ó medicinas á los enfermos!»

Dado el ejemplo en Roma, extendiéronse por todas partes las fundaciones caritativas: fué necesario crear nombres nuevos para expresar cosas nuevas, y la multitud de aquellos prueba, hasta en los decretos de los emperadores cristianos, que las infinitas miserias humanas eran atendidas y aliviadas por la caridad católica.

Entonces apareció en el mundo, además del *xenodachium* para los peregrinos y el *nosocomium* para los enfermos, el *hospitium*, bajo todas las formas modernas, la *villa languentium*, para los convalecientes y débiles, el *gerontocomium* para los ancianos, el *orphanotrophium* para los huérfanos, el *brephotrophium* ó las casas de maternidad para los niños, el *arginorium* para los incurables, y el *ptocheium*, que era el asilo general de los indigentes y de los impedidos.

¿Dónde estaba entonces esa filantropía que pretende hoy dar lecciones de beneficencia á la Iglesia católica?

Ni ¿cómo admitir la afirmacion de nuestros filán-

tropos modernos, al aseverar con Ruiz Zorrilla que: «*La caridad*, patrimonio, no de una escuela, ni de una religion, ni de un pueblo determinado, es una virtud *profundamente humana*;» mientras vemos que en su origen, su ideal, su motivo, su modelo y el heroismo de sus obras es *profundamente divina*?

¡Ah! la filantropía humana apenas llega á ser la *caricatura* de la caridad cristiana, y aun este simple remedo lo han tomado los filántropos del ejemplo de los cristianos; dígalos, sino la historia.

¡Santos pontífices de la Iglesia romana! ¡Vosotros fuisteis en todo los dignos sucesores de Pedro y Pablo, pues á la par que erais las lumbreras del mundo para la fe, erais tambien los padres de los pobres por la caridad: perseguidos, desterrados, del fondo mismo de los subterráneos donde os relegaba la crueldad de los tiranos, alimentabais á los que los emperadores dejaban perecer de miseria. Durante los tres primeros siglos, saliendo todos de este mundo por la vía del martirio como por un camino real y sagrado, legabais con tierna solicitud á vuestros heróicos sucesores la familia de los pobres como el más querido tesoro de la Iglesia, conservando así la inmaculada y triple corona de la caridad, del apostolado y del martirio! Juliano el Apóstata, estremeciéndose de vergüenza, exclamaba: «¿No basta acaso que esos cristianos alimenten á sus pobres? ¿Habremos de dejarles la gloria de aliviar tambien á los nuestros?» Habia olvidado que los cristianos no hacen distincion entre los desgraciados, y que todos los pobres son hermanos suyos.

Por lo demás, ese sublime heroismo de la misericordia era el que debia terminar la conquista del mundo al Evangelio. Los héroes de la caridad debian hacer aun mas para el triunfo de Jesucristo que los mártires de la fé. «¡Ved cómo se aman! exclamaban los paganos llenos de admiracion. ¡Están dispuestos á morir los unos por los otros!» Sí, pero esto es poco todavía, pues

debían añadir: ¡están dispuestos á morir por nosotros, sus enemigos y perseguidores!

Y cuando en el siglo III venga á desolar una peste espantosa vuestro imperio, cuando huyais de todas partes abandonando vuestros amigos y parientes, y no pensando sino en libraros del contagio, vereis á los hijos de la Iglesia salir en masa de esas catacumbas donde los habeis relegado, volar al socorro de todos los enfermos, de los idólatras y de los fieles, y vengarse de sus enemigos como se vengan los cristianos, dando la vida por ellos.... ¿Será al fin esto bastante para convencerlos? ¡Sí, el Evangelio triunfará de vosotros por la caridad sobre la tierra, aun ántes de triunfar por la cruz en el cielo, y vuestra última resistencia cederá ante el encanto de la misericordia evangélica!

Desde entónces los mismos bárbaros debían ver en la caridad cristiana maravillas que les obligasen á prosternarse llenos de admiración. El historiador Sócrates nos refiere que, habiendo cogido los soldados romanos siete mil prisioneros persas, estos infelices se morían de hambre y de miseria; pero entonces Acacio, obispo de Amidea, reuniendo el clero le dijo: « Dios no necesita platos ni copas, y puesto que nuestra iglesia, gracias á la liberalidad de los fieles, posee numerosos vasos de oro, ¿no será justo emplearlos en libertar á esos pobres cautivos y socorrer su hambre? » A estas palabras hace fundir los vasos sagrados, emplea parte en rescatar los prisioneros, y otra en alimentarles, y despues los envía á su patria con provisiones para el viaje.

El rey de los persas quedó confundido ante aquel acto de caridad, y escribió á Teodosio rogándole que le hiciese ver mas de cerca al extraño enemigo que le devolvía sus súbditos vencidos despues de haberlos colmado de bienes. Teodosio manifestó este deseo á Acacio, y el varon de Dios fué á la córte de Persia á explicar al príncipe pagano el misterio de la caridad cristiana.

La edad media

Habia llegado la época en que el imperio romano debia caer, en que el coloso, que por espacio de tanto tiempo habia hollado el mundo, debia aniquilarse para siempre, en que ese imperio de hierro, despues de haberlo destruido todo, todo destrozado, aniquilado todo sobre la tierra por su crueldad, por su orgullo, por su soberano desprecio á la humanidad, debia á su vez ser hundido y reducido á polvo.

Esto era necesario para expiar las más orgullosas aspiraciones que se conocieron nunca.

Era necesario porque la ciudad soberbia que habia legado al desprecio, al odio y á la ruina todo lo que no era ella, debia desaparecer.

Era necesario porque un pueblo que hacia perecer á veinte mil gladiadores en un dia para distraer sus ocios, no merecia vivir.

Era necesario para libertar á la tierra y conseguir por fin que la humanidad respirase.

Era necesario que se cumpliese la profecía de San Juan Evangelista que habia cantado su ruina; para vengar once millones de mártires; para derribar todos los idólos, borrando hasta las últimas huellas del paganismo. Si, porque á pesar de la sangre de los mártires, á pesar de las virtudes de los santos, á pesar de los milagros de la caridad, la antigua sociedad pagana se hallaba aún en pié en Roma con sus templos, altares, costum-

bres voluptuosas y crueles, y hasta con sus recuerdos y esperanzas.

Era necesario para dar una nueva Roma á un universo nuevo.

Era necesario, porque los que la ensalzaban la habian prometido en vano un imperio sin fin: *imperium sine fine*.

Era necesario porque había llegado su hora; porque el Evangelio se había propagado más allá de sus últimos confines; porque con sus estrechos límites su imperio no era ya más que un obstáculo.

Era necesario para dejar su puesto al imperio eterno de la caridad ilimitada.

Era necesario; y Roma, minada profundamente por el lujo y la molicie, y no viviendo sino entre los excesos del egoismo y del orgullo, hubiera caído antes, si despues de trescientos años de resistencia no hubiese recibido en su seno, á pesar suyo, á la sociedad cristiana, que la salvara en el caso de haber sido posible.

Pero en fin, habíase cumplido el plazo y era llegado el dia de la ruina.

¿Quiénes son esos hombres innumerables, esas hordas feroces, esos seres desconocidos y salvajes, que parecen multiplicarse en los confines del mundo bajo un cielo helado y sombrío?

¡Oh Dios mio! ¿Son acaso vuestros vengadores? ¿Son los ministros de vuestra cólera ó los hijos benditos de vuestra misericordia? Ya se mueven, se agitan y extienden como un torrente.

¡Ah! ¡Son los scitas y esos bárbaros condenados al desprecio y á la muerte! ¡Hélos ahí! Ha llegado su dia: ahora les toca su vez; llegan á la hora señalada, y en adelante imperarán en el mundo. Ya el rumor de sus pasos, que conmueven la tierra, va sembrando el espanto por do quiera; ya se rompen las antiguas barreras, y nada puede contener el azote de Dios.

La misma Roma se turba y desconcierta.

Ni la fuerza de sus ejércitos, ni los consejos de sus políticos, pueden ya defenderla. En vano sus pontífices cristianos, tales como un san Leon y un san Gregorio, más poderosos para protegerla con la cruz que sus emperadores con la espada, la libran de los primeros furios de un Atila y de un Genserico. Todo tuvo que ceder al fin: el pueblo rey es entregado á las naciones bárbaras, y la ciudad eterna, tomada y saqueada cinco veces, cae desde su inmensa altura para jamás volverse á levantar. ¡Una vez roto ese gran dique el torrente se desborda sin que nada pueda con tenerlo, y se inunda la tierra. Entonces los lazos de la antigua sociedad se rompen; las columnas del mundo civilizado se conmueven, y la barbarie triunfante amenaza absorberlo todo en un nuevo diluvio: ¡pueblos, ciudades, reyes, religion, ciencias, letras, costumbres, instituciones, patria, la humanidad entera!

¡Oh Dios! ¿Cuáles son, pues, vuestros designios? ¿Será preciso que todo perezca en este gran naufragio?

¡No! La caridad, el gérmen de la vida, está en el mundo; sobre ese caos se cierne un Espíritu Divino, que todo le puede crear de nuevo: bajo las ruinas de Roma permanece oculta una piedra inmortal sobre la que puede levantarse todo.

¡Santa Iglesia católica, sé el arca de salvacion y esperanza del mundo sumergido; conserva el fuego sacro y la luz eterna, recoge en tu seno los restos de ese gran naufragio, y cuando las aguas vengadoras desaparezcan, entonces preséntate como una paloma pura y pacífica! Obispos, sacerdotes y levitas de Jesucristo, vosotros todos, ministros de la caridad, salid de vuestros profundos retiros, y como ángeles de misericordia y de paz id: *Ite angeli veloces...* id y salvad al mundo, pues solos vosotros lo podeis salvar. Salvad á los vencidos y á los vencedores, pues hasta estos

van á perecer sepultados en sus mismos triunfos.

Ya los veo que se aprestan á degollarse unos á otros sobre las ruinas todavía humeantes del universo. Arrojáos entre ellos, impedid ese duelo terrible; evitad que acabe de despedazarse entre sus postreras convulsiones la sociedad que perece.»

A no dudarlo seria hermoso presenciar como aquellos hombres de Dios, armados con el símbolo de paz de la nueva alianza, aparecían con la cruz en la mano, se arrojaban con sereno valor entre vencidos y vencedores, y revelándoles el dulce misterio de la religion y de la fraternidad cristiana, exclamaban sobre las ruinas de la sociedad trastornada: «¡Deteneos! ¡Todos sois hermanos; todos hijos del mismo Dios; todos habeis sido rescatados por Jesucristo, su Hijo! Sí, Jesucristo ha dado su vida sufriendo la muerte por vosotros; sí, todos sois sus amigos y sus hermanos, y hermanos los unos de los otros, ¿no debeis perdonaros los unos á los otros, uniros y amaros? No, ya no debe haber romanos, scitas, griegos, bárbaros, sino Jesucristo solo en todos, para uniros á todos, y de tan espantosa y sangrienta pelea de tantas naciones y de tantas razas formar un solo pueblo nuevo, una sola familia de cristianos y de hermanos, que tendrán á Dios por Padre, á Jesucristo por hermano, á la Iglesia por madre, á la cruz por estandarte, á la caridad por evangelio y al cielo por conquista.»

¡Lo maravilloso es que todas estas pacíficas invitaciones fueron oídas!

Y es oportuno recordar esta intervencion salvadora de la Iglesia en medio de las ruinas del mundo antiguo, porque quizás está destinada á hacer uso de esa intervencion heróica en medio de las ruinas de los bárbaros modernos del socialismo y de la anarquía. Meditemos, pues, esta hermosa leccion de historia universal.

Sí; los bárbaros del antiguo mundo fueron vencidos.

A la vista de aquellos obispos, de aquellos sacerdotes desarmados que atravesaban sin temor las apiñadas filas de guerreros enseñándoles, en el trasporte de un celo divino, la cruz y el cielo, y ante la inesperada majestad de que aquellos misteriosos desconocidos, apaciguáanse los ardientes rayos de su cólera y se les caen de las manos las armas á los inmóviles bárbaros.

A la vista de aquella cruz, sobretudo un sentimiento nuevo, profundo, indefinible, conmovia de una manera extraña el corazon del scita asombrado.

Al oír aquellos discursos llenos de vida, brillaba una nueva luz á sus ojos; una unción secreta y desconocida penetraba en su alma; lloraban algunas veces, y al través de sus espesas cejas y de las lágrimas que humedecían sus párpados una mirada mas tierna revélaba el enternecimiento del bárbaro. Bien pronto se suavizaron, dejándose dominar por aquellos sacerdotes desarmados que no pretendieron vencerles por la fuerza; y el amor á la humanidad, el perdón de las injurias, las dulzuras de la fraternidad evangélica, el gusto anticipado de todas las virtudes cristianas y sociales, penetraron poco á poco en sus corazones conmovidos.

Atraídos por un encanto irresistible erraban en derredor de los monasterios, escuchando desde léjos los cantos puros y sagrados que se elevaban de aquellos profundos é inaccesibles retiros. Luego, vencidos por una fuerza superior, caían á los piés de los ministros de paz; los lobos furiosos se convertían en dóciles corderos, y dejábanse conducir al redil de Jesucristo, bajando humildemente la cabeza bajo la mano de la religion, inclinando con reconocimiento sus altivas frentes á los piés de los pontífices, pidiendo el bautismo y la penitencia; y vencidos por la Iglesia, despues de haber vencido á los dueños del mundo, imploraban á su vez el perdón.

Y ¡qué hermoso y conmovedor espectáculo en ver brotar de las ruinas de la sociedad antigua, á la voz de la religion, una sociedad rejuvenecida y todo un mundo nuevo! ¡Qué hermoso es ver á los godos, vándalos, francos, germanos, sajones, daneses, rusos y búlgaros, á los escandinavos y tártaros, á los pomeranios y húngaros, caer unos tras otros á los piés de Jesucristo y de sus ministros, abjurar todos con la idolatría la barbarie, y formar en el ya dilatado redil de la Iglesia las naciones europeas modernas!

¡Qué hermoso es ver á la Iglesia consagrar sus más generosos y constantes esfuerzos para dulcificar, pacificar y civilizar aquellas naciones tan turbulentas, intratables y duras! Qué noble tarea fué durante varios siglos iluminarlos con la fé, enternecerlos con la caridad, educarlos con la esperanza, y á pesar de la diversidad de regiones, costumbres y lenguaje, unirlos con las mismas creencias, con un mismo código de moral, con las mismas gracias y los mismos sacramentos! La Iglesia es la que, reuniendo á todos esos pueblos en los mismos templos, en esos templos que por una inspiracion sublime levantaron ellos mismos en toda la superficie de Europa, los hizo sentar á todos á la misma sagrada mesa.

En ella los alimentó con las mismas enseñanzas y con el mismo pan misterioso y divino, dándoles así á todos un espíritu y un corazón nuevos, costumbres puras, leyes suaves, instituciones moderadas, un derecho de gentes equitativo, un derecho político humano; y de este modo la gran familia católica se halla fundada en el sublime y profundo principio de la fraternidad cristiana: principio fecundo, todopoderoso irresistible, y que, sembrado en el mundo por la religion, decidió en aquella época de la suerte de Europa y de los destinos de la humanidad entera.

Este principio es el que, sustituyendo á ese grande imperio romano tan dominante, tan cruel, tan sin

piEDAD ni entrañas y tan reducido en su inmensa extension, fundó de Oriente á Occidente, de Norte á Mediodía, mucho más allá de los límites del viejo imperio que se precia de dominar todo el universo, y más tarde hasta en las soledades del Nuevo Mundo, una sociedad nueva compuesta de razas y naciones diversas, pero religiosamente unidas. En el orgullo de su ambicion la antigua Roma habia despreciado los límites y las diversidades naturales de los países de la tierra, de costumbres y lenguajes. La Iglesia ha comprendido de otro modo las condiciones esenciales de la vida de los pueblos. Ha respetado las diferencias que la naturaleza misma establece, uniendo las naciones entre sí con poderosos lazos, con la misma fe y la misma ley, con las esperanzas comunes de la gran patria celestial, son el mismo Dios y el mismo Cristo en el cielo, y con el mismo Vicario de Jesucristo en la tierra.

Y como si Roma estuviese destinada á ser eternamente la reina del mundo, admira y asombra ver al Pontífice romano, Padre de reyes y pueblos, extendiendo de lo alto de la silla apostólica su cetro paternal sobre todos, y más poderoso por la caridad que lo fueron nunca los Césares por las armas, rogando por los desgraciados, pidiendo gracia por los culpables protegiendo la causa de los inocentes, evitando las guerras, defendiendo á los pueblos contra los reyes y á estos contra aquellos, recomendando á unos la clemencia y á los otros la sumision, y manifestando sin rodeos á todos, con los gloriosos apóstoles, que nunca la tiranía será un derecho y que la rebelion es un crimen.

Ese es el mismo principio cuya benéfica accion ha dado á la tierra, no ya ese ciudadano tan exclusivo, tan arrogante, que despreciaba el resto de la humanidad, como si no hubiese más hombre que él sobre la tierra, sino ese ciudadano cristiano amante sin duda de su patria, celoso de su gloria, y pronto á morir por ella: pero justo tambien, equi-

tativo, benévolo y generoso para los demás hombres, porque todos son hermanos suyos y miembros como él de la gran familia de Jesucristo.

Cierto es que esa obra inmensa no se hizo en un día; fué lenta como lo que se hace por la persuacion y la dulzura: con frecuencia tambien se vió detenida por el vicio de tantos elementos contrarios, que era preciso superar y coordinar; pero al fin la obra se hizo, y el divino principio de la caridad cristiana fué el que la sostuvo constantemente mientras que la suave, aunque enérgica accion de la Iglesia católica, la consumó. Con los últimos dias del imperio romano desaparecieron de la tierra las luchas de los gladiadores; la esclavitud, suavizada desde luego, tendía por todas partes á ser abolida; y todo esto se hizo sin trastornos, sin violencia por la sola fuerza paciente, pero invencible, del gran principio de la fraternidad cristiana: y si la triste necesidad de la guerra pesa y debe pesar todavia largo tiempo sobre el género humano, á lo menos han cesado las guerras crueles; los conquistadores más intratables tuvieron que aceptar las treguas impuestas por la religion, y exhaustos los pueblos pudieron sembrar la tierra, recoger las cosechas, y descansar en la *Tregua* de Dios, proclamada por la Iglesia en nombre de la fraternidad cristiana.

Pero donde se admira sobre todo la sabiduría de la Iglesia católica y el génio maravilloso de su caridad, es en ese arte profundo y sencillo á la vez, como todo lo que es divino, con que venció los obstáculos y empleó para la defensa de la humanidad hasta las pasiones que parecia debian ser su ruina.

La Iglesia comprendió que no se trataba de aniquilar de un golpe á todos esos hombres indomables; que no era posible arrancar sin consecuencias de la mano de los guerreros el hacha de armas y la espada, los cuales, mansos corde-

ros á sus piés, se precipitarian hasta como leones en medio de los combates. Comprendió tambien que para esas almas impetuosas no habia término medio, siendo preciso que trastornasen la tierra con sus violencias, ó que conquistaran el reino de los cielos con el heroismo de las virtudes cristianas. En esto estribó el mas hermoso triunfo de la Iglesia: apoderóse de esos enérgicos espíritus, de esos hombres que todavia eran semibárbaros y los convirtió en héroes; ofrecióles en vastas y generosas empresas un alimento del que no podia privarse su belicoso ardor, y convirtiendo su fuerza en virtud, su candor salvaje en fé sublime, su desenfrenada ambicion en divina esperanza, y su audacia en celo caritativo, se reconoció asaz poderosa para crear con aquellos infatigables guerreros el ejército de la santa fraternidad cristiana.

¡Aparece ahora, aparece bajo el estandarte de la cruz, santa y antigua Caballería cristiana! Nobles y antiguos caballeros del Temple, invencibles hospitalarios de san Juan de Jerusalem; y vosotros, hijos de las Castillas, ilustres caballeros de Calatrava, de Alcántara y de Santiago de la espada; y vosotros, hijos de las regiones del Norte, ilustres caballeros Teutónicos, caballeros de san Mauricio, de san Lázaro y de san Jorge; y vosotros sobretodo, santos caballeros y heróicos hermanos de Nuestra Señora de la Redencion de cautivos; apareced todos con vuestros nombres y vuestros estandartes, diversas é innumerables órdenes religiosas y militares! ¡Apareced alineados bajo vuestras banderas, y decidnos si no es la santa Iglesia católica la que os fundó y os ennobleció, inspirándoos esos altos hechos de armas, esas acciones prodigiosas que nos asombran aun y casi nos espantan hoy día! ¡Decidnos si no es la religion la que os dió vuestras banderas y las bendijo, si no es la santa fraternidad cristiana la que inflamó

vuestros corazones, formándoos en cofradías caballerescas y hospitalarias, y convirtiéndoos antes de todo en santas asociaciones fraternales, consagradas en nombre de la caridad á la defensa y al amor de vuestros hermanos!

Todos nacisteis en la misma época: hijos asombrosos de los bárbaros que habian desolado al mundo, sembrando por todas partes, en medio de las poblaciones tranquilas, el espanto y la muerte, no habeis empleado vuestra fuerza más que para el triunfo de la verdad y de la justicia; vuestra lanza para la humillacion de los malos y de los opresores; vuestra hacha de armas y vuestro escudo para la redencion de los cautivos, el alivio de los débiles, la seguridad de los huérfanos y viudas, y la proteccion, en fin, de las mieses sin defensas y de las ciudades sin murallas. Vosotros fuisteis por último el valladar más fuerte que opuso la Europa católica á la impía y sangrienta invasion de la media Luna, y salvasteis de la degradacion mahometana á la civilizacion moderna, realizando bajo la inspiracion de la Iglesia esas hazañas de Dios, *Gesta Dei*, en la Epopeya de las *Cruzadas*.

¡Así es como la fuerza brutal del bárbaro dominada y suavizada por la gracia del Evangelio, bajo la mano de la religion y el influjo de la caridad evangélica, se convirtió en el heroismo de la Caballería cristiana y en esa magnánima fraternidad de los héroes, que despues de haber sido baluarte de Europa y terror de los infieles, se conservará siempre en la historia como una de las más asombrosas obras de la Iglesia, y como el más brillante recuerdo de los anales de Europa!

II

Entónces fue tambien cuando se produjeron, por la fuerza siempre fecunda del gran principio de la fraternidad en Jesucristo, milagros de dulzura, de abne-

gacion y de celo: todo lo que se habia emprendido en los siglos anteriores para el alivio de los desgraciados y de los pobres obtuvo en la edad media un grandísimo incremento, extendiéndose por todas partes con inaudita efusion de amor las divinas influencias de la caridad.

En aquella época fué cuando todo buen cristiano parecia exclamar: «¡Dios mio, tiendo los brazos á mis hermanos y les abro mi corazon á fin de ser para ellos padre, madre, hermano, hermana, amigo, defensor y cuanto necesiten para su contento (1).»

Entonces presenció el mundo, si me es permitido decirlo, como un desbordamiento de misericordia. No habia enfermedad, ni miseria, ni necesidad, ni dolor humano, que no fuese socorrido; los extraños y los peregrinos, los huérfanos y las viudas, los indigentes y los enfermos, los niños y los ancianos, los cautivos, los heridos, los agonizantes, todos en fin eran aliviados; y esa inmensa accion de la caridad, de la cual eran miembros activos todos los cristianos, tenia por alma y único movil á la Iglesia. Faltándome el tiempo, no trataré de referir todas esas maravillas. En aquella grande y magnífica época, cuyas fuertes virtudes, lejos de ser imitadas por un siglo frívolo, han servido mas bien para inoportunas bromas, la religion y la caridad se habian repartido el imperio del mundo, ó mas bien, ejercian ambas sobre él un dominio comun é irresistible para consagrar heroicamente la mitad del género humano al servicio de la otra.

En aquella época fué cuando se vió á un San Bernardo de Menton salir del castillo de sus padres, trepar á la más elevada cumbre de los Alpes, y fijar atrevidamente su morada en medio de las

(1) Bossuet, *Meditaciones sobre el Evangelio*.

nieves eternas, para socorrer y arrancar de la muerte, durante largos y rigurosos inviernos, á sus hermanos, perdidos en la montaña. Y desde hace nueve siglos, tan duraderas son las fundaciones de la caridad, cincuenta mil viajeros hallan todos los años, cerca de los hijos del caritativo fundador, las dulzuras de la más generosa y grata hospitalidad.

Y ¿no fué acaso entonces cuando san Juan de Mata, instituyó los padres de la Redención, y san Pedro Nolasco la grande orden de la Merced? Y á poco edificaron más de quinientos monasterios de aquella orden en Francia, Italia, España y toda la Europa católica: millares de cautivos fueron redimidos de la esclavitud por aquellos religiosos que iban pidiendo por todas partes el oro de los ricos, y cuando no lo encontraban se vendían á sí mismos para romper las cadenas de sus hermanos.

En el siglo VIII san Landri, obispo de París, y el capítulo de Nuestra Señora, fundaron el célebre hospicio tan bien llamado por nuestros padres el *Hotel-Dieu* (casa de Dios), puesto que es como el asilo, el hogar comun ofrecido á los pacientes de esa gran familia humana de la que Dios es el padre; y allí es donde desde há tantos siglos la religión, madre de los pobres y de los desamparados, recoge en nombre de Dios á todos los enfermos de esa inmensa ciudad para aliviarlos y curarlos.

Nunca acabaría si quisiera hablar de las fundaciones de más de cuatro mil hospitales establecidos todos por la religión durante esos siglos que llaman bárbaros, dotados por la caridad y conservados por instituciones religiosas. ¡En Europa solamente se contaban más de cuatrocientos mil enfermos recogidos y socorridos cada día por la caridad!

Pero hé aquí ahora la más sorprendente y magnífica creación de la fraternidad cristiana. ¿Qué

son esos innumerables asilos que se propagaban do quier en el suelo de Europa? ¿Qué son esos piadosos y santos retiros donde se renuevan con los milagros de las Tebaidas la dicha, la perfección y la caridad de la primitiva iglesia de Jerusalem? ¿Qué son esos asilos donde todas las clases se confunden, sin peligro para la sociedad, y donde la santa fraternidad cristiana desciende hasta la igualdad más perfecta y más cordial?

¿Quién es ese joven y poderoso señor que penetra en aquella casa al mismo tiempo que su vasallo, después de haber dejado á la puerta su casco y espada? ¿Quién es esa noble dama que va á buscar un refugio en aquel otro asilo, al mismo tiempo que la humilde aldeana, después de dejar á larga distancia su palafren y acompañamiento? ¿Os imagináis acaso que van á conservar su antigua jerarquía y los recuerdos del mundo? ¡No, por el poder de la santa fraternidad cristiana la aldeana y la princesa, el labriego y el caballero, vivirán juntos bajo el mismo techo, en celdas semejantes sometidos á la misma regla, sentados á la misma mesa, y dándose mutuamente el nombre de hermanos y hermanas!

Sabido es que á principios de la edad media fué cuando san Benito y sus hijos fundaron en Subiaco y sobre el Monte Casino aquella Orden célebre que multiplicándose en breve de un modo asombroso, tuvo, según dice un escritor muy conocido, la triple gloria de convertir la Europa, roturar sus desiertos y encender de nuevo la llama de las ciencias, al mismo tiempo que practicaba por todas partes, en nombre de la fraternidad en Jesucristo, la más noble y universal hospitalidad que jamás existió.

Pronto los Premonstratenses, fundados por San Norberto, los hijos de San Bernardo, los discípulos de San Colombano, los Camaldulenses de san Romualdo, las célebres abadías de Santa Genoveva,

de San German d' Auxerrois y los religiosos de Aguasbellas y de Valumbrosa, compartieron con los hijos de San Benito, no solo la gloria de labrar las tierras incultas, de abrir los bosques y fertilizar el suelo, sino tambien la gloria sublime de practicar la generosa hospitalidad cristiana. Hasta los heróicos cartujos, hasta esos trapenses, entregados á la soledad y á la penitencia, interrumpieron sus austeras maceraciones y el silencio de sus desiertos para practicar la más santa hospitalidad.

La Iglesia, la madre comun, había dispuesto que esos innumerables monasterios fuesen el asilo de la oracion, el refugio de la penitencia y el santuario de las letras; pero tambien deseaba que fuesen como otros tantos albergues de la caridad situados en todos los puntos del globo, en los cuales el viajero fatigado encontrase, como si estuviera en su propia casa, albergue y plato, reanimando sus ateridos miembros en el hogar de la divina caridad, sentándose como un hermano á la mesa comun, cual si estuviera en medio de los suyos; y por la mañana, despues de una noche tranquila, antes de partir y al rayar el alba, recibía nuevas provisiones para continuar su camino. ¿No podria entonces creer el caminante que habia tenido un sueño feliz y encontrado por un momento la casa paterna y las dulzuras del hogar domestico?

Abreviaré para concluir; pero séame permitido citar cuando ménos algunas cofradías religiosas, de esas caritativas asociaciones fundadas en la edad media y consagradas á porfia al alivio de las innumerables miserias humanas. Hablaré, pues, de los hermanos de la *buena muerte*, que consolaban al desvalido en su hora postrera; de los hermanos *enterradores*, que sepultaban á los pobres difuntos; de los hermanos *enfermeros*, que cuidaban á los enfermos abandonados; de los hermanos *regulares de las escuelas piás*, que instruian á los niños pobres; de to-

dos los que cuidaban á los locos, adoptando tambien á los huérfanos y á los expósitos; de las *hijas de Dios* y las hermanas *grises*, consagradas al alivio de los necesitados en los campos y ciudades; de las de Nuestra Señora de la Misericordia para los nobles desafortunados; y de las religiosas del Buen Pastor, y de las hijas de la Magdalena, que abrian sus brazos y sus corazones á las doncellas culpables, convidandolas al arrepentimiento y dándolas el tierno nombre de hermanas.

¡Finalmente, en los últimos siglos de la edad media, cuando el descubrimiento de un nuevo mundo dilató á las miradas del hombre el círculo de los dolores humanos, preparando al imperio de la caridad un nuevo teatro para nuevos actos de abnegacion sublime, véase cómo los hijos de santo Domingo, luchando contra la desapiadada avaricia de los conquistadores, se convirtieron de pronto en defensores intrépidos de los desgraciados indígenas americanos, proclamando con Las Casas que aquellos pobres salvajes eran tambien hermanos suyos, cobijándolos con el estandarte de Jesucristo, y estrechándolos con los tiernos abrazos de la caridad! Véase á los hijos de san Francisco volando á traves de todos los peligros á la salvacion de los indios. A la voz de Pedro de Bethancourt, les vemos consagrarse en ambas Américas, en favor de los pobres esclavos enfermos de la peste, y descender con ellos hasta las minas del Potosí y las entrañas de la tierra para suavizar su esclavitud y aliviar sus males.

Prodigioso es que tantas y tan admirables instituciones se deban todas á la edad media, época en que hubo como una santa emulacion de fraternidad. El amor al prójimo habia llegado á ser una pasion que multiplicaba los prodigios, creando los héroes. Todos querian ser hermanos, y serlo lo más posible; todos querian amarse, socorrerse, aliviarse unos á otros. Las almas grandes, á quienes no bastaba la fraternidad comun del siglo, corrian á los claustros para

consagrarse á otra más sublime; y los corazones intrépidos y los hombres de genio aventurero, á quienes no podía convenir la calma de las soledades, juntábanse presurosos con los guerreros á fin de tener la gloria de ser hermanos á la vez que soldados.

Y así es como la religion de Jesucristo, despues de haber libertado al mundo de la barbarie, fundó la sociedad nueva sobre las ruinas de la antigua, creando asimismo la gran familia católica, unida por el profundo principio de la fraternidad cristiana, sobre los restos de las nacionalidades exclusivas y celosas. Y esa grande y admirable obra maestra de la Iglesia, ese monumento imperecedero de su historia, aparece tan maravilloso en sus detalles como en su conjunto, asentado sobre la fe, elevado por la esperanza, cimentado por la caridad, y coronado por el heroismo de los valientes y la abnegacion de los santos.

Hé ahí lo que fué esa edad media de cuyas grandes obras y genio, la ignorancia y mala fe han creído poder burlarse.

Decis que en aquella época carecian de luces. ¡Oh vosotros, que os atreveis á dirigir tal cargo á los civilizadores de Europa, yo quisiera saber qué hubierais hecho en su lugar! ¡Altos y poderosos iluminadores del siglo presente, entónces sabríamos hoy cómo habriais ilustrado á la barbarie y salvado al mundo! Cierto es que se les enseñó á obrar bien ántes de decir bien; pero no lo es ménos que ellos son los que os conservaron esas luces de que estais hoy tan ufanos. Todo os lo han salvado á la vez: ¡letras, artes ciencias, antigüedades, historia, leyes y costumbres! ¡Sin ellos aun estaríamos hundidos en la noche eterna! Todavía hicieron más, pues por ellos la caridad reinaba con la fe: ¡el egoismo y el orgullo cedieron su lugar en la tierra á la santa fraternidad cristiana, y preparaban los triunfos inmortales de la misericordia evangélica!

Tal es la historia de esa prodigiosa transformacion

que cambió la faz del mundo, aun cuando la invasion de los bárbaros no hubiera destruido la civilizacion antigua sino para sumir al universo en un inmenso é irremediable cáos, lo cual hubiera sucedido á no estar allí la Iglesia católica con el poder concedido por el Altísimo y no hiciera brotar de aquellas catástrofes las maravillas de la civilizacion moderna, valiéndose de la tierna y fecunda inspiracion de su caridad.

Concluyo aquí, y llego á esos últimos tiempos en que la religion de Jesucristo, para demostrar que la corona de la caridad no se habia desprendido de sus sienes, dió un siglo XVII á la civilizacion y un san Vicente de Paul al mundo.



Los tiempos modernos y san Vicente de Paul

¡ San Vicente de Paul ! Al oír este nombre venerable la mente enternecida se representa á ese varon de Dios, semejante á la caridad misma, de la que fué sobre la tierra la mas tierna y viviente imágen, rodeado por una multitud de pobres y desgraciados, de los que fué durante tantos años el bienhechor y el refugio. A su presencia creo ver á los enfermos levantarse de sus lechos de dolor para bendecirle; los ancianos antes de morir quieren besar su mano bañándola de lágrimas. la mano del santo sacerdote que les arrancó de la miseria y del infortunio; los huérfanos y niños abandonados que recogió en su seno vuelven hácia él miradas llenas de esperanza; los herejes é infieles á quienes iluminó, los buenos habitantes de los campos á quienes evangelizó, los cautivos cuyas cadenas llevó, las provincias enteras á quienes dió alimento, los reyes á quienes consoló en su lecho de muerte, los primeros pastores de quienes fué el consejero, el sacerdocio de quien renovó la gloria, todos en fin le proclaman á la vez su amigo, su providencia y su padre. La impiedad misma enmudece ante él; su gloria le importa, y trata de dirigirle con pomposas sentencias elogios hipócritas: quiere hacerle descender de las sublimes alturas de la caridad cristiana donde Dios le ha colocado, y presentárnosle como un bienhechor indiferente de la humanidad que

sufre. Condenada á pesar suyo á venerarle y á bendecirle, desesperando de igualarle jamás, se decide al fin á adoptarle; y al mismo tiempo que sobre las ruinas de los templos y entre los cadalsos proclama fastuosamente al Ser Supremo y la inmortalidad del alma, por uno de los mas solemnes absurdos de aquellos tiempos memorables del Terror, erigia una estatua á san Vicente de Paul como si fuera un simple filósofo ó un mero filántropo.

Pero pronto salió la Providencia de su secreto; el cielo ahuyentó á los impíos con su rayo, y Dios volvió á encontrar sus templos, la inmortalidad á sus verdaderos discípulos, la caridad sus altares, y la religion á San Vicente de Paul.

No, por mas que hayais hecho, por mas que hagais aun, san Vicente de Paul es nuestro: el corazon de ese santo sacerdote fué la obra maestra de la gracia divina; sus obras la mas hermosa efusion de la caridad cristiana, y su vida entera la misericordia evangélica en accion.

Pero ¿cuál fué, si es que nos es dado penetrarlo; cuál fué el designio de Dios al conceder á la tierra ese admirable don, llamado san Vicente de Paul? Voy á decirlo.

Dios preveía que iban á llegar dias malos en que se atacaria á la Iglesia con sus enseñanzas mas puras por armas, y tambien á él con sus mayores beneficios: conoció, sí, que se aproximaba el momento en que se trataria de extinguir en las almas el sagrado fuego de la caridad con la helada mano de una impiedad que se quiere suponer filantrópica, y en que, para obtener mejor éxito, el egoismo y el orgullo suplirian la caridad y la misericordia, nombres demasiado poderosos é importunos, nombres que carecen de pomposas mentiras. Entonces Dios suscitó un hombre segun su corazon, para personificar en él la caridad y la misericordia evangélicas, y para que fuese en-

tre nosotros una imagen viva del mismo Jesucristo. Con tan profundo designio escogió á un francés, que además de sacerdote era pobre.

Escogió á un francés, porque esa nacion vana y ligera era la primera que debia olvidar los beneficios del cristianismo, armarse contra el Evangelio, atacar al imperio de la caridad, y en nombre de la humanidad, filantropía y beneficencia, de las cuales le habia dado el Evangelio las primeras lecciones, esforzarse para arrebatar á la caridad su corona y á la religion su gloria.

Y escogió tambien á un francés, porque esta nacion que posee los defectos de una juventud eterna, tiene no obstante sus nobles cualidades; porque es grande, generosa, pronta á entusiasmarse por las bellas acciones; porque vuelta en sí misma nunca deja, tarde ó temprano, de hacer justicia á la virtud; y porque, en fin, la Francia, hija mayor, aunque á veces ingrata, de la Iglesia, no era indigna de producir, comprender y admirar á un san Vicente de Paul.

Dios eligió á un sacerdote, porque el sacerdocio de Jesucristo, despues de consagrarse durante catorce siglos al servicio y á la gloria de esa hija primogénita de la Iglesia, en recompensa llegaría á ser por un momento la irrisión de aquella nacion cuya ligereza raya á veces en ingratitude. Por esto dispuso Dios que el mas sublime héroe de la caridad fuese precisamente uno de esos sacerdotes considerados inútiles, de los que se cree sobran siempre, y que sin embargo llegó dia en que fueron buenos para algo.

Por último, eligió un sacerdote para que todo aquí fuese milagroso; para que la fuerza de su gracia apareciese mas esplendorosa: para que nadie pudiese usurparle la gloria, y que fuera evidente para todos que si ese humilde sacerdote habia hecho para el alivio de los pobres mas de lo que nunca hicieron los mas poderosos monar-

cas, esto era obra del Altísimo, el beneficio de la religion, y la gloria del Evangelio. ¡Quiso probar que solo á Dios y á los santos es dado hacer cosas grandes y perfectas para la felicidad de los hombres!

Dios es, dice Bossuet, quien hace los legisladores y conquistadores, comunicándoles su sabiduría ó su fuerza; pero Dios es sobretodo quien por su gracia hace los santos para la salvacion y gloria del mundo. Eligió, pues, é hizo santo á Vicente de Paul, dándole luego, no la simple humanidad que es demasiado fria, no la beneficencia sola, que es á veces altiva y soberbia, ó la filantropía que es casi siempre estéril, sino el genio de la caridad, *ingenium charitatis*, segun la hermosa expresion de los libros sagrados; el genio de la caridad, ó sea un conocimiento sublime del pobre y una inmensa compasion por sus miserias. El genio de la caridad, es decir, entrañas de misericordia, *viscera misericordiae*; y segun lo que dice el profeta y el evangelista, el Espíritu mismo del Señor, *Espritus Domini*, fué quien, bajando sobre él, convirtióse en inspirador de su corazon y de sus obras, envióle á predicar el Evangelio á los pobres, anunciar la libertad á los esclavos y á los cautivos, sanar las enfermedades, consolar los dolores, enjugar las lágrimas; y de este modo, á imitacion de Jesucristo, de quien es el sacerdote, y de la religion, de quien es el ministro, anduvo haciendo bienes y sanando á los oprimidos.

Y despues de haberle formado así por su mano, Dios lo dió al mundo entero para asombrarlo con el genio de la caridad.

Si; fué un coloso, en vida y despues de muerto. Dios concedió á ese hombre incomparable la gracia de vivir casi un siglo entero á fin de multiplicar para felicidad de los pobres sus beneficios con sus años, dilatando para gloria de la religion su caridad con su vida.

Y cuando al fin llegó la hora de que el santo sacerdote fuese al cielo á descansar de tantas fatigas y trabajos, Dios, ántes de arrebatarlo al mundo, dispuso que sobreviviera en esos sacerdotes generosos y modestos los Lazaristas, que todavía hoy son heróicos misioneros, en esas Hijas admirables de la caridad, de quienes no haré más alabanza que la que hacía su bienaventurado padre al decir: «Tienen la modestia por velo, la misericordia por hermana, los pobres por familia, la caridad por madre, y por toda alegría en este mundo el consuelo de enjugar lágrimas:» y por último, en esa multitud de obreros de la caridad, «de hombres de misericordia,» como dice la Escritura, de quienes san Vicente de Paul fué el consejero querido, el guía infatigable, los cuales se han multiplicado al infinito por el solo prestigio de su nombre.

Y por esto es visible que Dios hizo á san Vicente de Paul el inspirador y el padre de ese gran siglo XVII, que no trato de ensalzar aquí por haber sido el siglo de la fé más viva é ilustrada, sino por haber sido el siglo de san Vicente de Paul y de la caridad, el siglo de las obras grandes y heróicas y de las almas fuertes y leales, el siglo de las empresas atrevidas para consuelo de los desgraciados y alivio de los pobres.

Seguramente que admiro este siglo por la pompa de sus inmortales recuerdos, por el brillo de sus victorias, por la magnificencia de sus monumentos, por la sabiduría de sus hombres de estado, por la cultura de sus costumbres y hasta por la grandeza de sus conquistas; pero permítaseme decirlo: aun cuando el siglo XVII hubiera sido el mayor de los siglos; si no hubiera tenido para purificarse y ennoblecerse á san Vicente de Paul y la caridad, el gran siglo se hubiera reducido á polvo como otros tantos, y el vano ruido de su gloria se habria extinguido en el espacio, cual se extingue la vibración de metal que suena, ó campana que retiñe.

¡Ah! la gloria del gran siglo pudo empañarse; pero la caridad de San Vicente de Paul permanece inmortal, y sus obras no perecerán porque participan de la misma inmortalidad que la caridad: *Charitas nunquam excidit.*

Sí; San Vicente de Paul es hoy más grande que nunca: su nombre está obrando prodigios todavía: su sepulcro, sus mortales despojos, en los combates de la caridad contra el egoísmo y el orgullo del siglo, ganan todavía batallas; la impiedad filosófica está decididamente á sus piés; vencida por una fuerza superior, ha debido perdonarle, por fin, su cristianismo y su sacerdocio.

Su nombre es una de las más puras glorias y sus obras uno de los más nobles trofeos de la religion.

Tal fué, pues, San Vicente de Paul, y tal es el sorprendente movimiento de caridad que Dios le permitió crear á su alrededor, que hizo de este siglo, gloriosamente privilegiado, una de las más bellas épocas religiosas de la católica Francia.

Este movimiento impreso por San Vicente de Paul al siglo XVII no fué solo poderoso; fué además admirablemente fecundo: produjo y desarrolló la misericordia bajo las formas más tiernas: multiplicó las obras de caridad cristiana, tal vez más de lo que hasta entonces se habia visto en otro siglo despues del origen de la Iglesia. ¡La fecundidad, la posesion plena y abundante de la vida, el poder y la virtud para comunicar esta vida y extenderla. ¡Hé aquí uno de los caracteres más remarcables, más distintivos y más evidentemente divinos de la caridad católica, y tambien de los hombres que, como San Vicente de Paul, han recibido de lo alto la mision especial de ser sus gloriosos representantes y los más grandes obreros sobre la tierra! Los hombres de caridad son fecundos, porque Dios está con ellos y entre ellos. Hé aquí la razon profunda por

la cual estos hombres participan del poder creador de Dios: El los envía y vive en ellos.

Y ved también por qué sencillamente, sin esfuerzos aparentes, por una acción suave y fuerte, y más suave todavía que fuerte, y á menudo careciendo de medios humanos, y á pesar de los más grandes obstáculos, los hombres de caridad hacen germinar el bien y las buenas obras á su alrededor con una riqueza de creación que sorprende, y que comparado con lo que es solo recurso natural, como la ciencia, la habilidad, la política, la fortuna misma de los reyes, no parece otra cosa que flaqueza y esterilidad.

¡Ved lo que ha hecho solo san Vicente de Paul! ¡Contad, recorred el campo de sus obras! Y preguntado: los sabios, los comerciantes, los políticos todos juntos, ¿han producido nunca algo semejante?

¿Que potentado, por ejemplo, ha soñado solamente crear una Hermana de la caridad, ó en nuestros días una Hermanita de los pobres, y decir á esta humilde hermana: «Andad, creced, multiplicáos; llegaréis á ser mil, diez mil, veinte mil, llenaréis el mundo, y despues de muchos siglos tendréis todavía todo el vigor y aliento de la juventud»?

Pero lo que es más notable y más divino en esta maravillosa fecundidad de los santos y de los discípulos del Evangelio, es que no solo se manifiesta durante su vida, sino que largo tiempo despues que han desaparecido de este mundo producen todavía mil obras nuevas, nacidas todas de su espíritu y de su corazón. ¿Qué digo? Generalmente despues de muertos, son todavía más fecundos que en vida.

Así ved el gran movimiento de caridad del siglo XVII: dura todavía sin haber perdido nada de su poder y de su fecundidad. Aun es tal vez más activo más universal, más poderoso que nunca.

Si el siglo, que se llama el grande, lo impulsó, el nuestro se ha precipitado con ardor por la senda abierta, y ha hecho obras de caridad como si fueran

su herencia y su deber. Existen épocas más ilustres por la doctrina, pero no más notables por la caridad. Y tal será á los ojos de la posteridad el calificativo de nuestro tiempo, su carácter distintivo. Sí, el amor de mi siglo no me alucina; el siglo XIX, si acaba su curso como lo empezó y como prosigue todavía, no vacilo en decirlo y voy á demostrarlo, se llamará en la historia *el siglo de la caridad*.

¡Ah! ¡bien sabía Dios lo que hacia al echar al mundo un san Vicente de Paul! Era la víspera de una época en la cual iban á atormentar y á honrar al mismo tiempo la actividad febril del trabajo intelectual y material, el deseo de aprender en las masas, el desarrollo y progreso del poder popular, y sobretodo los grandes movimientos de la vida industrial. Hé aquí por qué Dios preparó é hizo para los tiempos futuros un san Vicente de Paul, es decir, un sacerdote pobre, activo, popular, amigo de los obreros, ocupado solo en el cuidado del pueblo, padre de las Hermanas de caridad (su más bella creación), bienhechor infatigable de los artesanos, de los enfermos, de los niños, de los soldados, de los pobres. Dios ha hecho evidentemente esta Orden admirable á imagen de este santo y para uso de este siglo, aunque muchas otras han emulado su noble ejemplo.

Y ¡cosa maravillosa! Todavía hoy, en nombre de San Vicente de Paul, las más bellas obras se fundan, se inspiran, dilatan, y perpetúan. ¡En su nombre los oradores evangélicos enternecen las almas y las deciden á las más generosas larguezas! Y la Iglesia lo ha declarado Patrono de todas las instituciones y obras de caridad, porque él es como la encarnación en el mundo del *genio de la caridad*.

¡No, santo apóstol, no hemos dejado perecer la herencia que nos legasteis; siguiendo vuestras huellas é inspirándonos con vuestro ejemplo, hemos añadido algo todavía, la hemos aumentado y vuelto más fé-

cunda! ¡Todas vuestras obras están en su esplendor primitivo, en su inagotable vitalidad! Y ¡cuántas obras nuevas han salido de todas partes inspiradas por vos y de las cuales es justo os atribuyamos la gloria! Si en época alguna de la Iglesia la caridad ha sido más generosa que en el siglo en que vivimos, es á vos, gran santo, nuestro modelo, nuestro maestro, á quien corresponde tan inmortal honra.

Consérvanse todavía vuestros hospicios, vuestras damas de caridad, vuestras buenas hermanas, las asambleas de misericordia, como en vuestros tiempos los asilos de la niñez y de la vejez. Tenemos, además, las hermanas de la caridad del Buen Socorro, las Jóvenes Ecónomas, las Hermanas de la Providencia, las Pobres Arrepentidas, las Huérfanas de la Cruz, las damas de salas de asilo y de lactancia para la niñez; tenemos la obra para libertar á los pobres encarcelados por deudas; casas de refugio para los corrigendos arrepentidos; asilos para los pobres del santuario y para los nobles infortunados del siglo; para Jóvenes ciegos y Jóvenes convalecientes; tenemos nuestras industrias, invenciones y hasta loterías de caridad; pero no acierto á decirlo todo...

No solamente poseemos multitud de santos sacerdotes que van extendiendo á lo lejos los ardores de la caridad; no solo un gran número de congregaciones religiosas que trabajan infatigables para la educacion de la infancia y de la juventud y para la evangelizacion de los pobres labriegos en los campos y de los pobres obreros en las poblaciones; en todas partes, hasta en las poblaciones más pequeñas, se levantan mil obras distintas para el alivio corporal y espiritual de los enfermos, para la educacion moral y religiosa de los pobres, de los artesanos, de los soldados, de los presos. En fin, sin entrar en más pormenores debemos decir que todas las miserias pue-

den encontrar alivio, y para estas obras la caridad depara en todas las esferas sociales hombres de misericordia, *Viros misericordiae*, con una fecundidad que nada puede igualar.

Para formarse exacta idea de la importancia de este gran trabajo de la caridad en nuestra época, recuérdese lo que era al principio de este siglo: durante el XVIII la caridad habia desaparecido con la impiedad, no existiendo sino ruinas. Hoy, si tratamos de formarnos cabal concepto de las obras de caridad que han nacido en este siglo, de todos los obreros de la caridad que han aparecido á la vez en todos los puntos del globo, desde el hermano y la hermana, consagrados por voto á este ministerio sublime, hasta la dama de mundo, hasta el jóven cristiano que convierte la caridad en solaz y honor de su vida, nos pasmarémos

Sería necesario preguntar lo que no hace la caridad contemporánea y cuáles obras le son extrañas, en vez de preguntar lo que hace.

Sin embargo, algo diré de ello

No se vaya á imaginar que aqui se encuentre ni siquiera la nomenclatura de las innumerables obras generales, particulares y de toda clase, á las cuales acude en nuestros tiempos la caridad católica, y las que naciendo de diversas necesidades locales alimentan su actividad y celo, pues solo se reduce nuestro trabajo á decir algunas palabras acerca de las obras principales.

La Sociedad de san Vicente de Paul

La primera que se presenta á nuestra vista la más bella tal vez entre todas, y que será el eterno honor de este siglo, es la Sociedad de san Vicente de Paul. ¡Ah! largo tiempo tranquila y próspera, admirada y bendecida por toda la tierra, ha sido injustamente atacada; más existe sin embargo una cosa al menos que nadie puede negar, que se impone á todos, y que se reconoce cuando se estudia de cerca y se respira, digámoslo así, el verdadero y grande espíritu de esta obra: es su indole eminente y exclusivamente católica y caritativa á despecho de todas las inculpaciones y de todas las calumnias.

Recordemos, pues, á los amigos y enemigos de la sociedad san Vicente de Paul lo que ha sido, lo que es todavía esta institucion, tan humilde, tan sencilla y á la vez tan grande, y que en poco más de medio siglo que lleva de fundacion ha esparcido tanta luz y hecho tanto bien que sus mismos adversarios se han visto obligados á prestarle homenaje y no han podido herirla sino elogiándola.

Nadie ignora como nació esta obra benéfica, el desarrollo sorprendente que ha recibido á la vez y lo que ha hecho sobre la tierra para el alivio corporal y espiritual de los pobres.

Es propio de las grandes obras de Dios tener débiles y oscuros principios, germinar, engrandecerse, elevarse, por decirlo así, como de sí mismas

y sin que aquellos de los cuales Dios se vale para establecerlas la mayor parte de las veces sepan lo que Dios quiere hacer por ellos; y esto, como dice san Pablo, «á fin de que ninguna carne se glorie ante el Señor», y que el poder del obrero divino aparezca tanto mejor en cuanto más débiles son los instrumentos que emplea.

No sé si esta ordinaria economía de la Providencia se ha presentado de una manera más evidente en ninguna obra como en la fundacion de las Conferencias de san Vicente de Paul: nada es más humilde que su origen. Esta humilde historia nos ha sido narrada por uno de los primeros fundadores de la obra, el ilustre Ozanam.

«Delante teneis, decia á la conferencia de Florencia en 1853, este buen cristiano, uno de los ocho estudiantes que há veinte años, en Mayo de 1833, se reunieron por vez primera bajo la proteccion de san Vicente de Paul en la capital de Francia.

«Nos hallábamos entonces invadidos por un diluvio de doctrinas filosóficas y heterodoxas que, agitándose á nuestro alrededor, hicieron despertar en nosotros el deseo y la necesidad de fortificar nuestra fé en medio de los ataques que le dirigan los distintos sistemas de la falsa ciencia.... y entónces fué cuando dijimos: ¡Pues bien, que nuestros actos estén en armonía con nuestra fé! Socorramos á nuestro prójimo, como lo hacía Jesucristo, y pongamos nuestra fé al amparo de la caridad.

«Nos reunimos los ocho, animados del mismo pensamiento, y como si estuviéramos celosos de nuestro tesoro, no quisimos abrir á otros las puertas de nuestra reunion. Mas Dios lo había dispuesto de otro modo: la asociacion poco numerosa de amigos íntimos debía ser en sus inexcrutables designios el núcleo de una inmensa familia de hermanos que se extendería sobre la mayor

parte de Europa. Ved, pues, como realmente no podemos titularnos fundadores: Dios es quien ha querido y fundado nuestra sociedad.»

Y ¿quién podía preveer entonces el gran desarrollo que debía tener una empresa tan humilde en apariencia? Los ocho jóvenes dijeron: «queremos dedicarnos al servicio de los pobres.»

Y ¡empezaron!

¡Gran Dios! ¡qué profundos son vuestros designios, y qué admirables vuestros caminos! Así, «este grano de semilla,» casi invisible, debía convertirse en breve en un grande árbol y producir ópimos frutos.

Esta fué la pequeña semilla arrojada en el suelo de la Iglesia, por mano de algunos jóvenes católicos; y hoy admiramos el árbol frondoso cuyo rico fruto recogen millares de pobres.

¡Las conferencias de san Vicente de Paul se hallan extendidas por el mundo entero!

Pero debemos todavía dejar la palabra á M. Ozanam: «Recuerdo, que al principio, uno de mis buenos amigos, preocupado por las teorías sansimonianas, me decia con sentimiento compasivo: ¿Qué pensais hacer? Sois ocho pobres jóvenes y ¿teneis la pretension de socorrer todas las miserias que tanto abundan en una poblacion como París?»

Y aunque fuerais muchísimos más tampoco hariais gran cosa. Nosotros, por el contrario, elaboramos ideas y un sistema que reformará el mundo, y extirpará para siempre la miseria. Nosotros harémos en un instante más bien á la humanidad que el que pudierais hacer vosotros durante muchos siglos.» ¡Ya sabeis á que han quedado reducidas las teorías, á causa de las ilusiones de mi pobre amigo! Mientras que nosotros, que le causábamos lástima, en lugar de ocho, solo en París somos dos mil, y visitamos cinco mil familias, es decir, cerca de veinte mil individuos, equivalentes á la cuarta parte de los pobres que encierra esta inmensa poblacion. Las conferencias, solo en

Francia, ascienden á quinientas, y las tenemos ya en Inglaterra, España, Bélgica, América y hasta Jerusalem. Vemos, pues, que empezando de una manera tan humilde se puede llegar á hacer grandes cosas, á la manera que Jesucristo desde la humillacion de su cuna se elevó á la gloria del Tabor. Dios ha prohijado nuestra obra y la ha extendido por la tierra colmándola de bendiciones.» Y nótese que esto sucedia en 1853.

Si; en la fundacion de las grandes obras que deben durar, la magnanimidad se hermana siempre con la humildad.

No creerse nada, sentir realmente que solo somos un átomo, un punto imperceptible, un grano de polvo perdido en el espacio, entre dos eternidades; mas al propio tiempo sentir que este átomo está lleno de Dios, debido á la gracia, revestido de su fuerza y que el soplo divino que lo levanta y lo lleva con él hasta los confines más remotos, es para difundir con su fecundidad y virtud la caridad de Dios: hé aquí la humildad magnánima. Entonces se convierte en uno de los pequeños granitos apostólicos de los que solamente doce fueron bastantes para recoger la cosecha más magnífica que jamás se ha visto.

Y en nuestros dias, observad: apenas hará sesenta años que la obra de san Vicente de Paul se fundó, y á la hora en que escribo ¿cual es el número de conferencias? Cerca de 10,000, extendidas por todas las naciones, sobre todas las zonas y hasta los mas remotos confines.

Hay conferencias de San Vicente de Paul, no solamente en Francia, si que tambien en Alemania, Prusia, Austria, Polonia, Bélgica, Dinamarca, España, Grecia, Italia, las islas Jónicas, Malta, Inglaterra, Irlanda, Holanda, Suiza, Jerusalem, Argelia, el Cabo de Buena Esperanza, la isla Mauricio, el Senegal, el Canadá, los Estados Unidos, la Guyana inglesa, la Guadalupe, la Martinica, la

Trinidad, República Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, etc.; es decir que existen en todas partes, y el sol resplandece sobre esta obra bendita, como el fuego divino de la caridad inflama los corazones de sus discípulos.

¡Así vemos una sola conferencia en 1833, y en 1894 cerca de 10,000; entonces París, hoy el mundo; entonces ocho jóvenes estudiantes afiliándose en la santa milicia de la caridad y enarbolando con tímida confianza, en un reducido aposento del barrio Latino, la bandera de san Vicente de Paul; hoy una multitud de hombres y señoras de todas edades y profesiones, agrupados al rededor de esta bandera por todas las capitales de Europa, por todas las mas grandes ciudades del universo, y hasta en los pueblos y villas! Y todo este maravilloso é increíble progreso se ha realizado en poco más de medio siglo, debiendo notar que es una obra, no de interes y de placeres, sino de desprendimiento y sacrificios. Evidentemente el dedo de Dios está aquí: *Digitus Dei est hic!* Solo Dios puede obrar tanta maravilla en la tierra.

Cada cual dirá lo que quiera; mas creo que esto es una de las maravillas de este siglo y un espectáculo tan extraordinario, que jamás el mundo, ni la Iglesia misma, haya tal vez visto cosa parecida. Es *el apostolado seglar de la caridad*, organizado como nunca habia existido en el mundo.

II

¿Qué hacen pues, estos discípulos de san Vicente de Paul? ¿De qué obras se ocupan en la inspiracion de su celo? Y cuál es su obra fundamental, la obra, por la cual se han agrupado bajo el nombre y patronato del mayor representante de la caridad cristiana de los tiempos modernos? Héla aquí:

Visitan al pobre á domicilio; entran en contacto directo con el pobre; le llevan, con la mano y el corazon, el doble socorro para el cuerpo y para el

alma, que tanto necesita el pobre. No hacen otra cosa; mas esta gran cosa la hacen todos los dias, y con una inteligencia, una delicadeza y un fervor que es grato ver y escuchar de cerca.

Todas las semanas pues, donde hay una conferencia de san Vicente de Paul, unos cuantos hombres y mancebos, ó unas cuantas señoras y señoritas, pertenecientes á las clases elevadas ó medias de la sociedad, se reunen en un dia fijo y despues de haber orado é invocado sobre ellos la gracia de aquel divino Espíritu por el cual decia san Vicente de Paul: «La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones,» se ocupan todos juntos de las necesidades de los pobres; comunicanse sus pensamientos, miras y proyectos, buscando los medios más eficaces para socorrer á los desgraciados; repártense las familias más pobres de la ciudad; cada miembro se encarga de una, dos, ó mayor número; distribúyense en seguida bonos de pan, carne, etc.; y despues, durante la semana, va cada cual por su lado á visitar *sus familias*.

¡Ah! esta palabra enternece: *¡sus familias!* ¡Así es como los hombres de la caridad católica llaman las familias de los pobres! ¡Sí, el discípulo de Jesucristo dice *mis familias* al hablar de esos infelices á quienes visita, alegre, consuela en sus guardillas y harapos, de la misma manera que dice *mi familia* hablando de su padre, madre, hermanos, esposa é hijos! ¡Oh caridad, tú eres buena y suave en tu corazon; mas no lo eres ménos en el grato lenguaje que inspiras!

Estos hombres de la caridad católica visitan *sus familias* personalmente, no contentándose con mandar de léjos y de lo alto un socorro cualquiera: van con la limosna en la mano, pero lo que vale más todavía, es la caridad de su corazon y la palabra de consuelo que sale de sus lábios. Distribuyen á los pobres los bonos de pan, carne,

etc.; medicinas cuando se necesitan para sanar sus dolencias, y dinero de su propio bolsillo con frecuencia. Pero no se limitan al socorro material; saben que el hombre no vive de solo pan, y por esto llevan á los pobres, con la palabra y con el corazón, el consuelo de Dios; y al consolarles les fortalecen, háblanles de Nuestro Señor, de sus almas, del cielo; inspíranles la resignación, la paciencia, y les hacen ver y sentir prácticamente que no todos los ricos son insensibles é indiferentes á las necesidades de los pobres, que existen ricos buenos y compasivos que aman á los pobres mirándoles como hermanos en Jesucristo, que no se apartan de ellos, que les buscan, por el contrario, y les tienden una mano fraternal.

¡Qué bálsamo llevan con tales visitas á estos corazones enfermos, irritados con frecuencia y ulcerados por la miseria! Y ¡á cuántos de estos infortunados la aparición de semejantes ángeles consoladores en sus miserables viviendas ha reconciliado más de una vez con la vida que les fatigaba y con la sociedad á la cual aborrecían y despreciaban!

¡Hé aquí lo que solo la caridad de Jesucristo puede realizar! Es evidente que el dinero, el dinero solo enviado de lejos al pobre por el rico, desde el fondo de su suntuosa morada, no es suficiente; porque el dinero no tiene ojos ni corazón, no tiene entrañas que sientan ni hagan sentir; el dinero es sordo y mudo. El pobre necesita algo más que dinero y pan; necesita una voz humana que le hable, un corazón caritativo que le ame, una mirada sensible á sus males; le falta alguien que le visite, vaya á verle y le haga sentir y comprender que no está abandonado en la tierra. Y lo hacen todos los hombres inspirados por la caridad católica, no solamente con un celo que enternece á los pobres, si que también con una sencillez que les alegra.

La filantropía que carece de amor de Dios, no tiene

entrañas para convertir á sus adeptos en servidores de los pobres; y en su impotencia moral y religiosa para consolar y levantar al pobre, calumnia á la caridad.

La visita de los pobres á domicilio: tal es, pues, la primera y principal buena obra de los discípulos de san Vicente de Paul, la más antigua, y por la cual empezaron y fueron bendecidos aquellos ocho modestos jóvenes á quienes pertenece la inmortal honra de haber dado al mundo las conferencias de San Vicente de Paul.

¡*La visita de los pobres á domicilio!* Cosa sencilla sin duda y nada nueva; sin embargo, debo hacer notar que aquí toma un carácter nuevo y extraordinario. Sin duda alguna ha habido con anterioridad á nuestro siglo y se encuentran siempre en el seno de la Iglesia católica, pastores, ministros del Dios de la caridad, que visitan á los pobres en sus mismas casas para asistirles y consolarles. Ha habido en todos tiempos, desde Jesucristo mujeres cristianas que, no solamente han dado á los pobres su oro, así que también su corazón buscándoles hasta en sus más miserables viviendas, contemplando de cerca sus miserias, pensando en sus penas y conociendo el secreto de sus dolores y lágrimas. Todo esto se ha visto siempre en el cristianismo y sobre todo después del admirable siglo de San Vicente de Paul, que ha dado un nuevo y poderoso impulso á la caridad.

Pero lo que todavía no se había visto y que es realmente una novedad, reservada por la Providencia á nuestro tiempo y á sus profundas miserias religiosas y sociales, es ver, no solo á las mujeres, si que también á los hombres y gran número de éstos, jóvenes de mundo, del gran mundo, del mundo más rico y elegante, visitar á los pobres, no solo enviándoles limosnas, sino yendo personalmente á socorrerles y fortalecerles. Los más dignos representantes del comercio, de

la industria, de la banca, del foro, de la magistratura, de la milicia, de la marina, de la gran propiedad territorial: hé aquí á los hombres que reunidos y confundidos por la caridad con artesanos, dependientes, mayordomos y obreros, se juntan, entienden, y ponen de acuerdo para ir á visitar á los pobres en sus moradas y lechos de dolor, asistirles, consolarles, llevarles pan, abrirles sus bolsas, y sobretodo demostrarles que existen almas que los aman y se les consagran. La filantropía á lo sumo podrá remedar las obras materiales de la caridad con pomposas rifas y bazares; más preocuparse de los pobres como si fueran de su familia; para ello no tiene entrañas, porque en el pobre no vé ni ama á Jesucristo.

Esta es la primera vez que Dios ha inspirado esto en la Iglesia y que el genio de la caridad se ha manifestado de esta manera. Sí lo confieso: hay delante de nuestros ojos una señal que la santa Escritura llama *signum in bonum* (1), una señal de honor para nuestro tiempo, una señal de paz y de seguridad para el presente, y también, tengo el convencimiento íntimo, una de nuestras mejores esperanzas para el porvenir.



(1) Salmo LXXXV, v. 17.

Las obras del siglo XIX

Por más que la sociedad de San Vicente de Paul sea tan admirable y tan dilatada, dista mucho de constituir por sí sola el movimiento de la caridad católica contemporánea.

Así es que tanto al lado como delante de estos voluntarios de la caridad hay otros; y por esto pregunto confiadamente á los hombres serios, libres de rancias preocupaciones y que juzgan las cosas por sí mismas y á los hombres por sus obras: ¿quién puede negar que sea un bien para el pueblo y para los desgraciados, en nuestros tristes tiempos, llenos de pruebas, el grande ejército de la caridad, esa multitud de obreros y obreras que la caridad ha creado con su aliento y que emplea cada día para su trabajo; todas las Ordenes consagradas al servicio del enfermo, del ignorante ó del pobre, y cuyos nombres sentiria no repetir aquí, si felizmente todo el mundo no las conociera, viera y hasta tocara sus obras con sus propias manos?

Jamás, puede asegurarse, jamás tantos hombres y mujeres se habian consagrado por voto al ministerio de la caridad.

Más de 28,000 hombres y 100,000 mujeres, por voluntaria vocacion se dedican á servicios peligrosos ó repugnantes, ó por lo menos ingratos de cumplir. Misioneros entre salvajes y bárbaros, cuidados á enfermos, idiotas ó alienados, recogida y asistencia de ancianos pobres ó niños desvalidos, innumerables obras de caridad y de instruccion en asilos,

hospicios, prisiones, etc., y todos estos servicios prestados por amor de Dios, sin premio en este mundo, aspirando á hacerse gratos á Dios para la otra vida, hé aquí lo que son y hacen las Ordenes y Congregaciones religiosas. ¿Bajo que bandera ó creencias se encuentran análogas instituciones?

Se ha dicho todo acerca del celo de esas mujeres, que gracias á la caridad católica, tienen fortaleza suficiente para abandonar los mas gratos placeres de la familia y entregarse al cuidado de lo que hay mas repugnante entre las miserias humanas. Voltaire mismo dice: «Tal vez nada haya más grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza, de la juventud, y con frecuencia de su posición, para aliviar en los hospitales y hospicios las miserias humanas, cuya sola contemplacion basta para humillar nuestra delicadeza.»

Ahora bien, multiplicadas más de lo que podia preverse, esas santas instituciones son más florecientes hoy que lo fueran en otro tiempo ¡Cosa admirable y cuya grandeza no se examina bastante! Jamas en ninguna parte, ni en las épocas mas florecientes de la religion, ni en los pueblos más cristianos, ni en el siglo XVII, ni en la edad media, ni en los siglos apostólicos, se ha visto lo que contemplamos hoy: una fecundidad inaudita de la caridad para alentar á las vírgenes del Señor.

Las sirvientes de los enfermos, niños y pobres, nacen en tropel por doquiera, bajo los nombres más interesantes, y esto acontece ¡el dia siguiente de una proscripcion universal! La caridad mas fuerte que todo, levanta á millares de las entrañas del pueblo, mujeres esforzadas que se consagran á sanar las úlceras de la sociedad y á aliviar sus más profundas miserias.

En este momento ¿no cuenta en su seno la sociedad cientos de millares de religiosas que educan á las hijas del pueblo, cuidan á sus enfermos, socorren á sus indigentes, recogen á sus

ancianos y hacen sentir á todas horas del día el corazon y la ternura de la Iglesia á sus hijos más desgraciados? (1).

Pues bien, cuando esto sucede en la sociedad cristiana, en la Iglesia, no puede creerse que la vida se haya retirado de su corazon, ó que Dios no tenga algun gran designio de misericordia sobre su mision en nuestros tiempos calamitosos.

El pueblo que por instinto comprende todas las cosas grandes, ha comprendido tambien esta. Frecuentemente rinde culto al verdadero desinterés, á la verdadera virtud; y si un dia, no lejano, este pueblo de repente se libra del fanatismo de la incredulidad y de las pomposas promesas del liberalismo masónico, la victoria de la caridad será espléndida en el mundo y la sociedad se salvará por las benéficas y misericordiosas influencias de la caridad cristiana.

Sin embargo, es necesario decirlo, la caridad contemporánea no se agota con esto. A la referida legion de servidoras de los pobres, la caridad ha añadido otra, sino más bella tal vez más admirable. Ha ido á buscar á la dama de alta sociedad en sus salones y le ha dicho: «Para ser cristiana no basta orar; comulgar, y evitar el mal; es necesario hacer bien. Es indispensable amar á los pobres, trabajar para los pobres; visitarles, velarles y socorrerles. . . . Y esto que la caridad católica ha pedido, lo ha alcanzado, y casi no existe poblacion alguna que no tenga su conferencia de señoras ó su Junta de *damas de pobres*: ¡nombre admirable! Y ninguna de las bellas obras que vamos pronto á

(1) Y sin embargo, en medio de innumerables trabajos de la vida activa, la contemplativa no perece: las hijas de san Francisco de Sales, del Calvario, de Santa Teresa, y tantas otras, consagradas á la vida contemplativa, cada dia mas, y en estas retiradas y tranquilas soledades, en donde el Señor, las ha recogido bajo su manto, y desde donde se las oye desde lejos rezar y gemir por los pecadores, jamás la vida religiosa fué más pura, la mortificacion más austera, y más ferviente su intercesion.

enumerar existe que no tenga á su cabeza, como directora ó bienhechora para dar consejos, y más que consejos dinero, y más que consejos y dinero afecto, alguna dama de alta sociedad y con frecuencia de las más calificadas; casi ninguna de estas grandes obras ha dejado de ser creada á la vez por los hombres de mundo y por las mujeres cristianas: noble rivalidad y beneficencia que no habia visto en tal alto grado la Iglesia, y que prueba una vez más al mundo la inagotable fecundidad del espíritu cristiano.

Sería un bello y curioso estudio indagar todas las obras que la caridad ha inspirado y promovido en el mundo entero, en el siglo en que vivimos, que se desarrollan sin ruido, léjos de las miradas de los hombres, y sólo á presencia de Dios. Aunque no trato de detallar aquí todas estas obras, lo que más deseo hacer notar, porque me admira de una manera extraordinaria, es la maravillosa filiación y fecundo encadenamiento de estas obras, la manera cómo se han llamado unas á otras, cómo se han creado, y cómo sus primeros pasos en la senda de la caridad, por un irresistible movimiento, han tenido tal enlace, cuyo resultado no ha podido menos de envolver todas las indigencias y todas las miserias contemporáneas.

Así, los que mejor han comprendido que el signo del cristianismo en este tiempo debia ser el signo de la caridad, y que más gloria han llevado á la bandera bendita, ha empezado, como hemos dicho, por la *visita de los pobres á domicilio*. Ved, pues, como esa visita á los pobres en sus moradas (de la cual el apóstol Santiago decia hace diez y nueve siglos que es una de las más puras y más santas obras de la religion verdadera: *haec est religio munda visitare pupillos et viduas*), esta visita, tan practicada en la edad media y en el siglo XVII, y que formaba la felicidad de san Luis, de santa Isabel de Hungría, y de santa Juana Francisca de

Chantal, y que ha reaparecido en nuestro siglo de una manera tan brillante, ha sido el principio, el manantial fecundo y la ocasion natural de las demás obras!

Es evidente que visitando á los pobres, viéndoles de cerca, escuchando sus confidencias y gemidos, se aprende á conocer el fondo y la extremidad de sus males, se adquiere lo que nuestros libros santos llaman, haciendo de ella una beatitud, la ciencia del indigente y del pobre: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem!* Y asediada en todos los sentidos á la vista de tantas miserias, la caridad se vuelve ingeniosa, inventiva, pródiga para proporcionar y adaptar los recursos á las necesidades, y los consuelos á los dolores.

En efecto, visitando los indigentes á domicilio la caridad poco tardó en ver con sus propios ojos la pena extremada que pasaban algunas personas para comer, hasta lo poco necesario para no perecer de hambre; ha visto el excesivo precio de los alimentos más necesarios á la vida que los pobres se ven precisados á proporcionarse diariamente, y esto en cantidades muy reducidas, comprándolas á revendedores de segunda y tercera mano; la dificultad de cocer estos alimentos, el gasto de leña, el carbon, la falta de tiempo... Ha visto todo esto, lo ha tocado en algun modo con las manos, y se ha dicho: ¿No sería posible que compráramos nosotros al por mayor y con los beneficios propios de una gran compra los alimentos de primera necesidad? Los haremos cocer y preparar en gran cantidad en locales á propósito, y despues los distribuiremos á esta pobre gente. De tan caritativo pensamiento nació la obra excelente y hoy dia tan multiplicada de las *Cocinas económicas*, en las cuales con poco gasto se alimentan multitud de pobres.

Tambien en esas visitas á domicilio es donde

los hombres de la caridad han visto delante de ellos, sobre la paja ó al rededor de los hogares apagados, cientos y millares de infelices, mujeres, niños, ancianos medio vestidos, apenas vestidos de harapos súcios y rotos, que no bastaban para cubrirles ni proteger sus helados miembros contra el rigor de las estaciones: á este espectáculo su corazón se ha entristecido y han dicho: No basta alimentar á nuestros pobres, es necesario vestirlos. De ahí nació la caritativa obra de la *Ropería de los pobres*, para la cual se compran en la fábrica y en piezas telas comunes, con las cuales se confeccionan vestidos para los pobres, y en la que se recogen vestidos, lencería y calzados viejos que se recomponen prestando todavía buenos servicios á estos desdichados.

Han presenciado además en estas visitas las angustias de tantas familias desdichadas al acercarse el día del vencimiento del inquilinato. Por mínimo que sea el alquiler de los *conventillos*, sótanos y bajos reducidos, ¡cuánta dificultad tienen esos infelices para pagar á la vez tres ó seis pesos! Y sin embargo, son indispensables, es necesario pagar ó ser despedidos. La dificultad proviene sin duda de su miseria; mas algunas veces procede también de la poca prevision de los pobres que no se acuerdan en los buenos días de los otros más aciagos. Por eso dijéronse los hombres de la caridad: Tratemos de hacer más previsores á nuestros pobres; ofrezcámosles una caja, un sitio de depósito, donde puedan llevar sus cortos ahorros, por mínimos que sean, y reunan poco á poco lo suficiente para pagar al vencimiento el alquiler de sus habitaciones; obliguémosles á estas economías dándoles un crecido interés que ayudará su miseria y excitará su buena voluntad y sus esfuerzos. Así se ayudarán, les ayudaremos nosotros también, y por este medio conseguiremos lo que era imposible. De este pensamiento nació la obra

ingeniosa y fecunda de la *Caja de economías para el inquilinato de los pobres*.

II

¿Qué más? ¿No basta lo dicho? Los pobres son alimentados, vestidos y albergados. ¿Qué les falta aun?

Sí, esto bastaría talvez á la beneficencia comun, á la filantropía sin Dios; pero no á la caridad.

Visitando á los pobres la caridad no ha visto solo sus necesidades materiales, sino algo peor aun para quien conozca la dignidad humana y el precio de las almas: ha visto la profunda miseria espiritual de estas pobres familias, miseria que corrompe y degrada lo que tiene el hombre más noble y más grande, la parte inmortal de su sér, en la cual resplandece la imágen de Dios. Descubrió en casa de gran número de pobres una increíble ignorancia, verdaderamente espantosa, de cuanto más importa al hombre saber: ninguna nocion de Dios, de ellos mismos, de su alma y de sus eternos destinos, de la religion y de la ley moral del deber: conoció que esta ignorancia era una de las más repugnantes plagas de la parte miserable é infima de los habitantes de las grandes poblaciones; encontró el origen indirecto, aunque evidente, de casi todos los vicios de aquellos desdichados, por la carencia de remedios que solo la instruccion religiosa y moral puede llevar á las inclinaciones corrompidas de nuestra frágil naturaleza. Para remediar parte de estos males, sino todos, ha imaginado la caridad obras de toda clase: las *bibliotecas populares*, la *distribucion de libritos*, los *almanaques de san Vicente de Paul*, etc., son otros tantos medios, especie de vehículos, para llevar á la morada del pobre alguna migaja de la palabra de Dios, que es el pan del alma, tan necesario al hombre como el pan del cuerpo.

Y ¿quién lo había de decir? A esto cabalmente llama la filantropía masónica *propaganda sectaria por el hambre*. ¡Perdónalos, Señor! porque en vez del *genio de la caridad*, se inspiran en el *genio de la incredulidad* é indiferencia religiosa!

Pero continuemos. ¡Cuántas veces los hombres á quienes nos referimos, al visitar sus familias, han conocido en casa de varios la ausencia de la familia verdadera, un hombre y una mujer en lugar de dos esposos, y varios hijos expuestos al abandono y al escándalo! Este desorden inspiró á su caridad la *Obra* de san Francisco de Regis, eminentemente cristiana y social para la *rehabilitacion de las uniones ilicitas*, la cual ha regularizado y devuelto la honra y virtud á millares de pobres extraviados.

En esta visita de las familias es todavía donde han aprendido á amar á la infancia y recibido la santa inspiracion de todas las obras mas caritativas en favor de la juventud, de esa edad débil y tan digna del mas vivo interés. Vieron pobres niños, tan capaces de todo bien como de todo mal, teniendo delante un camino bueno ó malo, segun la senda que emprendieran. ¡Ah! ¿qué sucederá á estos jóvenes, preguntóse la caridad, mal educados, sin instruccion, sin fe, sin virtud, cuyo padre ausente todo el dia no puede vigilar su vida, y cuya madre demasiado pobre no puede preparar el porvenir? Y entónces la caridad fundó esas *escuelas gratuitas* para los pobres, que se encuentran ó no dirigidas por hermanos ó hermanas; pero donde *se enseña religion* porque se sabe que la enseñanza atea forma generaciones aptas para la degradacion y el servilismo.

La caridad ha ido aun más lejos. Ha instituido las *salas de lactancia* y los *asilos*, haciendo dos buenas obras á la vez: por una parte descargando á la madre de un peso que impedía su trabajo y por consiguiente aumentaba su pobreza, y

por otra preparando al niño un abrigo donde se amamantaría con la fé, la honradez y la virtud.

Pero todavía resta aun por hacer algo para el niño despues de su ingreso en la escuela; es necesario seguirle y saber lo que hace, si aprovecha, si estudia, si se porta bien. ¡Oh caridad! ¡Tú has dado á los discípulos de san Vicente de Paul, para hijos que no son suyos, sino sus hermanos en Jesucristo, un cariño y corazon del cual muchos padres y madres carecen! Se fundó con este objeto la *Obra del patronato de los estudiantes*, su nombre solo indica lo que es. Preparan de lejos á esos niños para la familia y la patria, para el trabajo y la virtud.

Despues de las *clases* viene para el hijo del pueblo el *aprendizaje*, segunda escuela, tan peligrosa en una edad débil, ligera, inexperta, rodeada de escándalos y seducciones, y cuando las pasiones empiezan á manifestar sus tempestades. Con pesar veian pervertirse y perder en el fondo de los talleres los niños á quienes se habian acostumbrado á amar, á ver de cerca, á darles pan para ellos y su familia, y más tarde á vigilar en las escuelas. Y ¿qué hacer? ¿qué remedio podrá atajar el mal que destruye el fruto de tantos cuidados? El *Patronato de los aprendices*: el nombre revela tambien la obra.

Al dejar la escuela y despues de la primera comunión, los niños se colocan de aprendices; se les buscan buenos talleres, y se estipula lo necesario para su salud y las reservas para que puedan cumplir los deberes religiosos. En fin, el domingo y demas dias de fiesta, para sustraerles de las tabernas y otros lugares malos, y para darles con la palabra de Dios el pan del alma, se les junta en determinados sitios bajo las alas de la religion y de la caridad, y se les enseñan sus deberes, se leen las notas de la semana y se les excita á la virtud con algunas recompensas y caritativos consejos; y para retenerles mejor se les procuran honestas distracciones.

No bastaría, sin embargo, reunir así á los aprendices como á los jóvenes todos los domingos: es insuficiente para la perseverancia de un niño que se demore de un domingo á otro esta reunion, y así para preservar á sus queridos niños y acabar al mismo tiempo de educarles é instruirles, la caridad católica ha concebido la feliz idea de reunirlos cada noche despues de cerrar los talleres, á fin de continuar sus lecciones de la escuela, lecciones de escritura, lectura, aritmética, catecismo etc., á las cuales las exigencias del trabajo les habia arrancado demasiado pronto. De ahí la *Obra de las escuelas nocturnas*, en las que no se sabe que admirar más, si el celo y cuidados de los que han concebido esta obra y la sorprendente asiduidad de los niños que tras las rudas fatigas del dia no vacilan en pasar cada noche una ó dos horas en los bancos de la escuela.

Tales son, pues, estas bellas *Obras de los aprendices* y de las *Escuelas nocturnas* que aseguran para la infancia los frutos de la educacion, prolongando esta educacion hasta la misma juventud; ellas preservan, apartan del vicio é inclinan á la virtud millares de niños de la clase obrera, y por ellas jóvenes de las clases mas elevadas se sustraen á los placeres del mundo, abandonan las dulzuras del hogar doméstico para pasar largas horas entre tantos centenares de niños del pueblo, de los cuales son profesores, instructores, presidentes de sus juegos y hasta casi sus servidores! ¡Hé ahí, lo repito, invenciones maravillosas de la caridad, espectáculos que el mundo nunca habia visto!

Esos caritativos protectores de la juventud han encontrado en dichas obras una satisfaccion inefable, puesto que gran número de sus jóvenes aprendices, conmovidos por los cuidados que se les habian prodigado cuando su aprendizaje, apreciando la importancia que para ellos tenían sus lecciones, buenos consejos y sencillos y honestos pasatiempos, han ro-

gado que se les permitiera continuar esta buena obra durante algunos años despues de ser ya oficiales: de este deseo espontáneo, fruto del reconocimiento y de los buenos hábitos adquiridos, nació la obra del *Patronato de los jóvenes obreros y de las obreras* feliz continuacion y complemento del *Patronato de los aprendices* de niñas y niños.

No es esto todo, y hé aquí tal vez la más bella de todas estas nuevas obras. Esta obra ha nacido tambien, como las demas, de la misma visita de las familias pobres.

Visitando á los pobres, los hombres de la caridad, las damas de caridad, han notado con dolor y espanto el gran número de desdichados que permanecian con frecuencia alejados de las santas reuniones cristianas, no asistian á la iglesia los domingos y dias de fiesta, permaneciendo así extraños á todo culto y práctica religiosa, viviendo sin religion, sin sacrificio ni altar, sin sacramentos, sin la palabra de Dios, y puede decirse, transcribiendo la triste y enérgica expresion de san Pablo: « Sin Dios y sin Jesucristo en este mundo. » Los unos alegaban por excusa la falta de vestidos decentes, los otros el trabajo obligado que les ocupa durante la mañana del domingo; pero la causa verdadera ¡ay! era la ignorancia y la indiferencia, el disgusto, el abandono de todo lo que les inclinara á la religion, siendo para algunos una especie de embrutecimiento moral que les hace insensibles para cuanto se refiere al alma. La filantropía no tiene entendimiento, ni entrañas para estas desgracias; pero la caridad ha visto esa extremada miseria espiritual y se ha estremecido de compasion: conociendo el mal ha buscado y encontrado un remedio. ¡A estos pobres, se ha dicho, que visitamos, pidámosle que nos devuelvan las visitas, juntándose á nuestro alrededor y con nosotros, cerca de Dios! Llamémosles, reunámosles; hagámosles rogar y ro-

guemos con ellos; hablémosles de sus almas, de la virtud, del cielo, y para alentarles á venir, proporcionémosles algo para su recreo; sí, busquemos el recreo para los pobres.

De este pensamiento nació la obra importante de la *Santa familia*. Cada domingo, de doce á una, ó bien por la noche, una multitud de familias pobres, padres, madres, y niños, se reúnen en un local determinado: el cura, si es por la mañana, celebra la misa y les dirige alguna exhortación religiosa. Luego rezan y cantan juntos: después se explica alguna historia ó lección edificante, y se termina con una pequeña lotería, y los favorecidos por la suerte reciben algunos objetos útiles, tales como libros, vestidos ó muebles de casa. Existen bibliotecas en esas reuniones de las cuales pueden todos tomar libros. Si hay algún enfermo se toma el nombre, y se le mandan médicos y medicinas. ¿Qué más? ¡Oh genio inventivo de la caridad, hasta existe la *Secretaría de los pobres!* Los hombres del mundo se vuelven escribientes benévolos de estas pobres gentes para escribir sus cartas y cuentas, y hay además *los Abogados de los pobres* para aconsejarles, asistirles y evitarles pleitos...

¿Qué más podré añadir? Una caridad tan activa, tan industriosa, tan infatigable, ¿podría abandonar á los enfermos? Nunca se había acordado tanto de ellos como en nuestros días; nunca había rodeado á los que sufren de tantos cuidados, de tanta delicadeza, de tanta afección religiosa. Y no solamente los enfermos, si que también los sordomudos, ciegos, ancianos, paralíticos, incurables, locos, jóvenes arrepentidas, mujeres abandonadas, viudas; todo ser que padece, todo el que llora, todo el que tiene necesidad de consuelos, ha encontrado en este siglo con una abundancia que pocas edades han conocido, manos para curar sus llagas, corazones para escuchar sus gemidos, generosidad para socorrer sus necesidades;

y todo este movimiento de caridad ha obligado á los mismos incrédulos é indiferentes á hacer alardes de filantropía.

Interminable tarea sería continuar hablando de las distintas obras esparcidas por el mundo, que por su nombre, objeto especial, tendencias y sobre todo por su alma y celo, la caridad inventiva y fecunda ha imaginado en nuestros días.

Y sin embargo, á las nombradas debería aún añadir la *Obra de los huérfanos*, la *Colocación de aprendices en casas honradas*, el *Patronato especial de los niños en las manufacturas*, la instrucción de los niños para la *primera comunión*, los *Obreros de la caridad*, los *Amigos de la infancia*; junto á las *Roperías* la fundación de *Prenderías* que prestan gratuitamente, con orden y método, á las familias pobres, sábanas, mantas y otras prendas semejantes: después la obra de *alojamientos*, la obra y donativos de *camas y dormitorios*, y también la de *Colocación* para los sirvientes pobres y obreros sin trabajo. Hay además la obra de *cajas de ahorros y economías*, la obra para facilitar el *casamiento á los pobres* procurándoles recursos y los documentos necesarios; las *visitas á los encarcelados y sentenciados á muerte*; en fin, último é interesante cuidado ante un abandono doloroso, pues como dice Isaías, del pobre muerto pocas personas conservan en su corazón la menor memoria, y casi nadie le presta los últimos deberes, ni acompaña á su última morada. ¡Pues bien! los discípulos de Jesucristo han querido estar allí y amar hasta en la muerte á los que amaron y socorrieron durante la vida, á cuyo fin crearon la obra de *Funerales para los pobres*.

Escándalo es quizás todo esto para la filantropía, pero ¿qué sabe ella de verdadera caridad para el alma y el cuerpo? Sin amor de Dios, carece del verdadero amor al prójimo.

¡Hé ahí algunas de las obras de la caridad católica

en el siglo XIX! Y ¡cuántas obras se verifican aislada y calladamente, conocidas sólo de Dios, que escapan á nuestra mirada!

¡No, nunca ha habido en el mundo una expansion, una explosion semejante de obras misericordiosas! La admiracion crece al representarse cuanto significa el cumplimiento de estas innumerables obras, el grado de caridad de los que á ellas se dedican, los actos de virtud que llevan á cabo en la sombra, los sacrificios, las luchas, las victorias, que consiguen sobre la naturaleza y sus inclinaciones, que la justicia de Dios premiará el dia de las grandes manifestaciones y de las grandes recompensas.

Sin duda esas obras no han sido creadas á la vez por todas partes y en todas las regiones: la diversidad de necesidades ha determinado el número y la clase.

Por esto he expuesto las principales para que se estudie las que pueden tener aplicacion entre nosotros; y sobre todo quisiera ver las conferencias de san Vicente de Paul multiplicarse en todas las ciudades, villas y pueblos de nuestra diócesis.

Hé ahí por qué exhorto sobretodo á las obras de caridad que existen á perseverar con más constancia y confianza que nunca, y á arraigarse con más fuerza aun en las parroquias, sin temer las tempestades.

Sí, redoblemos los esfuerzos y los cuidados, unámonos con toda nuestra alma á la santa y poderosa caridad; no permitamos que se apague en nuestros corazones esta llama, ni que se interrumpa ni mengüe en nuestras manos esta abundancia de obras de caridad, que atestiguan la fecundidad eterna de la Iglesia, y la coronan en nuestros dias, á los ojos de todos, de pura é imperecedera gloria.

¡Así, segun el espíritu mismo de la caridad y consejo del Evangelio, con la abundancia del bien triunfarémos de la abundancia del mal; así calma-

rémolos los corazones irritados y atraerémos con fuerza y dulzura hácia Jesucristo, Nuestro Señor, á los hombres de este siglo, que llama á sí y que todavia no le han contestado, aunque quiere salvarlos, junto con la sociedad que solo en Jesucristo encontrará su salvacion y su felicidad, aun temporal.

Y es digno de recordar aqui el aforismo histórico de Montesquieu: ¡Cosa admirable! La religion católica que no parece tener mas objeto que la felicidad de ultratumba, forma tambien la de la vida presente.»

¡ Los Miserables !

Solo me detengo porque es necesario concluir, y sin embargo no he hablado todavía de la caridad más extraordinaria de todas, quiero decir, de la caridad con quienes no parecen dignos de ella: los culpables, las mujeres de mala vida, los incorregibles, los infames, ¡ los miserables !

Caridad verdaderamente sobrenatural, puesto que repugna á la naturaleza; ella recoge lo que la sociedad desprecia; ama lo que la sociedad aborrece; se consagra á aquello de que la sociedad desconfía, se libra y desembaraza. Inocente, sube al cadalso donde tiembla el reo, y le consuela; vírgen, acude al hospital donde la úlcera corroe á la hija de perdicion y se consagra á su servicio. En una palabra, es el amor para los que nada grato tienen; amor dos veces más difícil, porque no debe ceder á las más legítimas repugnancias de la naturaleza, ni perjudicar á las exigencias de la justicia; amor el más semejante al de Jesucristo, puesto que es así precisamente como Él nos amó; y sin este grado de cariño, sin esta especie, sin este exceso de amor, el mundo no hubiera sido salvado. Y claro está que no se trata solamente aquí de esas vulgares prácticas de la beneficencia que hacen palpar el corazón y derramar dulces lágrimas, sino de los grandes sacrificios de la caridad sobrenatural que descien- de del cielo hasta el abismo, para arrancar de él

al malvado. ¡ Así es como Dios ha amado al mundo ! *Sic Deus dilexit mundum !*

Hay quien dice que al mandar Jesucristo que amáramos á los enemigos, pidió demasiado á la humana naturaleza; sin embargo, hay todavía un amor más grande que el amor de los que con razon ó sin ella llamamos nuestros enemigos, y que Jesucristo ha sabido inspirar; es el amor á los seres envilecidos, y algunas veces á las más repugnantes victimas del vicio. En el amor á los enemigos hay para los corazones bien nacidos un sentimiento noble que no carece de dulzura y que la misma generosidad sostiene; más acercarse con amor á los seres que el vicio ha marchitado, consagrarse á ellos, sobreponerse á esa repugnancia una mujer consagrada á la pureza, es un incomparable heroísmo que solo la caridad de Jesucristo puede inspirar; pero jamás la filantropía.

Un poderoso talento descarriado que como muchos dispó en locas prodigalidades los dones más ricos y más maravillosos del cielo, ha arrojado al mundo un libro titulado: *Los Miserables*, y la obra es tambien miserable, porque el autor no tiene caridad.

¿ Qué nos enseñan, pues, *Los Miserables* de Victor Hugo? Veamos si pueden producir algun bien.

Desde luego la obra corresponde medianamente á su titulo; nos dice de los miserables lo que más valdría callar, y omite lo que pudiera ser de utilidad general. La obra encierra una novela, un folleto, y una tésis.

La novela parece la parte débil, porque solo son detalles á los que la pasion para esta clase de literatura puede no ser del todo insensible; pero que es preciso buscarlos como el buzo cuando pesca perlas en el fondo de un rugiente abismo de olas sin nombre. Sin embargo, no puedo ocultar que, hasta en una novela, más bien que una falta literaria, es una dolorosa tergiversacion moral cuando el bien, el

mal, el vicio, la virtud, la inocencia, el heroísmo, el honor, el martirio, están como aquí siempre en falso. Lo diré con sencillez: ¡desgraciado del pueblo que se complazca en tales lecturas!

En cuanto al folleto, es odioso, insulta á la sociedad, ensalza los motines socialistas de la plebe: las leyes, la justicia, la autoridad, la libertad, los derechos, los deberes de la nación, del poder público, del pueblo, todo es olvidado, confundido, ultrajado, hollado.

En cuanto á la tésis, es otra cosa; héla aquí: en nuestras orgullosas sociedades existen aun negros abismos de desesperacion, miseria, vicio, ignominia, injusticia, y es necesario hacer penetrar en esos abismos torrentes de luz. Pues bien, esta tésis, al través de las inverosimilitudes, incoherencias, imposibilidades, inmoralidades del folleto y de la novela, sin titubear merece ser examinada. Quien se vale de tal tésis para excitar los ódios es culpable; pero aquel que en presencia de ella cerrara los ojos para satisfacer su molicie y adormecer su conciencia, también sería culpable.

El sedicioso murmura al oído del pobre: «¡Levántate y véngate!» ¡allá existen ricos!» El cristiano, por el contrario, le dice al oído al rico: «¡Levántate y sacrificate, allá existen pobres!» Y luego, dirigiéndose á ambos, les dice muy récio: «Hay un Dios que os mira.»

Y ¿cómo, y por qué el cristiano querria olvidar que existen miserables? Sí, hay hombres que robaron porque carecían de educacion, religion y pan; que han estado en presidio porque robaron, que perdieron la honra en el presidio y luego fueron despiadadamente rechazados por la sociedad. Si; existen mujeres á quienes la miseria hizo caer, y el infame vicio hundió en el mal; existen pobres y desvalidas criaturitas, más desdichadas que los esclavos, entre manchadas, frias y brutales manos. Sí, hay séres crapulosos que producen crapulo-

sas razas, hablando un lenguaje corrompido como su cuerpo y su alma, y enseñándolo á sus retoños. Sí, existen libertinos de taberna, á veces hijos de honrada madre, que se desangra para mantener sin saberlo su vida vergonzosa; hombres del crimen y del placer, capaces de manchar un alma por una apuesta y de perderla por una broma. Sí, existen en la sociedad cuadrillas de malhechores, como existen cuadrillas de serpientes en los pantanos. Sí, las grandes ciudades son el receptáculo de estas abominaciones que los pueblos pequeños ya no ignoran. Sí, la lengua ha tenido que inventar una palabra para designar esos séres en quienes se encuentran el infortunio y la infamia: estos no son ya desgraciados, son *Miserables*, palabra dolorosa que se compone de dos términos, uno que los denuncia á la policia, otro que aun forma la reserva de la piedad, palabra mitad judiciaria y mitad cristiana.

Pues bien, exclama el autor de los *Miserables*: ¡Es indispensable inundar esas tinieblas con torrentes de luz!

Tanto como los estadistas lo quiere la Iglesia. Pero permitid que os lo pregunte, ¿dónde está vuestra luz y quién será el iluminador?

¿Serán vuestros amigos los filántropos? No, porque poetizais la miseria, dramatizais elegantemente el vicio; pero esto no es suficiente ni alumbra nada. El vicio y la miseria no son como los narrais. La miseria real á menudo es obtusa, chavacana, ingrata, grosera. El vicio real está desnudo, es repugnante, cobarde, violento, repelente. Ahí no existen poesia, ni novela, sino aterradoras escenas. ¿Quién, pues, se acercará á ellos con amor? ¿Qué celo intentará penetrar en esa noche sombría? ¡Ah! lo sabeis tan bien como nosotros, el filántropo no ama al miserable; lo sabeis y venis á hablarlos de abrazar á los malvados! Sí, pero ¿quién los abrazará? Los mejores entre los buenos se

cansan de los malvados. Si se hace lo que pedís, será por un día solamente: un buen impulso no es un largo impulso. Algo más que monótono es educar á los pobres niños, corregir á los bribones, consolar á los calenturientos, y curar á los sarnosos. ¿Quién, pues, se dedicará á ello, y por un salario? La filantropía!...

Busco alguien que me explique tanto mal, endulce tanta pena, ejecute tanto bien, resuelva tantos problemas, consuele tantos desgraciados, y les impida degenerar en miserables: le busco, y le conozco. No existe más que uno. Este es Dios, es Jesucristo. No hay otro; pero la filantropía no lo quiere como motivo ni como modelo del amor al prójimo.

¿Qué falta á ese pobre para no hurtar? Jesucristo en el fondo de su alma. ¿Qué falta á ese libertino para no abusar de su fuerza? Jesucristo en el fondo de su conciencia. ¿Qué falta á esa mujer para no caer? Jesucristo en el fondo de su corazón. ¿Qué falta á ese niño para no sufrir tanto? Jesucristo que diga al corazón de su padre: Tened piedad de esos pobres niños. ¿Cómo se arrepentirá ese presidiario? Por Jesucristo. ¿Quién le perdonará? Jesús. ¿Quién levantará á esa mujer? Jesús. ¿Quién sostiene esa Hermana de caridad cerca de un moribundo? Jesús. En una palabra: ¿qué falta á ese juez para no excederse, á ese agente para no ser implacable, á ese anciano abuelo para no ser ridículo, á ese desgraciado para no arrojarse al agua? Jesús, Jesús que es el Cristo, y solo él ¿Quién explica la vida, el castigo, el mal? Jesucristo. ¿Quién explica la muerte, la recompensa, la postrera justicia? ¿Para qué consagrarse á los miserables si no es por amor de Jesucristo, con él y en él? Y ¿qué salario sustituirá á ese amor? ¡Ah! bien podeis vosotros henchiros de felicidad y de no sé qué celebridad sin él, pero os reto á que salgais del mal sin él... ¡Oh! filántropos, lo que llamais luz, es Él. Y esta luz la imploro de corazón

para la sociedad. Sí, solo Jesucristo nos hace perdonar y amar á esos miserables.

Pero ¿sabeis cual es el grave cargo que hacemos á la sociedad? ¡Ah! es horrible. ¿Qué no puede perdonarse á espíritus ilustrados que hayan naufragado en las tempestades de su siglo, apostatando de la religion en que fueron amamantados!

¡Oh Jesús! Vos solo podeis explicarnos y facilitarnos el sacrificio: revelarnos lo imposible, consolarlo todo, iluminarlo todo, y repararlo y embalsamarlo todo. Con vos todo se comprende, resuelve, junta, ilumina y acaba.

Lo que los hombres llaman suplemento de luz es vuestra revelacion, y el suplemento de fuerza que invocan es vuestra gracia. Vos habeis sido enviado por Dios para trasformar la tierra; vos sois nuestro Salvador. Vos sois todo esto, y el mundo debe adoraros ó perecer.

¡No, nunca se comprenderá la cruz de nuestra vida sin la cruz de vuestra muerte! Sin vos en ninguna parte existe mas que castigo y corrupcion.

La humanidad os necesita. No existe redencion y perfeccion sino en vos.

Ante ese mundo de la corrupcion, ¡adoremos al Dios que es caridad!

¡Solamente la caridad puede salvar á los *Miserables!*

Controversia sobre la caridad

Es necesario completar esta exposicion sobre la doctrina é historia de la caridad con la solucion de algunas objeciones.

La economía política, ya se la llame ciencia, ya estudio, no está reñida con la religion, y aplaudido esta armonía que puede efectuarse tan fácilmente, (1) como en todas las demás ciencias.

Es de advertir, sin embargo, que la *filantropía clásica* es enemiga de la limosna material por razones de economía política; pero los argumentos contra la limosna y la caridad nunca me han persuadido; y hasta diré que jamás me han hecho mella, pues todos esos argumentos se reducen á errores ó, lo digo con sentimiento, á *malignidades*.

Confesaré que lo mismo en esta cuestion que en tantas otras, si es una de las aflicciones, es tambien una de las esperanzas, ver contra nosotros hombres que por el fondo de las cosas y de las intenciones están con nosotros, y cesarán de creerse nuestros adversarios cuando vean que sería fácil entendernos.

Y en efecto: ¿ qué sucede en esta cuestion de la caridad?

O bien se pone en cuestion lo que no lo es, se ataca lo que no defendemos, ó se nos imputan opi-

(1) Léanse sobretodo el escrito de Lavergne, el discurso de Montalembert sobre los premios á la virtud, y los trabajos de Reybaud, de Melun, Gatray, Leplay, Périn, Cochin, y Rondelet.

niones que nunca hemos profesado. Es muy difícil comprender la táctica anti-cristiana de la filantropía. Unas veces ataca á la caridad parodiándola, cuando hay conveniencia en remedarla, como entre nosotros; y otras desacreditándola científicamente en nombre de la economía política cuando así conviene por otros fines.

Quisiera restablecer las posiciones y la verdad sobre todo esto, diciendo algunas sencillas y francas palabras.

Empiezo por los errores del liberalismo filantrópico.

Algunos filántropos nos vituperan por hacer de la caridad la herencia del cristianismo, incurriendo en la exageracion de no admitir que el mundo pagano haya conocido y practicado la humanidad. Léense, en verdad, en los libros antiguos algunas bellas frases de Eurípides, Terencio, Ciceron y Séneca, y algunas de Confucio; pero ¿ qué valor tienen esas palabras aisladas, esas raras y felizmente inevitables protestas de la conciencia humana contra el testimonio abrumador de las costumbres, contra el mentís universal de los hechos?

Yo pregunto si en el mundo de Ciceron como en el de Confucio no prevalecían las máximas duras y bárbaras; si la humanidad no era una excepcion, mientras que en el mundo de Jesucristo la caridad es la regla, y la regla practicada. ¿ Se me concederá esto? No digo más ni menos.

Los filántropos economistas hacen cargos contra la limosna cristiana, y dicen en primer lugar que *la limosna fomenta la imprevision*. Ciertamente que sí, cuando la limosna no es previsora, es decir, cuando es excesiva ó está asegurada como un derecho; y observad aquí que este cargo se dirige, no á nosotros, no á la caridad libre y privada, sino á la contribucion oficial en favor de los pobres. Con ella es por lo tanto, y no con nosotros, con quien debe querrellarse la economía social.

Los economistas de la filantropía científica añaden que *la limosna humilla*; y á esto contestaré: sí, humilla cuando es humillante, es decir, cuando se da sin delicadeza ó se reclama sin necesidad; pero honra, une y conmueve cuando es, como lo prescribe la religion, el don secreto y puro de hermano á hermano.

Entendámonos. Pláceme ver acrecentarse el número de hombres que se sentirían *humillados* por *la limosna*, que se niegan á ir al hospital, que no quieren socorro cuando absolutamente no lo necesitan, y que llenos de valor hacen cuanto pueden para pasarse sin aquel. Esto es un progreso de virtud, dignidad y bienestar, y aplaudo al que dice: «me avergüenza mendigar». Sí, es humillante recibir cuando uno puede bastarse á sí mismo, ser vagabundo ó perezoso en vez de un buen obrero. Pero ¿qué quiere decir esto? Esto quiere decir simplemente que la pereza humilla: he aquí todo; pero de ninguna manera que la caridad humilla, cuando se necesita real y verdaderamente (es la segunda condicion), cuando se hace de buena voluntad y con discernimiento, como lo enseña el cristianismo.

Con frecuencia se tiene de la limosna una idea mezquina y grosera. Para muchos una limosna es una moneda arrojada por una mano distraida en un viejo sombrero. Aun esto no carece siempre de mérito.

No obstante, si nos limitamos al don material, ¡qué lejos estaremos de la gran etimología de la palabra y del gran precepto del Maestro. ¡La justicia, la misericordia, la fé! La *misericordia*, es decir, el corazón, las entrañas conmovidas y compasivas, hé aquí lo que nos está prescrito, lo que constituye el fondo de la limosna, lo más grave de la ley cristiana. Tal es la clasificación y el sentido que damos á la limosna.

Y hablando de buena fé, si son graves los cargos que nos hacen, ¿no se desvanecerán por sí

mismos ante las máximas evangélicas, ante la interpretación verdadera de la ley de la caridad que dejamos expuesta?

Que cada uno debe tratar de bastarse á sí mismo, y que *el trabajo vale más que el socorro*, ¿quién lo duda? Pero ¿en qué se opone esto al cristianismo? ¿No es acaso la religion la que ha divulgado estas severas máximas, honrado el trabajo, restablecido el aprecio de sí mismo y combatido la pereza? Lejos de enseñarnos estas cosas, las aprenden de nosotros.

La religion ha hecho tres cosas admirables: ha enseñado la ley universal del trabajo, ha honrado el trabajo y hecho libre el trabajo. Antes de ella el trabajo, era esclavo. El modelo divino que presenta á los hombres de trabajo es *Jesucristo en el taller de Nazaret*. El grande Apóstol fué quien dijo con su rudo y profundo lenguaje: *El que no trabaje, no coma*.

Una de las ideas que más acarician los economistas en la época actual es la de sustituir con el trabajo la limosna. Si pueden conseguirlo, seguramente que el cristianismo no se opone á ello, y hasta les ayudará con todas sus fuerzas; pero hay por de pronto circunstancias de fuerza mayor en que le falta trabajo al obrero.

Además: ¡cuántas situaciones individuales habrá en que el trabajo sea imposible ó insuficiente!

Un obrero cae enfermo, y su enfermedad se hace crónica.

Otro obrero envejece: se dirá entonces que debió economizar cuando ganaba para poner en la caja de ahorros en vez de gastar en la taberna. Convenido; pero porque no lo hizo, ¿se le habrá de condenar á morir de hambre por semejante falta? Acaso Dracon lo hubiera hecho: pero la Iglesia jamás lo hará.

Supongamos un obrero cargado de familia: hay algunos que con su trabajo, y un jornal de diez

ó veinte reales diarios, mantiene á ocho ó nueve personas. ¿Pueden estos ahorrar? Es evidente que no.

Hay un hecho que debe sorprender á los hombres pensadores, y es que cuanto más se quiere suprimir la caridad tanto más imperiosamente se revela su necesidad. Se ha pretendido probar que Dios no interviene en las cosas de la tierra; pero El nos prueba que sí, destruyendo precisamente las ideas ó inventos de que estamos más ufanos.

Así, pues, nunca las teorías economistas estuvieron más seguras de llegar á la riqueza universal; jamás fueron tan numerosas las instituciones de prevision; nunca los gobiernos se han afanado tanto por multiplicar las obras públicas para los trabajadores, y héte aquí que todo esto no basta. Estalla por ejemplo una guerra civil, y de pronto las poblaciones fabriles se encuentran sumidas en la más espantosa miseria hasta tener que alimentarse de caldo de yerbas; ó la peste se apodera de las naciones por un rápido contagio, etc., etc.

Ante estas terribles calamidades, que echan por tierra todos los cálculos, ¿cómo no olvidar por un momento los sistemas para recordar aquella gran palabra: «Si Dios no trabaja con nosotros para levantar el edificio, es inútil que edifiquemos.»⁽¹⁾

Admirable verdaderamente era la confianza de los filántropos utopistas que decían: «La limosna es inútil, ó al ménos lo será en breve. Nosotros combinaremos tan bien las cosas, que cada uno encontrará para vivir. Para los casos necesarios en que falte el trabajo, tendremos las instituciones de prevision, las sociedades de socorros mútuos, las cajas de ahorros, etc., y entonces cada cual se bastará sin necesitar de nadie.»

Pero al anuncio de tan grata esperanza, aunque utó-

(1) Sal. CXXXVI, v. 1.

pica contestó que no es de desear semejante felicidad. Un estado de cosas en que ninguno necesitara de otro, en que todos los servicios se pagaran, en que la compasión, el socorro, la bondad gratuita, la asistencia desinteresada, el reconocimiento, y en fin, todos los sentimientos caritativos, generosos y elevados, fueran expulsados como inútiles del corazón humano, sería, lo repito, la más triste felicidad imaginable.

Protesto, eso sí, contra la lúgubre teoría de la miseria necesaria; digo que no está en el Evangelio, y las palabras que se citan nunca tuvieron el sentido ridículo que se les atribuye. No quiero que haya más pobres para excitar la virtud de los ricos, ni que haya llagas para ejercitar las manos de los médicos. No, la miseria no es de institución divina: la miseria ¡ay! es de imperfección humana, y la institución divina es la caridad.

Pero si compadezco á los que se entristecen ante el espectáculo de la miseria; compadezco también á los que no se sienten conmovidos ante el espectáculo de la caridad. Quisiera poder reproducir aquí íntegro el hermoso discurso de Gladstone, que habló de los sufrimientos del Lancashire delante de los obreros, en el *meeting* de Chester:

«Nada ennoblece más al hombre, dice, que sobrellevar la desgracia con valor y resignación; esto sucede de tarde en tarde, y entre cada mil personas se cita una que sufra con paciencia sus trabajos... ¡Pues bien! acabo de presenciar una prueba sobrellevada valerosamente por millares de hombres, mujeres, ancianos y niños... Y esto sin murmurar contra la voluntad de Dios, sin quejarse de los hombres, sin hacer odiosas comparaciones entre su suerte y la de sus amos, sin atacar al gobierno y las leyes. ¡Ah! tal espectáculo se ha dado para mejorarnos si lo sabemos comprender, y volvernos peores si nos mostramos á él indiferentes... Y ahora, amigos míos, ¡con-

templemos cuánta caridad cristiana, cuánto amor verdaderamente fraternal ha excitado y puesto de golpe en acción esa visita de la miseria! En toda caridad verdadera hay algo mejor que el donativo.

«¡Cuántas conciencias aletargadas se han despertado para comprender la felicidad de auxiliar á los demas! ¡Cuántos corazones endurecidos se han ablandado ante ese terrible incendio de aflicciones!... ¡De Australia, Rusia, América y Francia hemos recibido limonas!

«La tierra no puede separar corazones unidos entre sí, y entre las naciones no existe tanta aversión y animosidad como pudiéramos imaginarnos...»

Seguramente compadezco con Gladstone á quienes no se conmueven ante esos espectáculos en que la caridad cristiana se practica tan generosamente desde un extremo del mundo al otro, y que se complacen en soñar con un estado social en que ninguno necesitará la ayuda de otra persona.

No deseo por mi parte semejante estado social, y lo que es más, no lo espero, pues puede decirse que esta dicha es felizmente imposible. Y no hay que murmurar aquí de los economistas, ni de los legisladores, ni de los progresos materiales, que se verifican por la fuerza de las cosas, ó más bien, por la bondad de la Providencia; la vida por el trabajo ha llegado á ser fácil; lo creamos así y nos alegramos; se han aminorado ó se aminorarán ciertas causas de la miseria: ¡tanto mejor! Pero ¿no es evidente que siempre quedará gran parte de sufrimiento y malestar? Antes de decretar la abolición de la miseria sería necesario decretar la abolición de la enfermedad, la abolición del desorden, sin hablar de otras cosas más. El género humano está condenado á vivir por el trabajo. Pero ¿no es bien claro que al enfermo, al achacoso, al anciano, al niño, y á la familia numerosa le falta y le faltará con frecuen-

cia este trabajo, y que por lo tanto le falta y le faltará el alimento de la vida?

Las sociedades de prevision son excelentes y remedian muchos males; pero en suma, siempre suponen el ahorro, y para ahorrar es preciso tener, y para tener es forzoso trabajar, y trabajar más de lo necesario para atender á las necesidades del día. Aquel que no ha tenido trabajo, ó que no tiene bastante, ó que no ha podido trabajar sino lo preciso para cubrir sus gastos, no puede ahorrar de ningun modo.

Ademas, es claro que el ahorro, aunque sea el que se pone en comun por las sociedades de socorros mútuos, será insuficiente en los días de grandes crisis.

Es preciso, pues, decir que, desgraciadamente, existirá siempre un resto enorme de sufrimientos y miserias que no será dado aliviar sino por medio de la gran mutualidad humana, que llaman limosna, caridad, ó en otros términos, la beneficencia, el socorro prestado gratuitamente por el hombre á su semejante, segun lo manda Jesucristo.

Y hasta prescindiendo de las grandes calamidades públicas, ¿qué hariais en esas numerosas é inevitables desgracias particulares que hieren sin cesar de una manera imprevista las existencias populares, formando la calamidad perpétua y universal de la vida humana?

Decis que es preciso bastarse, que es necesario trabajar: muy bien. Pero todavía una pregunta: si en definitiva no se basta uno, si no puede trabajar, si la sociedad, más imprevisora con frecuencia que el mismo individuo, crea causas de miseria, si la vida está demasiado cortada por accidentes para que pueda uno ser previsor y arreglado, ¿qué habrá de hacerse?

II

Entremos ahora en los dolorosos detalles de cada día. Si el niño pierde á su madre, si el anciano vé partir á su hijo á la guerra, si la epidemia se extiende, si uno pierde el juicio, si los ojos se cierran á la luz y los oídos á la palabra, si el vicio infecta una familia, si en las ciudades se propaga la viruela, si la prision arroja desgraciados que el mundo rechaza, si la muerte deja desierto un hogar, ó si los nacimientos le sobrecargan de familia, si una gran máquina suple el oficio, si la moda rompe la aguja en los dedos de la obrera, si el gusano de seda, la patata, la viña ó el algodouero se ven atacados de una enfermedad, si una pobre mujer pierde su vaca, si la pobre choza se quema; dime, dime, ciencia orgullosa de los hombres: ¿qué harás? ¿No somos acaso ya los habitantes de un planeta donde la inmensa mayoría, la casi totalidad de los hombres, gana solo lo preciso para comer, y suda todo el día tan solo para no morir?

En esa vasta máquina de trabajo de que depende la vida, si, la vida de casi todos nuestros hermanos, ¿no hay acaso alguna detencion, algo que se rompa, algo que se enrede, algo en fin que se descomponga, y habeis cerrado, por ventura, las puertas al hambre de tal modo que no vuelva á entrar jamás? Ahora bien: en tanto que entre, tenedlo bien entendido, despues vendrá la caridad de Cristo, y sereis los primeros en saludarla á su paso dejándola de rebatir con vuestros débiles argumentos.

En las academias ó en los libros podrá suceder que no nos entendamos; pero en el momento de la necesidad, así como en medio de la batalla, no tendremos más que un sistema, acudir á donde se muere.

Ya sé qué para la teoría comunista el estado debería reemplazar á la Providencia; pero esto es inadmisibile; no niego que no deba el primero coadyuvar á la caridad privada en las grandes calamidades; pero en tésis general no parece que el estado tenga que ocuparse en ser previsor para todo el mundo; porque no podría, ni debe hacerlo, pues esto seria sustituirla con una combinacion financiera, terriblemente amenazadora para la libertad, la virtud personal y los deberes de la familia. Esto seria execrable, intolerable y contraproducente.

Desístase, pues, del empeño de dar al estado y al impuesto, para el alivio de la miseria, una parte que es á la vez inmoral é imposible darle.

A todas esas consideraciones, que no alcanzan á la caridad, se añaden algunas críticas acerca de la esterilidad de las obras caritativas. Léjos de mi interpretar mal estos cargos, pues me place que nos señalen nuestros defectos, porque Dios sabe que nos lamentamos más que nadie de ellos; pero esos cargos me parecen exagerados y desde luego contradictorios. Por ejemplo, hay quien dice: Vosotros haceis demasiado; y otros añaden: No haceis bastante. Puede ser que no hagamos bastante. Pero ¿tenemos siempre nosotros la culpa? ¿no la teneis tambien vosotros? ¿Es por ventura culpa de las Obras el no ser suficientes para contener el torrente de corrupcion que se extiende en la sociedad por la propaganda anticristiana? ¡Ah! lo reconozco; si cada cual cumpliera su deber, habria siempre pobres, sí, pero no miserables; porque todos, segun lo quiere el Evangelio, serian aliviados.

Hé aquí lo que contesto á los errores de la filantropía ideal.

A estos se les puede responder. Pero ¿qué contestar á las malignidades? Pronuncio esta palabra con pena, y sentiria mucho que pudiese contristar á uno solo de aquellos á quienes no se aplica; más no puedo dejarme engañar por ciertas objec-

ciones, y sería demasiada simpleza no ver ciertas cosas.

No; los que atacan á la caridad no tienen intenciones tan puras como dicen.

¿No es evidente que algunos no atacan á la doctrina católica de la caridad sino por ódio á la institucion católica? ¿No sabemos, acaso, que hay algunos que la atacan por ódio á la sociedad, y porque saben que esta doctrina es un elemento de paz social?

Pero vos, hombre honrado, que vais repitiendo que la limosna envilece, ¿sabéis lo que haceis? Conspirais sin quererlo con los hombres que buscan por medio de sus teorías subversivas un punto de apoyo en las pasiones populares, sobrexcitando la vanidad de los tontos y gozándose en repetir como vos que la limosna envilece. Hay la diferencia de que ellos comprenden mejor que vos el alcance y sentido de ese lenguaje, y no buscan medios de difamar la caridad sino para concitar el odio contra los que la hacen.

Porque, en fin, si la limosna envilece al que la recibe, no honra al que la da, y si es humillacion para el uno, no es virtud para el otro. Los hombres no le deben ningun reconocimiento, sino al contrario, y Dios tampoco le debe recompensa alguna.

Es preciso, pues, no hacer limosnas: es necesario no dar. Duro es llegar á esta conclusion; pero es forzoso, y por lo tanto llegamos á ella.

Dudo de que la intencion sea esta (excepto entre ciertas gentes). Pero ¡qué cómodo es para muchos decir que no dan por virtud y escarnecer á los que dan! Esto recuerda cierta respuesta de un buen señor á una señora que recogía limosna. «No dais jamás á los pobres, le decia la dama.» Señora, respondió el demandado, *no dando nunca á los pobres practico la más elevada filantropía, porque les enseño la ley del trabajo.*»

Todavía hay otra malignidad que está en uso en ciertos periódicos, y que no es sino una incalificable calumnia contra los que practican la caridad. Se les supone gratuita y sistemáticamente culpables intenciones, y se hacen resonar las odiosas palabras de *propaganda por el hambre* y otras semejantes. Aquí el apologista de las doctrinas cristianas sobre la caridad no tiene mas que oponer indignado una protesta contra ultrajes tan gratuitos.

¡Ah! pobres hijos de los hombres, ¿qué sería de vosotros sin esa hija del cielo? ¡Qué teoría tan tan sublime, tan cómoda y tan seductora es la que dejando á cada cual bastarse á sí mismo, y por una razon demostrativa y científica, alivia á los ricos y á los felices del peso de cuidar de los desgraciados! ¡Oh! ¡qué hermosa tésis para coronarla con un premio nuevo en una sabia sociedad de egoistas!

Entre estas malignidades las hay tambien involuntarias, y alegraríame de que las que acabo de mencionar lo fuesen más ó ménos. Tocante á las que son verdaderamente involuntarias, á todos nos sucede un dia ú otro el ser malos de este modo; más no obstante es preciso tener cuidado, pues se puede hacer así mucho mal involuntariamente.

Recuerdo que hace algunos años, un hombre muy formal, bien educado, distinguido y elegante, dijo cierto dia: «Nunca me hareis creer que esos señores, y nombraba á los más notables y religiosos de una ciudad, van á visitar á los pobres por pura caridad; no, tienen otro motivo que sospecho y no quiero decir; sí, tienen otro motivo. En cuanto á mí, no puedo creer en esa virtud.»

No, seguramente no creia en ella, y estimándose tanto como otro y reconociéndose incapaz de tener aquella virtud ó de fingirla, la proclamaba imposible. Pero declarar á los otros incapaces de una virtud que él no tenía, era suponer que podian ser hipócritas, suposicion que no hubiera admitido para

sí. Todo esto era á no dudarlo una malignidad; pero que no se daba cuenta del sentimiento que la inspiraba. Era, pues, una malignidad involuntaria.

Dejad de calumniar á la caridad privada y sus obras con pretextos filantrópicos.

Con todas esas protestas, con todas esas exhortaciones de mala índole, y algunas veces acaso de mala fé, nuestras costumbres caritativas se hallan expuestas á sucumbir ó á debilitarse, y sobre todo si se pretende sustituir á la caridad por un sentimiento meramente humano, incapaz de heroísmo y abnegacion.

El mas ardiente deseo de mi alma es no estar desacertado, y tranquilizar los corazones desvaneciendo los errores, ó rectificando el lenguaje al mismo tiempo que las ideas, y defendiendo las cosas que las ideas cristianas protegen. ¿Cuántos ilusos de buena fé creerán que la filantropía es superior á la caridad, porque prescinde de religion, es más universal; ó que cuando atacamos la filantropía, calificamos de perniciosa la limosna que da el que no es creyente?

No se crea que lo que defiendo aquí son vanas palabras, no; es una gran cosa, y se agita la más grave de las cuestiones. Séame permitido decir á los filántropos: vosotros que rechazais el lenguaje católico, temed rechazar la virtud sagrada que él expresa, extinguiendo, contra el deseo de vuestra alma quizás, toda generosidad, toda llama, todo amor en los corazones: ¿Cómo pretendéis propagar y alentar la beneficencia, cegando su fuente y motivo mas puro y eficaz sustituyendo la filantropía á la caridad. Haced limosnas, muchas limosnas; pero no ensalceis la filantropía, que es masónica y por consiguiente anti-cristiana, que mata la verdadera caridad y por consiguiente la verdadera beneficencia. Ah! es una verdadera malignidad, voluntaria ó inconciente, decir que

la filantropía realiza la caridad enseñada y divinizada por Jesucristo. Es una malignidad engañar así á las gentes; y mayor malignidad aún servirnos de la limosna para la propaganda antireligiosa.

Ya lo sabeis; en vano se intentó suplir la caridad con la beneficencia, la humanidad, la filantropía, la fraternidad. Todas esas ternezas filosóficas no dieron ningun resultado, y ha sido forzoso volver á la caridad; pero en el fondo la caridad importuna, y algunos no quieren la caridad porque es cristiana. La filantropía es masónica y anticristiana; por eso prescinde de la religion, no por imparcialidad, sino por ódio.

Por lo demás, solo se trata de un caso particular en una táctica general. Desde hace algun tiempo, inútil es disimularlo, se disputa ciegamente contra las virtudes así como contra las verdades cristianas. Se quisiera desterrar de todas partes el espíritu del cristianismo, las ideas, las virtudes cristianas, y siendo así ¿cuál es nuestro deber? Defenderle contra sus enemigos á pesar de ellos y por ellos, pues lo necesitan demasiado y el mundo no puede prescindir de él impunemente.

Hemos terminado la exposicion sobre la doctrina é historia de la caridad que en apoyo de nuestra Pastoral hemos hecho rápidamente, basándonos en la notabilísima obra de Mons. Dupanloup.

En esta exposicion queda demostrado que solo por ignorancia ó malignidad puede compararse la filantropía con la caridad, pues son esencialmente distintas en su ideal, su motivo y modelo, que es Jesucristo; que la caridad es un privilegio, una herencia de la Iglesia católica, así como su gloria mas pura y el mas grande título á la gratitud de la humanidad, pues solo ella á fuerza de heroísmo y abnegacion,

guiada por el genio de la caridad, ha renovado la faz del mundo é implantado el imperio de la caridad en el seno de los pueblos civilizados, que ha asombrado con sus prodigios de amor y beneficencia en pro de todas las desgracias, miserias y dolencias que aquejan á la pobre humanidad.

Mientras la filantropía inspirada por el genio de la irreligion é indiferencia, ha rebajado el ideal de la caridad, su motivo y eficacia, reduciéndolos á los límites de una simple práctica humana y de una teoría filosófica, tan fria como el altruismo de la escuela positivista; de manera que si se exceptúan algunos filántropos de buena fé, que obran sin saberlo impulsados por ese espíritu de beneficencia que inoculara en la sociedad el catolicismo, en la generalidad de sus adeptos y en sí misma, la filantropía no es mas que la caricatura, el remedo estéril y la moneda falsa de la caridad.

Por su origen y espíritu esencialmente anti-cristiana, tiene á grande honor esa menguada filantropía, y como mision preferente, ridiculizar el heroismo de la caridad, porque no es capaz de imitarlo; y respirando un ódio sectario, bajo el manto de un sentimiento caritativo, desearía hasta borrar, si posible le fuera, de los anales de la historia, la historia sublime de las obras que inspiró la divina caridad para renovar la faz de la tierra.

El intento de la filantropía de arrebatár á la caridad el elemento divino, único que hace posible el heroismo en las obras con que ha transformado á la humanidad, amen de una incalificable ingratitude para con la mas bienhechora institucion que existe en el mundo, es un crimen de lesa-civilizacion y de lesa-humanidad; como quiera que nada es capaz de suplir el omnipotente y sublime amor de la caridad en la tierra, en este valle de dolencias y miserias.

Caridad y filantropía son por tanto, antitéticas en su ideal, su origen y su motivo. Pero aún, pres-

cindiendo de la naturaleza de las instituciones, basta para reconocerlo esta señal: la caridad es emblema de cristianismo, mientras la filantropía lo es de masonería é indiferentismo religioso.

Esta franca declaracion no es hija del espíritu de intransigencia, sino del deseo de cumplir con un deber sagrado y evitar engaños é hipocresías: el católico no puede renegar de la caridad, porque es el mas sublime dogma de su credo y de su fé; y la caridad le basta para hacer el bien sin limitacion alguna, porque sin abdicar de su religion, tiene obligacion de amar á sus mismos enemigos. Para él la filantropía es algo menos, mucho menos que la caridad ¿porqué pues, ha de trocarse, sino significa un progreso en la mas hermosa de las virtudes? Filantropía es amor del hombre por el hombre; caridad es amor del hombre por Dios; ¡Qué diferencia tan inmensa!

Conténtense, pues, con la filantropía los que no aman al hombre por Dios; pero no tengan la pretencion de decirnos que el amor humano es superior al divino ni la filantropía á la caridad.

Terminamos este escrito el 15 de Enero de 1894 en el aniversario 44.º del discurso de Victor Hugo pronunciado este mismo dia en 1850 en la Asamblea francesa, y en él daba una gran leccion á esa filantropía que prescindiendo de las almas, atiende solo á la miseria material; queremos pues concluir con un rasgo elocuente, en un momento lucido, de ese genio extraviado.

No le faltó más que pronunciar la palabra caridad. Hé aquí como se expresaba:

«Tenemos, en nuestros tiempos, una desgracia, casi diré no más que una, y es cierta tendencia á no preocuparse de lo que hay más allá de esta vida. (Sensación).

«Al no conceder al hombre más fin ni más aspiraciones que la vida terrena y material, se agravan y agigantan todas sus miserias; el peso insoportable

de la nada acaba de aplastar á los desgraciados; y lo que no era más que sufrimiento, ó sea la ley de Dios, conviértese en desesperación, en la ley del infierno. (Sensación). De ahí arrancan profundas convulsiones sociales.

«¡Ciertamente, yo soy de aquellos, repito, que quieren, no digo con sinceridad, la palabra es muy débil, quiero con ardor inexplicable, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras es no quitarles la *esperanza, la religion!*

«¡Cuánto no disminuyen nuestras miserias pe-
recederas, si van unidas á una esperanza infinita!
(Muy bien).

«El deber de todos nosotros, lo mismo los legis-
ladores que los Obispos, los sacerdotes que los
escritores, es el de repartir, de gastar, de prodigar
toda la energía social para combatir y destruir la
miseria (muy bien en la izquierda), haciendo levan-
tar al cielo todas las cabezas (aplausos en la dere-
cha), dirigiendo todas las almas y convirtiendo
todas las aspiraciones hácia una vida superior, en
que se nos hará completa y estricta justicia.

«La ley del mundo material, es el equilibrio;
la ley del mundo moral, es la equidad. Dios es
el fin de todas las cosas. No lo olvidemos; ense-
ñémoslo á todos. No valdría la pena de vivir; no
habría dignidad en la vida, si debiésemos morir
completamente. Lo que aligera el sufrimiento, lo
que santifica el trabajo, lo que forma el hombre
valeroso, bueno, prudente, justo y paciente, humil-
de y grande á la vez, digno de la inteligencia,
digno de la libertad, es tener ante sus ojos la
perpétua vision de una vida mejor, que ilumina
las tinieblas de su existencia.»

Pues bien; añadiremos nosotros, hé aquí lo que
procura la caridad con todas sus fuerzas; mien-
tras nada hace por ello la filantropía.